



Medicina mapuche en Santiago: Crónica de una búsqueda

Memoria para optar al título de Periodista

Fernando Sagredo Becerra

Profesor Guía: Roberto Hernández Ponce

Santiago, Chile

1999

Índice

Índice.....

..... 2

Introducción

.....5

I.- ¿Una sola medicina?

Los doctores no se ponen de acuerdo..... 15

Un debate con Historia..... 20

El caso Llanacamán..... 26

¿Qué es lo popular de esta medicina? 31

Don José y la “señora” Eliana..... 38

Conclusión 44

II.- La medicina mapuche

<i>“Nosotros no vamos al médico”</i>	47
<i>Enfermedades Sobrenaturales y Naturales</i>	51
<i>El Bien, el Mal... y otras yerbas</i>	56
<i>Lo médico y lo religioso: La centralidad del Machi</i>	59
<i>Conclusión</i>	64

III.- En busca de un machi

<i>Búsqueda 1</i>	68
<i>Los mapuches se toman la palabra</i>	72
<i>Búsqueda 2</i>	76
<i>Ser joven y ser mapuche</i>	80
<i>Conclusión</i>	87

IV.- La Tercera es la vencida

<i>“Vida Ladic” y Dos kilos de yerba mate</i>	89
<i>“Iba una semana (al colegio), faltaba un mes”</i>	94
<i>El machi nace, no se hace</i>	101
<i>“Perimontun”</i>	106
<i>“(Es) el espíritu el que trabaja, no uno”</i>	109

V.- Dos por el precio de uno

<i>“Peor es nada”</i>	117
<i>Un machi ¿Contador?</i>	120
<i>Del Seminarista a machi</i>	125
<i>En Santiago</i>	128
<i>Acerca del tráfico de las otras “yerbas”</i>	132
<i>La Consulta</i>	134
<i>Por fin... ¿qué es el mal de ojo?</i>	141
<i>La Brujería</i>	144

VI Conclusiones Finales 148

Bibliografía..... 151

Introducción

“5 y 9 son los dígitos de hoy” sentenciaba una presunta periodista, mientras el dial marcaba una característica banda de la radio AM. Es increíble que este tipo de ondas de radio aún sobreviva en medio del imperio de la ecualización siempre impecable de la Frecuencia Modulada. Como si el redoble de tambores que retumba entre las noticias de radio Cooperativa (la que aún sigue en AM, por supuesto) hubiera perdido vigencia. Qué tiene que ver dicho sonido hoy con la cortina musical del “chacotero sentimental”¹. Nada. Los tambores sólo constituyen parte de la memoria auditiva de quienes vivimos escuchando las noticias radiales en los años ochenta, cuando prometían ser un poco más democráticas y abiertas que las exhibidas por los canales de televisión.

Sólo se trata del progreso: la FM se come a la AM, los ‘chocman’ al maní confitado, el computador a la máquina de escribir, y el presente a la memoria. Pero este proceso de “devoración” parece no ser parejo. Las mascadas son grandes, está de más decirlo, pero la Radio AM sigue indicándonos todavía que los dígitos de la restricción son 5 y 9, mientras en la esquina de Santa Rosa con la Alameda, un viejito con delantal insiste en ponerle azúcar quemada al maní.

Hablar sobre el desarrollo de nuestro país, de la expansión de la economía², de la disminución de los índices de pobreza³, de su democracia ejemplar, hasta hace un par de años, era un deber para todo ser humano

¹ Uno de los programas con más radioescuchas en Chile. Pertenece a la radio “Rock & Pop”. Trata temas amorosos de un modo desenfadado e irónico.

² “ El hecho es preocupante si se tiene en cuenta que durante un período relativamente largo, el país tuvo un crecimiento sostenido del orden del 7,2 % acumulativo anual (se trata del período 1987- 1995; esta tasa de crecimiento ha caído significativamente en el año 1998). A comienzos de ese período la economía chilena ya había llevado a cabo sus principales reformas estructurales, como la apertura económica; la mayor parte de los procesos de privatización, que significaron transferencia de riqueza del sector público al sector privado; cambios

“orgullosa” de haber nacido en esta comarca. La adoración por las cifras y los índices macroeconómicos aparecía como el nuevo culto nacional.

Sin embargo, en el último tiempo, este tipo de “religión” ha encontrado sus herejías. Se ha profundizado el descrédito de esta democracia pactada, y la crisis asiática incluso se dio el lujo de afectar los sacrosantos números del PIB. No son pocos los compatriotas que se han vuelto más perspicaces y toman nota de la actualidad: el modelo deja de ser tan consensual, la democracia se desnuda como transada, la transición como traición, los diez años de bonanza tienen un correlato de desproporción entre los que tienen y los que no⁴, entre los integrados y los excluidos, entre los que deciden y los que son “decididos”. Las diferencias sociales ya no sólo aparecen como el efecto residual del desarrollo, el apellido bastardo de este hijo pródigo de América Latina, sino que empiezan a asumirse como el nombre propio de este tipo de sistema, como el producto central de esta clase de progreso.

Aunque el modelo de desarrollo vigente en nuestro país, a lo largo de su historia, ha demostrado una extraordinaria capacidad para superar estos momentos de cuestionamiento, es indudable que éstos son años

en los sistemas previsionales, de salud, educación y muchos otros. Puede afirmarse entonces que en términos puramente económicos el período referido es posible caracterizarlo como un ciclo francamente expansivo”
Faletto, Enzo. Análisis del Año 1998, p. 29

³ “Junto a ese ciclo de expansión se dio un crecimiento del empleo y se hicieron posibles políticas sociales cuyo resultado más espectacular -sumados los dos factores- fue una significativa reducción de la pobreza: de 44,6% de la población en 1987 a un 28,5 en 1994 (sin embargo, esta cifra sigue siendo el doble aproximadamente de la de los países desarrollados).”

Faletto, Enzo. Análisis del Año 1998, p. 29

⁴ “En concreto, la encuesta del Instituto Nacional de Estadísticas (INE) mostraba que el 40% de los hogares con ingresos más bajos capturaba sólo el 14,3% del ingreso total; el 40% de hogares de ingresos medios, accedía al 30,8%; y el 10% más alto capturaba el 41,1% del ingreso total. El caso es que el ingreso promedio del 20 % de los hogares más ricos es 12 veces el ingreso promedio de los hogares más pobres.. Por lo demás, esta deficiente distribución del ingreso es percibida como tal por las personas, encuestas de opinión pública señalan que un 55% de personas estiman que la actual distribución del ingreso es “injusta”, lo que por cierto influye en la insatisfacción respecto al modelo de crecimiento.”

Faletto, Enzo. Análisis del Año 1998. P. 29

propicios para criticar, para redescubrir realidades opacadas por el brillo de luces de neón, para revelar la vida desde otros puntos de vista.

Algunos de esos “nuevos enfoques” no encuentran su origen necesariamente en un planificado despliegue del intelecto, más bien nacen de un conjunto de casualidades, de historias personales y, literalmente, de “tropiezos”.

El caso es que mientras escuchaba los dígitos “5 y 9” en la radio y buscaba en lo alto la bruma color amarillo pardo que justificaba dichas cifras, no me percaté de la irregularidad de la "subdesarrollada" vereda. Acto seguido, esguince del tobillo derecho y mi humanidad amoldándose casi perfectamente al relieve del terreno.

Poco sentido tiene extenderse sobre las nuevas reflexiones que me invadieron en el momento, baste mencionar que involucraban un poco menos de la modernidad no deseada y un poco más del árbol genealógico del alcalde de Santiago.

No dudé en visitar de inmediato al médico de turno. Mi tobillo izquierdo estaba tan acostumbrado a desplazarse en direcciones imposibles, como yo a recorrer los pasillos del “Traumatológico” en busca del enyesado de rigor.

Un par de días después, volví a caminar sin dar saltos pero con una cojera gigantesca, producto ya no sólo del esguince sino también de los dos kilos de material de construcción blanquecino adheridos a mi pie, que ahora era objeto de firmas, dibujos reprimidos y dedicatorias.

Entonces, sufrí la revelación. Uno de los improvisados muralistas, mientras luchaba por estampar su firma en los pocos huecos vacíos que quedaban, me dijo: “¡Qué incómodo es esto del yeso! Si a veces uno queda peor de lo que llega al médico”. Sonreí cínicamente mientras me aprestaba a señalarle que no sería tan malo si el yeso se mantuviera limpio, pero antes que pudiera clavar el aguijón, agregó: “yo, cuando me tuerzo, no voy al médico,.. te cobran un ojo de la cara y a veces ni te curan”.

“Pero si no te atiendes, ahí sí que corres el riesgo de tener lesiones permanentes... Una cosa es no tener plata para ir al doctor y otra es ser irresponsable”, respondí con muchas ganas de cambiar "irresponsable" por "ignorante".

“No me refiero a no hacer nada. Yo voy a un componedor de huesos, amigo de la familia. Me cobra poco, me sana del dolor luego, y no tengo que andar inmovilizado por dos semanas”, sentenció con naturalidad.

"¿componedor de huesos?" me dije. Yo creía que lo había escuchado todo. Es decir, sabía que en el campo, seguramente producto de la lejanía de los centros hospitalarios, los accidentes que terminaban con contusiones, esguinces y hasta fracturas eran tratados por ciertos individuos conocidos como "compositores" o "componedores". Pero estamos hablando de Santiago, de la capital, de los últimos meses del siglo veinte, de un "dragón" del Pacífico, y lo que me parecía peor, quien me hablaba era estudiante “u-n-i-v-e-r-s-i-t-a-r-i-o”, alguien que parecía haber escuchado palabras como "tecnología, ciencia, traumatología".

Mi rostro de incredulidad debió ser demasiado evidente porque su sentencia no tardó en llegar: “Existe mucha gente que se dedica a oficios como ése y la demanda es mucho mayor de lo que podrías creer a simple vista”. Tomó una pausa y luego finalizó "además no es charlatanería, el asunto funciona".

Sin abandonar mi escepticismo, inquirí con verdadero interés acerca de las características de aquel “componedor”: qué edad tenía, dónde había aprendido lo que sabía, cómo curaba, si usaba ungüentos, daba masajes.

Viajé de los páramos de la arrogancia a los de la humildad en cuestión de segundos. A esa altura no me molestaba ocultar que mi curiosidad era tan grande como mi ignorancia.

Respondió algunas de las dudas pero otras también resultaban una incógnita para él. De hecho, su relativa confianza en esa medicina sólo se amparaba en la máxima del apóstol Tomás: “ver para creer”. Un esguince de muñeca y una luxación en la rodilla sin secuelas le impedían hablar mal del médico artesanal.

Un compositor de huesos en plena capital. Algo que minutos atrás me sonaba a cuento de ancianos, empezaba a cobrar vida y a enmarañarse con la larga lista de aspectos de nuestra cultura popular que están en una situación desfavorable en relación a los patrones de conducta dominantes.

A simple vista, es claro que la lectura oficial de las cosas en el Chile de este fin de siglo, invade sin contrapeso la educación y tiene prácticamente colonizados a los medios de comunicación de masas. Sin embargo pareciera no haber afectado el sistema médico nacional. Por tanto tiempo la práctica médica ha estado ligada directamente al desarrollo de la ciencia y la tecnología, que la incorporación de la medicina científica a la existencia cotidiana parece uno más de los hechos "naturales" que importa el progreso. Pero precisamente cuando se hace pasar por el estado natural de las cosas, el discurso dominante (en este caso el cientificista) suele encontrar su mejor expresión.

El constatar que no existe sólo un tipo de medicina podrá sonar a una blasfemia para el Colegio Médico, mas es innegable que en gran parte de los hogares chilenos no falta quien haya probado infusiones de "manzanilla", poleo o una "agüita de menta" para calmar el dolor de estómago. Las yerbas constituyen la base de un tipo de conocimiento médico que no encuentra su origen, la mayoría de las veces, en el acerbo científico acumulado por la medicina occidental más evolucionanda, pero que es reconocido en más de un país como un área de respuestas alternativas al problema de la conservación de la salud⁵.

Yerbateros, componedores, no son situaciones marginales ni simples anécdotas, sino más bien un conjunto de expresiones que encuentra bastante arraigo en la población de la capital, fundamentalmente en los sectores populares.

Afirmar esto y quedarse tranquilo sólo podía reflejar la muerte de un espíritu inquieto (y de este trabajo, por cierto). Había muchas interrogantes que responder, pero había una fundamental: ¿por qué?. ¿Por qué la necesidad de recurrir a una medicina diferente a la oficial?.

“Un problema de confianza” dijo mi amigo, a lo que agregó la correspondiente diferencia en el precio de la atención.

“Un problema de confianza”. Qué preciso. La modernidad ha exigido siempre como boleto de entrada a su costoso “parque de diversiones” (además de una suficiente rentabilidad), una confianza irrestricta en los avances de la ciencia y la tecnología, en la bondad inherente al progreso, en el sistema económico capitalista, en una democracia burguesa representativa.

Desde un punto de vista crítico, carecer de confianza en la medicina occidental no equivale en sí mismo a una muestra de ignorancia, sino a la voluntad de resistir, de alguna forma, el “paquete” de aparentes beneficios de la modernidad, precisamente por eso: por aparentes.

Pero no sólo se trata de una resistencia de carácter nominal o teórico, ni siquiera es constatable que suceda siempre de manera conciente, sino fundamentalmente concreta. Se expresa de manera práctica en la elección de terapias, formas de diagnóstico y remedios alternativos. Cuando estos elementos se estructuran, no de una manera azarosa sino en base a una concepción de mundo, los científicos sociales le asignan el nombre de “modelo médico”.

Aquí entramos en terreno pedregoso, pues se trataba de dilucidar el origen de estas prácticas medicinales populares, y definir “lo popular” ha sido una tarea que todavía tiene a sociólogos, antropólogos y políticos, en discordia. Sin embargo hay un hecho claro: en el mundo popular urbano abunda el encuentro y la mezcla entre diferentes patrones culturales o estilos de vida, caracterizados por fenómenos como la migración campo-ciudad. Entonces ¿qué concepción de mundo articulada podemos encontrar en estas franjas de población que se fueron ubicando en torno a las grandes ciudades, en particular en Santiago?

La respuesta abría un nuevo mundo, aún más desconocido e inquietante que el de la “medicina popular”.

⁵ La medicina herbolaria es una práctica milenaria que los conquistadores del siglo XVI, también encontraron en América.

Existen más de 500 mil mapuches dispersos en el Area Metropolitana y casi un millón en todo el territorio nacional⁶, cuyo acerbo cultural persiste en sobrevivir y expresarse, ya sea por medio de la lucha por mantener su idioma, por recuperar sus tierras o por conservar su medicina. Los mapuches, tanto por su número como por su influencia en la conformación cultural del Chile y su peso en el diario acontecer nacional, no constituyen en absoluto un dato de la causa, por más que muchos intenten ponerlo de esa forma.

Su existencia, sus creencias, sus demandas han exigido históricamente de la mayor capacidad negociadora del Gobierno, y las más de las veces, de su mejor cualidad represora. Durante siglos, el pueblo mapuche ha resistido, de diversas maneras los embates colonizadores de españoles, criollos y chilenos que han pretendido ejercer control sobre la totalidad del territorio nacional.

Las recientes recuperaciones de terreno en el sur, sólo han venido a recordarnos que la nación mapuche tiene bastantes motivos para “desconfiar” de un modelo político, económico y cultural que ha depredado el territorio que acostumbraban habitar, que ha deslegitimado sus concepciones y modos de vida o los ha explotado comercialmente, y que ha profundizado, además, sus niveles de exclusión social.

Es cierto que toda esa población flotante de mapuches que habita los contornos de Santiago no está cohesionada, ni en términos políticos ni culturales. Una buena parte de ella ha sido asimilada por las condiciones de vida de la capital (y del capital), ha olvidado sus dioses, sus costumbres, su medicina.

Pero tampoco esta descripción no agota el tema. Es sabido también que un número no despreciable de mapuches persiste en la tarea de mantener su cultura y creencias originarias. Sin embargo, la forma en que se manifiesta este deseo, o esta lucha más bien, constituye una más de las dimensiones ocultas de la vida urbana, de aquellas que no recogen las encuestas, de esas verdades no explicitadas por los medios de comunicación.

La medicina mapuche es justamente una de esas formas en que la cultura de un pueblo vuelve a tomar vida. Pero para entenderla, no bastaba con “estudiar el fenómeno”, con aprender sobre el “objeto de estudio”. Debían opinar también sus protagonistas: los pacientes, los doctores, los mapuches,... los machis.

⁶ El último censo, de 1992, precisa que en el territorio nacional existen 998.385 mapuches.

Pero tampoco era suficiente. Había que evitar quedar atrapado en el cuento folclórico o en el relato sentimental. Debía hablar, entonces, el sujeto que recién se aproximaba a esa “ventana”, aquel que veía todo con ojos de novedad pero no sin un barniz de escepticismo. Y ese tipo no era otro que quien escribe.

Desde esa ventana podrían abordarse temas como: la cultura mapuche y cómo ésta sobrevive en condiciones adversas; las peripecias de un pueblo que tiene su idioma, su forma de pensar, de actuar, de dialogar, de alimentarse, de practicar deporte, de educarse y hasta de sanarse “en caso de mal”; la multiplicidad de ofertas médicas presentes en los sectores populares chilenos, las cuales son requeridas por individuos de muy variado origen social⁷; la polémica vigente al interior de la medicina occidental acerca de la existencia de “medicinas alternativas”.

Pero abrir esta ventana no fue tan sencillo. Hubo que recorrer mucho para dar con ella y sufrir otro tanto para forzar la cerradura. El resultado fue absolutamente satisfactorio, pero sin duda que se hace poco, si uno obvia el sendero que condujo a su obtención.

De hecho, la meta de este camino fue nada más ni nada menos que... transitarlo.

Esa podría ser una lección de vida. Pero creo que bastará, por el momento, con que sea considerada como el sentido de las páginas que siguen a continuación.

⁷ Más adelante veremos que la medicina popular y la mapuche tienen su mayor clientela en los sectores poblacionales de Santiago. Sin embargo, también existe una gran demanda por parte de exponentes de las clases acomodadas, los cuales no escatiman en gastos, ni en viajes con tal de superar enfermedades que, por lo general, la medicina occidental no ha podido curar.

I ¿Una sola Medicina?

Los doctores no se ponen de acuerdo

“Como profesión debemos enfrentar el desafío de discutir terapias alternativas con nuestros pacientes y terminar con el ‘no pregunte no diga’ que caracteriza la comunicación en esta área”

D. Eisenberg. En Annals of Internal Medicine. Julio 1997

“Machis atienden en salud pública” fue el título de una crónica publicada recientemente en un diario de circulación nacional⁸. La noticia debió haber impactado a más de alguno.

No por el hecho de que un periódico se refiera al tema, pues no resulta extraordinario que los medios de comunicación den cabida a los rasgos folclóricos y mágicos de nuestros pueblos originarios⁹, especialmente cuando, en determinados meses del año, se saca la cuenta que “lo autóctono” también vende.

⁸ Las Últimas Noticias. Viernes 22 de octubre de 1999. p. 10.

⁹ “Médicos aceptan hoy la medicina mapuche”. El Mercurio. Miércoles 27 de mayo de 1998. Suplemento Visión Nacional. P. 6.

“Crece en Chile interés por los chamanes”. La Tercera. Lunes 12 de julio de 1999. p. 23.

La sorpresa la constituía el contenido mismo del artículo periodístico. Retrataba una experiencia médica intercultural, que se está llevando a cabo desde el año 1992, en el hospital Manquehue ubicado en la Novena Región. En dicho recinto los pacientes pueden elegir entre ser atendidos por un médico con delantal y estetoscopio o por uno con cintillo y kultrún (tambor mapuche). “Se trata de ser flexible y que cada uno respete el trabajo del otro. Hemos logrado buenos resultados, sobre todo en enfermedades sicosomáticas, como depresiones, dolencias musculares y de huesos, y en el tratamiento de quemados” fue la explicación de Jaime Ibacache, director y único médico occidental del hospital.

Pero no todos los médicos tienen esa “flexibilidad”. Muchos ni siquiera toleran mínimamente las distintas expresiones ya no de la medicina mapuche, sino de todo el espectro conocido como medicina alternativa. Corresponde a una polémica antigua que tiene que ver con distintos ámbitos: si nos consideramos o no un país multiétnico y multicultural; cómo influye esto en la elección de prácticas médicas alternativas; o incluso si la medicina científica-occidental da cabida a otras expresiones, o se ampara en la presión estatal para mantener su hegemonía.

El doctor Raúl Donckaster, ex Consejero del Colegio Médico de Chile, protagonizó durante 1998, a través de las páginas de la revista de la orden, un encendido debate acerca de la validez o no de la medicina alternativa. “Realmente asombra que... (médicos e instituciones) ...estimulen el ejercicio ilegal de la medicina por personas sin formación científica que los capacite para efectuar diagnósticos y prescribir tratamientos. Estas dos condiciones son atributos exclusivos y excluyentes de los médico-cirujanos, que no pueden delegar”¹⁰. Para fundamentar sus duras palabras no sólo citó una serie de estudios internacionales acerca de los fracasos de las “mal llamadas medicinas alternativas”, sino también un documento realizado por el propio Donckaster que fue aprobado por el Colegio Médico en 1992 y que fue presentado como posición al Ministerio de Salud, en el cual se buscaba: “...además, representarle al Ministerio de Salud el desagrado de este Consejo General porque se haya pretendido normar y oficializar la llamada medicina que efectúan curanderos, iriólogos, yerbateros y similares. Lo cual constituye una afrenta para la Medicina Científica Chilena. El Colegio Médico encarecidamente

solicita a las autoridades del Ministerio de Salud que persigan y sancionen el ejercicio ilegal de la medicina, usando todas las facultades y judiciales que correspondan”.

Las apreciaciones de Donckaster causaron inmediato revuelo. La sección cartas de dicha revista se atestó de opiniones de diferentes colegas que pretendían apoyar al doctor, mientras otros lo criticaban por apelar a dogmatismos que ni siquiera el siglo pasado encontraban justificación¹¹.

Helmut Goecke fue uno de estos últimos. No sólo respondió con abundante evidencia acerca de la efectividad de muchas práctica terapéuticas conocidas como alternativas, sino que fue más allá: “La medicina debe ser la medida de las necesidades del caso concreto del paciente y no ajustada a las ‘creencias’ o ‘posturas’ terapéuticas personales del médico, máximo si éstas están basadas en información incompleta, errada o ausencia de información (ignorancia)”¹²

Otro médico, Rolando Cantarutti, no pudo evitar salir en defensa de Donckaster, haciendo una apología a la Ilustración: “Me asombra que a esta altura del conocimiento, y habiendo pronunciamientos claros y precisos de quienes tienen opinión autorizada y fiable, haya personas educadas y hasta médicos que aún se muestren proclives a creer que esos es medicina o que es una posibilidad cierta de curar.”¹³

La razón de la virulencia en el intercambio de opiniones no se explicaba por sí misma. Lo que estaba en juego allí era un cuestionamiento de fondo al paradigma que sustenta la hegemonía absoluta de un tipo de conocimiento: el de la medicina científica occidental. En apariencia el desarrollo de la ciencia en la forma que hoy cobra es consustancial al desarrollo de la humanidad, por lo tanto hay una analogía entre el ser un hombre pleno, racional y el ser un científico. La medicina científica, por lo tanto es la mejor forma de ser médico (sino la

¹⁰ “Medicina Alternativa I”. Cartas al Director. Revista Vida Médica N 2. Marzo-abril de 1998. p.78

¹¹ Numerosas disposiciones del siglo pasado dan cuenta de esto: se indica “impedir enérgicamente el ejercicio ilegal del arte de curar, prohibiendo a las curanderas y a las médicas, su ignorante (y a veces) hasta criminal ejercicio de la medicina.” Publicada en la 6ª Memoria de la Sociedad Médica de Concepción, 1893-1894.

¹² “Medicina Alternativa I”. Cartas al director. Revista Vida Médica N 4. Julio-agosto de 1998. p. 78.

¹³ “Medicina Alternativa I”. Cartas al director. Revista Vida Médica N 4. Julio-agosto de 1998. p. 79-80.

única), por lo que cualquier otra práctica debiera ser considerada como ilegal¹⁴, en tanto la propia medicina científica no le otorgue validez. Se trata de una apreciación tautológica, frecuentemente utilizada por el Poder para justificar su carácter impositivo al resto.

Sin embargo, existe numerosa jurisprudencia en Chile, durante casi todo el presente siglo, que puede ser interpretada como un freno a este tipo de pensamiento, que cree que “los médicos-cirujanos son los únicos que pueden hacer diagnóstico, pronóstico y tratamiento de enfermedades”, y un intento de acotar dicha caracterización sólo a la medicina enseñada en las Facultades de Medicina del país.

Así, en la medida en que las numerosas formas médicas tradicionales y alternativas son ajenas a tales recintos académicos, su existencia y ejercicio se apoyan en las libertades de expresión y de trabajo garantizadas constitucionalmente para todos los habitantes de la República.

El doctor Juan Mendoza, jefe de la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital San Juan de Dios, piensa que más o menos la mitad de los médicos se niegan aceptar otro tipo de medicina que no sea la oficial “Mientras más joven uno es, es peor diría yo. Tú crees que eres capaz de hacerlo todo, después tú te das cuenta que en realidad no es así”.

Sin embargo, cree que ésta actitud va cambiando con los años, a medida que uno se va dando cuenta que no lo sabe todo: “Yo no tengo una visión antagónica, probablemente he pasado por fases más tecnológicas, es decir, cuando uno tiene entre treinta y cuarenta años, la medicina se vuelve altamente tecnológica, entonces tiende a tener una visión solamente desde las máquinas, los equipos, etcétera. Después, uno se da cuenta en realidad que una visión más humana, una visión más concreta de la cultura del paciente en cuestión puede ayudar, y de hecho, en los pacientes graves, uno observa que si el paciente quiere vivir, tiene anhelos de vivir; por decirlo así: toda su familia reza por él, hace mandas, etcétera; uno observa que tienden a mejorarse, como que algo pasa, algo se transmite. Podríamos llamarle vibraciones positivas, pero hay algo que

¹⁴ Hablar de la legalidad aquí no es casual, pues es el sistema jurídico el encargado de construir un orden que asegure que dicho proyecto humano se cumpla. Aunque el proyecto sólo sea obra y voluntad de un grupo de humanos.

hace que el tipo con peores heridas o igual magnitud de heridas, sane; mientras el otro sujeto que no le 'pone pino', nadie lo ayuda, no está la familia en torno a él, tiende a morirse más rápidamente".

Tal vez esta sabia humildad es lo que ha hecho falta tener presente cuando se rechaza tan acaloradamente a la medicina alternativa. Y no sólo durante los últimos años, sino a lo largo de la historia de este país. Porque así como una buena parte de la medicina popular actual encuentra su antecedente en la medicina mapuche, gran parte de la crítica que hoy se enuncia no han variado en más de cien años.

Un debate con Historia

"Estos señores asesinos ejercen su profesión a vista y paciencia del público, de los médicos de ciudad y de la pobreza... señalámoslos a la Autoridad, a un señor de copa y tano, a una doña Rosita Gallardo..."

Periódico Voz Libre, Temuco, 1889

"Proceder a aceptar o autorizar prácticas de curanderos, de yerbateros y de otros sanadores parecidos, no sólo es un fraude, sino un peligro y un delito"

Revista Vida Médica, Santiago, 1998

La aparición en Chile de una medicina popular o de prácticas médicas alternativas a la oficial, no puede ser vista como un fenómeno mágico, ni casual.

En una perspectiva histórica, se puede concebir a la medicina popular como aquella surgida del contacto entre la medicina indígena precolombina y la que traían los conquistadores, misioneros y médicos que llegaron a América entre el siglo XVI al XVIII. Algunos autores definen este proceso como “sincretismo cultural” o de “hibridación de tradiciones médicas” donde coexisten conocimientos, prácticas y tecnologías de distintos orígenes culturales.

El contacto entre ambas medicinas permitió fortalecer el conjunto de estrategias destinadas a la sobrevivencia del grupo y al manejo de sus enfermedades y dolencias. Estas estrategias, por cierto, no permanecieron estáticas, han estado en continuo proceso de intercambio y transformación.

El fenómeno de la medicina popular, entonces, no es independiente del proceso de mestizaje y fusión de los grupos hispanos e indígenas durante la época colonial. Dicho “contacto” tuvo mayor desarrollo en contextos como los de Perú, México, Brasil, donde la Conquista, haciendo gala de su nombre, se caracterizó por la sistemática ocupación de las nuevas tierras, por parte de los recién llegados.

También el territorio indígena chileno, sobre todo en las áreas norte y central y al sur del Toltén, donde los grupos mapuches admitieron la instalación de enclaves militares y misionales, fue escenario de un progresivo mestizaje cultural; y, desde el punto de vista del ámbito de la salud-enfermedad, de una difusión de la cultura médica popular enmarcada en una estructura de dominación colonial.

El avance de la “frontera” que se desarrolla, en primera instancia, en la zona central, es el que da origen a la población campesina mestiza de ese sector. La independencia republicana acentuó espacialmente, por supuesto, este tipo de fenómeno. El proceso de mestizaje se extendió al área de la Araucanía con la ocupación del territorio indígena por parte del grupo criollo nacional y la llegada de colonos en las primeras décadas de este siglo.

Tres son los actores sociales, portadores de elementos médicos diferentes, que llegan hasta la zona mapuche, en medio del proceso de colonización: los propios chilenos provenientes del norte, quienes traían conocimientos acerca del uso de hierbas medicinales (paradojalmente, muchos de ellos influenciados previamente por la herbolaria mapuche); los extranjeros portadores de elementos curativos occidentales pero también, especialmente los alemanes, incorporadores de la tradición homeopática; y los religiosos que influyeron en la concepción mágica que hasta ese momento tenía la medicina originaria, reemplazando los ritos chamánicos por los rezos y las oraciones, e instaurando al Diablo (y ya no más el Kalku o el huecufe) como el causante de las enfermedades.

Pero el nacimiento de esta medicina híbrida no fue producto de un parto normal, más bien fue fruto de una violenta cesárea.

Este encuentro de culturas no fue para nada simétrico, lo que se tradujo en incomprensión y persecuciones, como lo consignan periódicos de la época:

“Matasanos, los tenemos en abundancia en Temuco. ¿No sería bueno que la autoridad tomara alguna medida en bien de la humanidad menesterosa?...”

Voz Libre nº1, de Temuco, 6 de septiembre de 1888.

Hoy como ayer, parece que era la fuerza pública la llamada (por lo medios de comunicación) a actuar "en bien de la humanidad menesterosa":

*“Existe en nuestro pueblo una plaga de médicos y médicas que causa más estragos que el cólera en Francia... hemos visto un niño que estaba enfermo de la vista y una médica **maqui** (machi) le había hecho remedio i el jueves en la mañana dejó de existir... Encargaremos a la célebre médica maqui a la policía.”*

El Lota nº1069, 22 de agosto de 1886.

No sólo se trataba de acabar con las prácticas paganas, las "brujerías" mapuches, sino con cualquier muestra de medicina que no coincidiera con la occidental, que no era exclusivamente científica, sino que también incorporaba elementos médicos de la Edad Media que eran parte de la cultura popular europea.

Los estudios que dan cuenta de dicho proceso de control de la cultura dominada confirman algo que, incluso, hoy resulta bastante obvio: la medicina mapuche persistió con un menor grado de modificaciones en las comunidades rurales, mientras en los asentamientos urbanos, el grado de permeabilidad y de control fue mayor, dando paso a una presencia significativa de prácticas médicas que no pueden ser catalogadas ni de mapuches ni de occidentales con plenitud.

Esto no quiere decir que en la actualidad no subsistan enclaves de medicina mapuche en las ciudades (tarea de búsqueda a la que nos avocaremos más tarde) ni que la medicina popular no encuentre cabida en el campo, sino que corresponde a una clasificación básica que permite dar cuenta a grandes rasgos de la geografía del fenómeno.

En los sectores rurales, la machi sigue jugando un rol importante, particularmente en lo tocante al área de salud. Allí, ésta ha debido incorporar, con el tiempo, elementos occidentales al desarrollo de sus prácticas, con el fin de mantener su rol y no ser avasallada por la medicina oficial. Sin embargo, dichas apropiaciones de elementos occidentales van asociadas particularmente a las terapias o al uso de medicamentos, es decir a la dimensión práctica de la medicina, no afectando esencialmente sus contenidos.

En el medio urbano marginal, en cambio, la influencia de la cultura occidental ya no sólo es a nivel práctico sino también de fondo, transformando las bases de la concepción indígena de enfermedad, de las prácticas terapéuticas y de sus rituales de curación. Se incorpora la religiosidad, fundamentalmente la cristiana, a la manera de interpretar el fenómeno médico, y se conserva la utilización terapéutica de algunas plantas medicinales, artefactos y alimentos de origen indígena pero mezclados con elementos occidentales.

Constatar la existencia, más allá de la voluntad o no de algunos médicos y autoridades sanitarias a lo largo de la historia de Chile, de respuestas alternativas al problema de la salud, tanto en el campo, como en la propia capital, tiene sentido en tanto se trata de una realidad insoslayable, un marco de hechos y procesos que no puede ser obviado a la hora de opinar o legislar sobre el tema.

Si el rol de la medicina, cualquiera ésta sea, es preservar la salud de la población, debe incorporar las reales necesidades de esa población, la cual posee variadas visiones de mundo (como la popular o la mapuche). No hay tratamiento milagroso que no necesite de la voluntad del paciente para seguirlo. Y construir esa voluntad en el paciente no es algo que se resuelva con la Inquisición.

Recién en los últimos años, experiencias como las del hospital “Manquehue”, en la IX región, han encontrado espacio para su desarrollo en el territorio nacional.

En Santiago, por ejemplo, desde el año pasado se vienen realizando operativos médicos multiculturales. Consiste en una jornada que se lleva a cabo de manera esporádica, los fines de semana, en una comuna periférica de la capital, donde se despliega un grupo de profesionales, compuesto por médicos, psicólogos junto a representantes de la medicina mapuche. Además participan mapuches que dominan el castellano y el mapudungun¹⁵, llamados “facilitadores interculturales”, con el fin de hacer de nexo entre la población mapuche y el operativo médico. Allí se ofrecen las distintas alternativas médicas y es el paciente el que elige entre una y otra.

“Facilitadores de la charlatanería” sería el calificativo, tal vez, que Donckaster, en su defensa apasionada de lo que él considera la única medicina, le otorgaría a este tipo de esfuerzos.

Sin embargo, opiniones como las de Donckaster también encuentran alimento en muchos individuos han incurrido, a lo largo de la historia, en la labor médica sólo con fines de lucro.

¹⁵ Corresponde al idioma del pueblo mapuche.

Mas el problema de la sinvergüenzura no es exclusivo del área de la medicina. A lo largo de este país, se ha instalado una cultura de la “viveza” y sujetos que recurren a mentiras para obtener beneficios económicos, hay en todos lados.

El caso Llanacamán

A primera vista, el rostro no calzaba con el nombre.

Luego de un recorrido amplio que había implicado recolectar opiniones muy diversas, generosas y dogmáticas, desde el mundo de los “hombres de blanco”, el nombre de Rodrigo Llancamán aparecía como la posibilidad de construir un punto de vista integrativo, construido por un mapuche, entre elementos de su cultura, de la medicina popular y la occidental, Y ¿Por qué podría este mapuche semejante altura de miras? simple: porque no hablaba desde la marginalidad, sino que se trataba de un terapeuta ocupacional que trabajaba a un costado del Hospital San Juan de Dios.

El problema era que... el rostro no calzaba con el nombre.

Tras una puerta y bajo un brillo intenso, fruto de la mezcla de la acción de tubos fluorescentes y de un poco de sol que se colaba a la habitación gracias a una cortina mal cerrada, aparecía la figura erguida de un hombre. Su tez blanca y voz profunda, una barba media colorina a través de la cual se alcanzaba a ver el rojo de las mejillas, unos ojos café claro y una nariz protuberante constituían la mejor carta de advertencia para lo que seguiría:

-Buenas tardes

-Buenas tardes

-Me gustaría hacerle algunas preguntas acerca de la medicina mapuche y...

-No manejo mucho el tema –interrumpió.

-...Bueno, entiendo que usted trabaja en rehabilitación, podríamos conversar, entonces, sobre algunos casos específicos como los compondores de huesos o...

-No, Yo no trato cosas traumáticas, sino personas que quedan con secuelas graves, que han tenido accidentes vasculares y quedan con una hemiplejia, por ejemplo.

-...Entonces podríamos hablar aunque fuera de algunas experiencias suyas cuando joven o acerca de la medicina de su pueblo, en concreto.

Mira, la verdad es que... –por un momento pensé que la continuación de la oración sería “tengo mucho trabajo y no puedo (quiero) atenderlo”, mas lo que dijo luego, ni en sueños lo hubiera imaginado- ...no tengo ninguna relación con la cultura mapuche,.. salvo mi apellido, que es por una cosa circunstancial.

-¿Entonces usted no es mapuche?

-No

-Pero...

-Lo que pasa es que mi familia llegó a Pitrufuquén hace muchos años atrás, en el siglo pasado. Mis abuelos llegaron al sur y su apellido era Jacaman... Eran de procedencia árabe, y... bueno... para conseguir tierras se cambiaron de apellido a Llanacamán. Esa es la relación.

- ... -Llanacamán no sólo no era mapuche, lo que arrojaba por el suelo todas mis pretensiones, sino que además las condiciones de cambio de su apellido dejaban a su familia en un paréntesis ético o, al menos, establecía a su abuelo como un “balsa”.

-Eso sí, un hermano de mi abuelito se casó con mapuche y sigue viviendo allá. Y si tu vas a Pitrufuquén te vas a encontrar con hartos Llanacamán, ahora son “ene”.

-Mi estupor se había transformado en una risa ahogada que con dificultades podía contener. Y cada palabra que agregaba, volvía la situación más ridícula.

-También hay gente con rasgos más mapuches que yo... –insitía con una voz tensa- Y... bueno... yo no voy nunca para allá, aunque una vez fui de vacaciones a ver al hermano de mi abuelito.

-... -Todo sonaba a una larga disculpa que, en realidad, nadie le estaba pidiendo. Tal vez, era una carga el portar un apellido mapuche sin serlo, y mi pregunta le había dado la oportunidad para liberarla. Pero siendo estrictos, cuando decía tener parientes con rasgos mapuches ¿estaba pensando acaso en que sería un dato que ayudaría a mi investigación?. Aunque sonara utilitario, el entrevistado en realidad

parecía ya no “servirme”. Pero cuando me aprestaba a despedirme y a marchar, la situación pareció cambiar... algo.

-Todavía tengo un par de minutos y podría opinarte algo sobre la medicina popular...

-Eso sería bueno –me apresuré a responder.

-Ha habido un resurgimiento de la medicina alternativa, por así decirlo, la gente ha derivado un poco a esto, básicamente porque el sistema de salud clásico no cumple con las expectativas de la gente.

-Sí, al parecer la confianza juega un rol central. Son respuestas médicas que la gente siente más cercana...

-Pero detrás de esto, también hay mucha gente que ha lucrado, que detrás del título de médico natural sólo hay un interés por la plata. Se usan muchas mentiras para sacar dinero.

- ... -Por un segundo no pude evitar pensar en el caso de los Jacaman, porque si eso no era “mentir para sacar dinero”, entonces ¿qué lo era? Procedí a clarificar a qué me refería con la medicina popular para ver si obtenía mejor respuesta- Pero también hay mucha gente que se dedica al ejercicio o que asiste a ellas por que son más adecuadas a sus creencias y culturas. Y al parecer, algunas sirven.

-Ah... mira, de cosas reales, concretas, yo no tengo conocimiento. Gente que se dedique seriamente a estudiar, por ejemplo, acerca de los químicos de las plantas, yo no conozco. A lo más tengo un pariente que es bioquímico y que está haciendo una investigación acerca del uso de las abejas en determinados tratamientos, pero él es experto en química...

- ... – ¿Abejas? Evidentemente no había conseguido una ‘mejor respuesta’, pues el terapeuta opinaba sin mucho “conocimiento de causa”.

-... Otra cosa es la quiropraxis, que está comprobada y tiene una base científica

-¿Tú confías sólo en eso, en que sea científico?- me apuré en inquirir.

-Absolutamente. Tengo la impresión que hay mucha gente que lucra con la otra medicina

porque hay mucha gente que no tiene acceso a la medicina convencional.

-¿Te ha tocado gente que se ha tratado por ese tipo de medicina?

-No, pero he escuchado hablar, por ejemplo de la costumbre de “quebrar el empacho”. No sé si tú has escuchado sobre ella pero es ¡terrible!...le hacen sonar las vertebras a los niños, y eso es simplemente criminal... –de repente miró su reloj de pulsera y aplaudió con las manos en un gesto característico- ...Bueno, me tengo que ir. Ojalá que te haya servido... Voy a ver si te consigo el nombre de alguien que realmente sea mapuche.

-Gracias de todas maneras.

En realidad, no iba a ser necesario otro nombre, la conversación con Llanacamán más que permitir abrir un nuevo horizonte en términos de una integración entre la medicina mapuche y la occidental, había reinstalado una serie de prejuicios que rodeaban a la medicina popular.

Pero sobre todo, había revelado el profundo desconocimiento que de ella se tiene.

Ya era tiempo de abandonar la “cancha” de la medicina oficial para acceder a los “camarines” del otro equipo, conocer sus intenciones, sus prácticas, sus actores. Para ello, había que caracterizar de mejor manera este nuevo ámbito, había que remitirse a la recopilación de algunos antecedentes, y a realizar un recorrido por la realidad santiaguina, porque esta nueva cruzada debía ser también contra la ignorancia.

¿Qué es lo popular de esta Medicina?

Una primera pregunta básica a la cual hay que responder para avanzar en el análisis es la siguiente: ¿qué es la cultura popular, cómo se define lo popular?

El estudio de la cultura popular ha sido abordado durante estas últimas décadas a través de diferentes perspectivas. Algunas adoptaron la solución romántica que propugnaba aislar los conceptos, las soluciones creativas, las tecnologías utilizadas por las clases populares en sus relaciones sociales de contacto y de contraste con los grupos dominantes de la sociedad. Otras hacían planteamientos que equiparaban lo popular a lo primitivo, o proponían el estudio “folklórico” de los fenómenos culturales derivados de sincretismos entre tradición indígena y occidental: elementos pintorescos, raros o exóticos que los “eruditos” recogían como material de análisis y de estudio.

Es preciso reconocer que no obstante la amplitud del debate, el concepto de “popular” ha sido más utilizado que fundamentado. Es necesario ligarlo con la realidad cultural latinoamericana, en la cual el modelo popular se presenta en muchos casos como un producto intermedio entre la cultura indígena nativa y la sociedad dominante occidental.

En Chile, la situación de contacto que existe entre estratos populares o marginales y el mundo indígena, hace difícil llegar a una diferenciación terminante entre prácticas culturales mapuches y prácticas culturales populares.

Incluso, distintos tipos de respuestas médicas que no caben bajo el alero de la medicina científica occidental, como la iriología o la homeopatía, tampoco resulta posible clasificarlas como populares, sino que prefieren ubicarse bajo el rótulo de “alternativas”. Sin embargo, interactúan indistintamente tanto con el modelo médico oficial, como con las culturas médicas nativas y populares.

Uno de estos casos de intercambio corresponde a la utilización de los atributos “frío” y “caliente”, vigentes en la medicina humoral de América Latina y particularmente en la mapuche, en relación no sólo con estados corporales o plantas, sino también con los medicamentos patentados¹⁶.

El antropólogo norteamericano George Foster sostiene que es necesario evitar la simplificación excesiva de argumentar que existen dos tipos de recursos: los tradicionales y los modernos. Según él, es muy posible que en el contexto actual, los curanderos “neotradicionales” (espiritualistas, naturalistas y otros terapistas que usan medicamentos modernos) presten colectivamente más atención médica directa que los médicos occidentales; en particular en los grupos sociales sometidos a fuerte contacto interétnico.

En la IX región, los estudios realizados confirman la influencia cada vez mayor que, por el volumen de atención y por el tipo de creencias y prácticas, ha ido adquiriendo el sistema médico popular. Esto, tanto en el ámbito urbano marginal como en el rural, donde la presencia de figuras médicas intermedias como santos y curanderos, se ha convertido en un importante elemento para el manejo de la situación de salud-enfermedad.

En Santiago, existe una población mapuche mucho mayor en cantidad que aquella que se concentra en las ciudades de la IX región, por lo tanto se hace necesario adoptar una primera clasificación, interesada por

¹⁶ “Mientras, de una parte estas poblaciones mantienen una orientación cognoscitiva predominantemente folk sobre las enfermedades, por otro lado, sobreutilizan los nuevos recursos terapéuticos, como los medicamentos antibacterianos o las vitaminas introducidas por el sistema médico oficial, aparentemente sin contradicciones con su cosmovisión, determinante para el mantenimiento de la identidad cultural. Estos grupos han adaptado a su propia idiosincrasia y a su propio modelo explicativo las indicaciones y el uso de medicamentos modernos, adjudicándoles efectos mágicos y sobrenaturales y contraindicando su uso por la indigesta previa de ciertos alimentos o la pérdida de la potencia medicamentosa por trasgresión de tabúes.” Pedersen, Duncan. Elementos para un análisis de los sistemas médicos, p. 15

cierto¹⁷, que nos permita diferenciar entre los diferentes modelos médicos que se ofertan en la capital y de qué manera son vistos por la población mapuche.

Para la antropóloga Ana María Bacigalupo, coexisten tres sistemas médicos¹⁸ distintos con sus respectivos marcos conceptuales: el sistema occidental oficial, el mapuche y el tradicional popular.

El **sistema médico occidental oficial** busca causas naturales para explicar el origen de las enfermedades y utiliza métodos científico-empíricos para curar los síntomas de una enfermedad con productos farmacéuticos. Los mapuches, en general, asocian la medicina occidental oficial con la sociedad dominante chilena, se sirven de ella en situaciones específicas, pero le dan una connotación negativa cuando ésta se contrapone a su propia matriz conceptual.

El **sistema médico tradicional mapuche** comprende las creencias, conocimientos y prácticas que han sido utilizados durante siglos por los mapuches y que los caracteriza como un grupo étnico. Dentro de este esquema conceptual muchas enfermedades son causadas por agentes sobrenaturales y el cuerpo está interconectado con la espiritualidad, las emociones y los pensamientos. Los mapuches capitalinos recurren a ella de manera frecuente a través de costumbre arraigadas en el seno de las mismas familias (como el uso de yerbas), sin embargo, no es costumbre visitar agentes médicos mapuches en la ciudad, dado que existen muy pocos¹⁹.

¹⁷ “Interesada” porque debe quedar claro, a modo de declaración de principios de cualquier investigador, que su quehacer está guiado por un interés. La manera en que dispone los elementos, en que realiza clasificaciones, en que organiza el conocimiento, no es casual, ni está determinada por lo objetos a conocer, está guiada por intereses del sujeto que los conoce. En este caso, es interesada, porque permite entender a las distintas prácticas médicas no sólo como distintas terapias, sino como distintas modelos, lo que permite una revisión de la medicina mapuche y la popular, con todas sus implicancias y matrices conceptuales.

¹⁸ “Defino un sistema médico como una organización socio-cultural de creencias, acciones, habilidades y conocimientos que promueven la salud de las personas involucradas y el conjunto institucional de prácticas, procedimientos, normas, personas y materiales que lo hacen posible. El concepto de sistema es un instrumento de análisis que permite contextualizar los fenómenos médicos dentro de una cierta realidad socio-cultural étnica.” Bacigalupo, Ana María. Variación del rol de machi dentro de la cultura mapuche, pp. 7-11

¹⁹ Este tema será profundizado en los capítulos siguientes.

La **medicina popular tradicional** combina elementos de la medicina indígena con la medicina popular medieval Europea y la católica, creando un sistema médico compuesto que es típico de la sociedad chilena mestiza. De acuerdo a este sistema, las enfermedades son holísticas y pueden tener causas naturales, emocionales o mágico-religiosas. Bastantes mapuches recurren a ella, ante la abundante oferta existente en la capital y la escasa de su propia medicina.

Los agentes más comunes de este tipo de medicina son las meicas, las santiguadoras, las parteras, los yerbateros, los componedores de huesos y las quebradoras de empacho.

Las meicas, corresponden a mujeres que no aceptaron el llamado de los espíritus para transformarse en machis, como lo refleja este relato de una mujer mapuche: “Mi mamá tiene perimontum²⁰ (visión) de machi desde que era chica, cuando se casó, siguió con lo mismo, pero mi papá nunca la dejó que se hiciera machi, a él no le gustaba, él era evangélico, por eso quiso que mi mamá se hiciera evangélica. Mi papá la llevó a la iglesia, y de ahí ella también se hizo evangélica, ahora cura los enfermos así no más, como meica, hace oraciones sin kultrun, y también unge a los enfermos”.

Las meicas son un reflejo del proceso de mezcla y de adaptación al entorno occidental, pues en la medida que la dispersión golpea su pueblo, no hay familia numerosa que la apoye ni menos una comunidad que le crea.

Las meicas, también tienen conocimiento de las yerbas, pero han incorporado diagnósticos y terapias que responden a las demandas de los pacientes que están en contacto con la cultura occidental. Además,

²⁰ El perimontum de machi corresponde a un tipo particular de visión, por medio de la cual los “espírotus” se revelan a sí mismos ante los futuros machis, para señalarles su vocación chamánica. Los espíritus pueden tomar forma de animales que se aparecen en el camino de las personas. En términos generales, “el perimontum es un suceso extraordinario o una visión que contiene señales premonitorias del destino del individuo que las experimenta, de su familia, de su comunidad o de su pueblo”. Citarelli, Luca y otros autores. Medicinas y culturas en la Araucanía, p. 180

mantiene cierta religiosidad, pero sin asumir las funciones sociales y mágico religiosas que caracterizan al machi, lo que da cierta confianza al paciente mapuche, en el sentido de “que la meica hace el bien”²¹.

Las parteras, en cambio, prácticamente no existen en la ciudad, son más propias del área rural, producto de la lejanía de los centros hospitalarios. Son las encargadas de atender a las futuras madres y, a veces, son preferidas porque establecen una relación más personal con ellas, respetan sus creencias y porque al parecer “son más cuidadosas en el pre-parto”. Sin embargo, en la actualidad no son muy utilizadas.

Las santiguadoras o rezadoras, como se les conoce en Santiago son mujeres, generalmente de edad que se dedican a orar por los enfermos mediante una mezcla de rezos católicos con mapuches²². Otra muestra clara de sincretismo cultural.

“Quebrar el empacho” es una práctica común en los sectores populares y es realizada, generalmente, por meicas. Sin embargo también existen “señoras”, como se las conoce, que luego de aprender sólo esa labor, ofrecen sus servicios a los vecinos. Para no ser confundidas con otros “doctores populares”, ya que su conocimiento empírico es especializado y no amplio, se autodenominan “quebradoras de empacho”.

El oficio de yerbatero, como agente médico capaz de ganarse la vida mediante la administración de infusiones o la recomendación de yerbas para enfrentar enfermedades, es un producto casi exclusivo de la ciudad. En el campo, en cambio, su presencia no es necesaria ya que las yerbas se hallan al alcance de todos “basta con ir a buscarlas al monte” y el conocimiento acerca de sus posibles usos no es privilegio de un especialista sino de todas las familias mapuches.

En Santiago, existen decenas sino cientos de componedores de huesos, repartidos fundamentalmente por las poblaciones periféricas de Santiago. Su trabajo va dirigido a aquellos que han sufrido traumatismos como esguinces, dislocaciones, desgarros y fracturas, además de atender el “dolor de huesos”, el reumatismo,

²¹ Más adelante veremos que el o la machi tiene un rol ambiguo, producto de su relación con lo sobrenatural. Es percibido como alguien que puede hacer el bien o el mal.

²² Citarella, Luca y otros autores. Medicinas y Culturas en la Araucanía, p. 359

los dolores de articulaciones. El uso de entablillados es frecuente así como la aplicación de masajes y de cataplasmas hechas con yerbas.

Desde una posición que rebosa tolerancia, la opinión del doctor Mendoza nos permitía comprender mejor a estos médicos populares: “La medicina nació literalmente hacia el año... cero, seguro que habían tipos hábiles para drenar cosas, zanjar cuestiones, abrir heridas, etcétera. Si uno piensa, en el pasado básicamente era eso, después se le fue agregando valores de mayor “ciencia”. Yo diría que cualquier persona observadora, ingeniosa, que desarrolle una habilidad, es capaz de hacerlo bien, se transforma en automático y lo hace bien. Por decirlo de otra manera, es cierto que hay hombres que tienen un culto muy alto por el auto, hay garages reconocidos de Mercedes Benz, pero hay “n” mecánicos que hacen tan bien esa pega o mejor que los que están autorizados. El caso es que mucha gente atiende sus Mercedes Benz con esos personajes. Igual con el asunto del componedor de huesos o en otras áreas puede suceder también, en el sentido que hay gallos que desarrollan realmente habilidades, capacidades,... si no es tan difícil tampoco. A lo mejor, es posible que no sean cosas extremadamente complejas, pero si son esguinces,... Yo conozco no pocos jugadores de fútbol prestigiados, tipos famosos, que van al componedor porque no les resulta con un traumatólogo. Y algunos han vuelto a recuperar sus carreras...”

La medicina popular, entonces, era un problema práctico, no exclusivamente teórico. Aparecía como necesario, entonces, aproximarse a ella en términos concretos, desde una perspectiva más humana y experiencial, alejada un poco del bálsamo antropológico, del cual ya habíamos bebido suficiente.

Don José y la “señora” Eliana

Eran las 11:30 de la mañana y un sol brutal golpeaba de lleno a la Población 23 de Enero, sin dejar un solo resquicio de sombra. El color blanquecino de las veredas y casas le otorgaba cierto brillo sobrenatural al conjunto habitacional. Pero aquello que en cualquier otro contexto hubiera parecido un obsequio a la vista, se volvía una imagen francamente empalagosa bajo el imperio de 30 incontrarrestables grados de temperatura.

Sin embargo, todo sería diferente en la casa de don José. Por ser una construcción antigua, de paredes gruesas, conseguía generar un microclima bastante fresco en su interior. Allí vivía, desde hacía ya bastantes años “no me acuerdo cuántos”, cuando reprodujo el clásico viaje campo-ciudad. Nació en los alrededores de San Fernando, lugar donde sus servicios fueron requeridos por primera vez.

A los sesenta y tres años, sus servicios todavía eran requeridos, lo que se expresaba en que todos los días “por lo menos llega una persona a tenderse conmigo”. Con una voz tranquila y risueña pero con un escaso volumen, tal vez producto de los escasos dientes que conservaba, procedió a explicar dónde y cómo había decidido “titularse” de componedor de huesos

“...tenemos que empezar desde donde me acuerdo, porque como le digo, la realidad de las cosas es que yo no tengo ningún estudio, nada. Yo empecé por allí por el año 1954, pero vengo de abuelos compositores, de padres compositores, tengo un hermano que es compositor también, entonces venimos heredando el conocimiento, pero no porque me haya dicho una persona: mire, usted va a aprender de esta y esta manera el conocimiento que tengo yo,...”, señaló, humilde.

Se trataba de un elemento a considerar: el negocio familiar. Probablemente hay tantas familias de médicos en Chile, como familias de componedores o de yerbateros. Mas era claro que saber entablillar, o volver a colocar un hueso en su lugar, no son conocimientos que se transmitan genéticamente, así que la

pregunta seguía abierta: ¿Qué camino había seguido para llegar a ser un componedor de huesos?. Su explicación acerca de los elementos que habían confluído en su “decisión” no fue la esperada, sin embargo, era una buena forma de entender “lo popular” de esta medicina. Se necesitaba un profesor que fuera componedor y un tanto bruto, un individuo descompuesto, otro con hartas ganas (o no tantas) de aprender, unos cuantos palos y, por supuesto, uno que otro trago:

“Tenía como dieciséis o diecisiete años, nosotros teníamos dos, tres trilladoras prácticamente, que trillaban el trigo. Se sembraba, se araba y se trillaba con dos, tres trilladoras, las heras que se llamaban y la verdad de las cosas es que mi papá le ponía un poco... bastante, en realidad – entre risas, hizo un gesto con la mano que reflejaba claramente que eso de “ponerle” se refería al alcohol.

Resulta que estábamos corriendo en las heras y, entre medio de los alambres de la cerca aparecen unos animales. Entonces el caballo se asustó y pasó por encima de un ‘gallo’ que justo estaba corriendo las estacas del cerco, que era un amigo mío, y ‘me le descompone en tres’.el hombro. Le dije: ¿por qué te estai quejando?”. Me bajé del caballo y vi qué le pasaba. Entonces lo llevé donde el papá para que lo componga...

...Y resulta que mi papá estaba medio con trago, era de esos viejos ‘tacaño’,... si usted supiera cómo eran las cosas en la antigüedad... y él era mi amigo favorito; ¡papá! -le digo yo- ¿por qué no me compones el Lucho Poblete?, para poder seguir corriendo, porque no tengo cómo correr con él. Y se para tan enojado el papá y me dice: ¡por qué no lo componís vo’! ¡...y lo vai a componer, no más! En eso, pescó un palo y me pegó.

...Nos quedamos los dos llorando con el Lucho... después de un rato, me armé de ganas, le tomé el brazo, le di un tirón y se lo coloqué de nuevo en el hombro. Y partimos pa’ la hera de nuevo, ahí nos mandamos un ‘pencazo’ pa’ pasar el dolor y yo pa’ pasar el susto y seguimos corriendo.

Luego, mi papá me dijo: esto te va a servir para todos los días de tu vida

Y era verdad.

Después empezamos a jugar a la pelota en torneos grandes, jugaban cuatro, cinco fondos, torneos de fútbol. Y resulta que en una de éstas, descompusieron a uno; yo estaba medio cura'ó, pero igual alcanzaba a ver a mi papá haciendo las cosas, y yo no tenía idea cómo se hacía cuando la gente está descompuesta, cuando la gente hay que tirarle pa' un lado o pa'l otro, el hueso. Porque muchas veces hay que centrarle el hueso... Así que una vez, se descompuso uno, y me dijeron a mí que lo compusiera, como yo era hijo de compositor. Yo me acordé ma' o meno' de lo que había visto, y lo hice: le moví el pie pa' un lado, p'al otro y luego, lo entablillé. Después de unas semanas el gallo se había mejora'ó y volvió a jugar. Así fue cómo empecé. Después me iban a buscar cada vez que alguien se descomponía.”

Ciertamente que si tu progenitor enarbola un palo por los aires, no hay dudas existenciales que cuenten, sólo queda responder al llamado de la “vocación”. Don José lo asumió y da gracias a Dios por ello, ya que hasta el día de hoy le permite ganarse la vida pues “como tuve una trombosis, las piernas me quedaron malitas y no pude seguir trabajando como albañil”. Entre tres y cuatro mil pesos cobra la consulta, aunque más de uno a quien no le haya sonreído la suerte en términos económicos, recibe atención gratis. Sin embargo, la composición social de sus pacientes es muy variada, situación que constataría una y otra vez a lo largo de este recorrido por la medicina alternativa, desde individuos que aparecen montados en automóviles último modelo, hasta vecinos que llegan con lo puesto.

Para realizar el diagnóstico, no utilizaba radiografías, sólo sus manos: palpaba el área adolorida en busca de irregularidades en los huesos, ligamentos y articulaciones, los cuales aseguró conocer “como la palma de mi mano”.

Del mismo modo, profundizar en una descripción de las terapias realizadas por el componedor no tendría mayor sentido, dada la simpleza de éstas. Baste decir que incorporaban el uso de masajes en las zonas afectadas, el entablillamiento en caso de fracturas, el uso de un “improvisado yeso” (fabricado con diarios

humedecidos por la clara de un huevo) para inmovilizar los esguinces, además de la clásica de recomendación de “consumir yerbas para calmar el dolor”.

Y nada más. El conocimiento que don José manifestaba tener acerca de su oficio era escasísimo, incluso se mostró sorprendido al enterarse acerca de la posibilidad de que sus conocimientos en tanto “componedor de huesos” provinieran de la práctica médica mapuche. Sin embargo, sí admitió que una buena parte de sus clientes lo constituían individuos de esa nación y que incluso, en la misma población había hasta hace unos meses, dos componedores más, uno de los cuales era de origen mapuche.

La mujer de don José, sentada a su lado, asentía a todos los dichos de su marido, mientras una niña de unos tres años con unos encantadores ojos azules, jugaba a ocultarse entre sus piernas. Parecían una perfecta pareja de abuelitos de campo: él, pantalón gris y camisa blanca con el cuello abierto; ella, con el pelo hecho moño y un delantal floreado.

Pero Doña Eliana no sólo acompañaba la labor de su marido. Era una verdadera “señora”, y no en el sentido exclusivo de ser dueña de casa. Casi todas las tardes, cuando lo menesteres hogareños habían disminuido, dedicaba un par de horas de su vida, a recibir enfermos para “quebrarles el empacho”.

“Cuando los niños o la gente come fruta mal lavada o verde, entonces, se ‘empacha’. Le dan vómitos, fiebre. Y los doctores no saben cómo curarla, se confunden y dan remedios equivocados” fue su definición de la enfermedad. Pero lo más sorprendente fue la descripción de cómo se curaba: “Al niño se lo pone de guatita y luego, se le hace masaje en la parte de la colita, abajo de la espalda, porque ahí hay como un huesito que está movido. Se le hace masaje con ceniza y luego se le ‘tira la colita’. Suena como un palito seco y ahí se dice que se le ‘quebró el empacho’.

Llancamán ya había enunciado esta práctica como peligrosa. Y sin duda, lo era. Sin embargo, relatada por quien la impartía, perdía todo el carácter bestial que él le había atribuido. Incluso, doña Eliana se había apresurado a señalar, como comprendiendo la responsabilidad que cargaba “Claro que hay que saber hacerlo

porque no todo el que dice saber, sabe. Y hay que tener mucho cuidado para no hacerle daño al niño. Yo nunca he tenido problemas por eso y la gente siempre me agradece, aunque no todos me paguen.”

Tal como un matrimonio entre una dentista y un cardiólogo, don José y doña Eliana eran una pareja de médicos del mundo popular, cada uno en su “especialidad”.

Para el mundo de la medicina científica, pueden ser considerados perfectos representantes del ejercicio ilegal e incluso “precario” de la medicina. Sin embargo, tenían un respeto ganado entre los que habían sido sus pacientes, y su honestidad y generosidad con los más pobres que ellos, impedían claramente, que fueran clasificados entre aquellos que sólo lucran con el oficio.

Conclusión

Desde la polémica aparecida en la revista del Colegio Médico hasta las opiniones del señor Llancamán, una extraña sensación se había instalado en mi mente. La medicina occidental-científica parecía caer en una intolerancia hacia otras prácticas médicas, que más tenía de religión que de ciencia.

“Ciencia como religión”. Tal vez se trataba de una versión criolla de las reflexiones del alemán Jürgen Habermas²³, pero la pedantería y la arrogancia de algunos de los médicos no hacía otra cosa que poner sospechas sobre buena parte de la democracia sobre la que se construyó la legitimación que tiene la medicina científica hoy.

Sin embargo, el hecho de encontrar representantes de ese mundo, que cuestionan a sus propios colegas, da pie para pensar que no es la medicina científica en sí misma, la que se autoerige como medida de todas las cosas, sino las creencias y los intereses que se construyen en torno a ella.

Grupos de interés existen desde que la sociedad es tal. Clases les llamaba Marx, cuando se refería de la economía política. Comunidades científicas les decía Kuhn, cuando hacía alusión a las transformaciones en ese ámbito. Distintas medicinas, para objeto de este trabajo.

La medicina popular se abría como un conjunto de prácticas que, con el objeto de conservar la salud, se han ido articulando en determinados sectores de la población y que encuentra su origen en sucesivas migraciones: campo-ciudad o España-América. Unas más violentas que otras, está de más decirlo.

²³ Ver “Ciencia y Técnica como Ideología”, del autor alemán.

Uno de los componentes de esa mezcla, es la medicina mapuche, la cual no ha desaparecido completamente ante la avalancha modernizadora. Ha sobrevivido, no sin modificaciones, incluso en las ciudades.

Ahí había que fijar la vista ahora y, para ello, esta investigación no podía reducirse al estudio libresco, debía ir a enterarse en terreno de las características de su objeto de estudio.

II La Medicina Mapuche

“No vamos al médico”

“Nosotros no vamos al médico” fue una de las oraciones que más veces asomó a la boca de los mapuches entrevistados.

Y cuando hablaban de “nosotros”, se notaba que apostaban a resumir la actitud de todo un pueblo en esas palabras. Sin embargo, es claro que no todos los mapuches tienen esa manera de pensar. Al igual que en el resto de los aspectos culturales, son los más jóvenes quienes más a menudo caen en las tentaciones de la modernidad occidental²⁴.

“...mira, sí, la gente joven y sobre todo las mujeres jóvenes van al médico, y lo que el médico hace es repartirle recetas con medicinas que de repente el niño no necesita, ahora, por ejemplo lo que es común en los jardines infantiles es que a los niños les den pastillas para calmarlos, y eso no puede ser. Hay yerbas para tranquilizar a los niños inquietos, pero no les puedes dar pastillas, diazepam, es un crimen”, señaló una mapuche de edad que no quiso decir su nombre.

El enfoque femenino y maternal que adoptaron todas las mujeres que abordaron el tema, dejaba en claro que son ellas, las grandes portadoras de la cultura. Ellas son las encargadas de aprender, conservar y transmitir a las futuras generaciones todo el caudal de conocimientos acumulados. En Santiago, ese rol cobra mayor preponderancia porque existe una mayor cantidad de estímulos que inducen al abandono de las

costumbres originarias, a la vez que buena parte de los ejes de la vida mapuche, como el diálogo permanente con la naturaleza y a través de ella con los dioses, desaparece bajo el peso del implacable asfalto. En ese contexto, la mujer representa un símbolo de continuidad. Según María Pichicón, “una está encargada porque cría a los hijos y los enseña, y tú mantienes lo que son las comidas más tradicionales. Nosotros comemos mucha legumbre y le damos a los niños, no esos cereales importados de ahora. tratamos de comer mucha verdura, si bien la dieta campesina indígena es carnívora, pero igual carnívora con mucha verdura. No nos gustan los platos rápidos porque eso no alimenta”.

De igual manera se ve a la medicina occidental, pues así como los Korn Flakes no alimentan, “las pastillas tampoco sanan”. Se trata de un problema de confianza en la cultura “huinca” y de la voluntad de conservar la propia.

“O sea, a mi guagua le ponen las vacunas que les exigen en el control, pero de ahí a creer en la medicina, no. Yo no tomo pastillas, uno va adquiriendo esa idea en la casa, tú para todo encuentras remedio, en todas las casas hay un tarro lleno de yerbas, tú llegas a la casa y llegas a tomar yerbas; por ejemplo para la acidez, en vez de tomar esas sal de frutas, antiácidos, a nosotros nos basta con una yerba y listo”, aclara Marisol Aguas.

La respuesta con medios naturales, fundamentalmente yerbas, en oposición a los tratamientos con químicos, es otra de las características centrales de la medicina mapuche.

²⁴ Este tema será vuelto a tocar. Ver tercera parte.

Pero no se trata de una actitud dogmática, sino de un proceso de transmisión de creencias y de costumbres, las cuales se van enfrentando a nuevas situaciones, a nuevas enfermedades. Es decir, la medicina autóctona no solucionaría todos los males y hay veces en que quienes más resisten a la medicina oficial, también se ven obligados a recurrir a ella.

Para Aguas, "...la verdad es que yo creo que depende de la salud que uno tenga, y eso depende también de la alimentación que uno le dé a la guagua. Lo que más se utiliza es el dentista, ir al oculista, porque nosotros no tenemos medicina para eso, pero lo demás... yo te digo, por ejemplo, los riñones, el estómago... ahora todavía hay gente que dentro de la ciudad, se dedica a arreglar huesos, entonces no es necesario que vayamos a ponernos un yeso para arreglarnos un hueso, yo me quebré un pie y uno va donde el caballero este y el te arregla, porque lamentablemente si tú te quiebras y vas al traumatológico te enyesan pero no te arreglan el hueso, entonces te dejan el hueso chueco, o sea, como lo agarró el yeso, queda el hueso".

Dependiendo de las especialidades, también las terapias pueden ser complementarias. Por ejemplo, en el mismo caso de las torceduras y esguinces, muchos acostumbran ir primero al componedor, para que les ubique el hueso y luego, van al hospital a enyesarse.

Según los afectados, no significa que desconfíen de la medicina mapuche y por eso vayan al hospital; sino que debe interpretarse a la inversa, es decir, recurren al sistema médico oficial con una alta dosis de desconfianza, por esa razón es que visitan primero al componedor.

Pero la medicina mapuche no sólo trata acerca de esguinces y dolores de estómago. Tal vez, uno de sus elementos más definidores es que recoge elementos religiosos, los cuales incorpora a su interpretación acerca del origen de determinadas enfermedades, la manera en que se expresan y la forma de curarlas. Un mundo plagado de dioses, espíritus y brujos es responsable de un número no menor de dolencias que aquejan al ser humano. Para hacerle frente a ellas hay que apelar también a fuerzas sobrenaturales, en esta ocasión, representantes del bien, que sólo son convocados por ciertos personajes que sirven de intermediarios entre el mundo de las divinidades y el de los hombre. Ellos son los sacerdotes del pueblo mapuche y a la vez son sus

doctores. Son los machis, y el machitún es la principal ceremonia de cura de enfermedades que llevan a cabo. La mayor parte de los mapuches aseguran creer e incluso haber padecido alguna de estas enfermedades a lo largo de su vida, y afirman a la par, que los doctores huincas no saben como tratarlas, mientras que el machi, sí.

Así como hay enfermedades para las cuales la medicina occidental aún no encuentra cura. Según algunos mapuches, los doctores también cometen errores al tratar las enfermedades sólo por sus síntomas y no buscando su origen.

Según Pichicón, “cuando el niño tiene diarrea es porque le da un empacho, y el empacho en la medicina no lo conocen, si lleva los niños empachados al médico, te los puede matar y no te los va a sanar nunca; por eso que la gran causa de muerte infantil es la diarrea, porque los médicos no la saben tratar; por ejemplo, existe lo que es el susto, el mal de ojo, el empacho, que todas te producen diarreas y vómitos, y si tú no le sabes hacer un tratamiento, a los días se te puede morir la guagua y si tú la llevas a los hospitales, te van a sanar de la diarrea y de los vómitos pero no te van a sacar el daño que tiene dentro. Por ejemplo, el empacho es cuando se te pega alguna fruta que comiste mal lavada, la cáscara de alguna fruta, de la ciruela o de la uva; tú tienes que botar eso para poder sanarte y lo que hacen acá, es cortar los vómitos y la diarrea a base de puros medicamentos, pero no te sacan lo malo que tienes dentro de la guata”.

Y es justamente esa la razón por la cual lo mapuches recurren a la medicina, para “sacar lo malo de adentro”. Es un problema que tiene que ver con el bien y el mal y, por ese motivo, el tema de la fe, de la confianza toma tanta relevancia.

Enfermedades sobrenaturales y naturales

Según antropólogos que han dedicado buena parte de sus días a investigar el asunto, y las propias palabras de los entrevistados, en la cosmovisión mapuche existirían dos maneras de entender el origen de las enfermedades: uno sobrenatural y uno natural. El primero corresponde al factor dominante que produce la mala salud y se genera por la acción del “huecufe” (fuerzas del mal) que, generalmente se vale de un kalku (brujo) para ejercer su maleficio. El segundo origen, el natural, se debe a factores ambientales, básicamente a la acción del frío y del calor sobre las personas.

Las formas en que se manifiestan las enfermedades sobrenaturales son:

- a) La introducción en el cuerpo de una persona de un objeto, sean cabellos, varillas, insectos, piedras, etc. Estos objetos pueden insertarse bajo las uñas, en la boca, en el estómago (por medio de bebidas o comida), en cualquier parte del cuerpo, generando la enfermedad. Esta acción del huecufe se denomina como “utref”.
- b) El rapto del alma de una persona. Esto ocurre cuando los kalkus capturan el alma y provocan una dolencia que poco a poco irá consumiendo el cuerpo.
- c) El encuentro con el huecufe mismo. Esto es denominado como “trafyekenun” (el acto de encontrarse). Aquí la enfermedad se produce por haber visto el espíritu del mal personificado. No se trata de que los demonios hayan buscado hacer el mal, sino de un encuentro azaroso con ellos. Según una machi muy citada en los textos antropológicos, Rosa Cabrera, el encuentro sería más o menos así: “... cuando los niños salen a jugar al mediodía, ahí juega él, el huecufe, y se aparece un remolino, el “meulén”. En ese momento que juega el niño está pasando el huecufe. También le puede pasar a un grande si sale al

mediodía, lo persigue. A esa hora el sol está parado porque hace mucho calor, el diablo sale a esa hora a jugar con la gente. Ahí ya se enferma uno”. También el “trafyekenun” es equiparado al “susto”.

En los dos primeros tipos de brujería, la sanación queda en manos exclusivas del o la machi, quien se encarga de comprobar la acción de los kalkus a través de la ropa, probablemente las prendas interiores con las cuales duerme el enfermo la noche antes de ir a la consulta. También puede averiguar acerca de ello “viendo la orina”²⁵ del paciente o, simplemente, a través de los sueños.

Una vez comprobado el mal, se lleva a cabo el machitún²⁶ como una forma de expulsar los demonios del cuerpo o de recuperar el alma perdida. El tratamiento luego consiste en una terapia basada en el uso de yerbas, el cual puede durar meses hasta que el paciente mejore completamente.

En el tercer caso, el “encontrarse con el huecufe” produce nerviosismo, insomnio y a veces vómitos. Y para su tratamiento no resulta imprescindible la presencia del machi. Su terapia consiste en la aplicación de ciertas plantas u objetos conocidos como “contras”, con los cuales se hacen friegas, conocimiento que se transmite de manera oral.

El susto y el mal de ojo son dos enfermedades comunes para mapuches y chilenos, tanto del campo como de la ciudad, cuyo origen es sobrenatural. Marisol Aguas las explica así: “...el susto es cuando la guagua de repente se asusta, o sea, de repente cuando son chicos no están acostumbrados mucho a la bulla, tú vas a una casa en que hay demasiada bulla y se asustan; y el mal de ojo es cuando alguien lo ojeó, cuando alguien tiene la sangre muy fuerte y ve a la guagua y se nota porque un ojo se le achica a la guagua”.

²⁵ Ver la orina es una práctica de diagnóstico de enfermedades bastante común dentro de lo que se conoce como medicina popular chilena, pero también es muy utilizada en otros países como Brasil.

²⁶ Es la máxima ceremonia de la medicina mapuche y una de las más importantes de esa cultura, después del nguillatún. Consiste en un rito con el que se busca sanar a un enfermo, el que generalmente se encuentra poseído por espíritus malignos, por medio de una serie de cánticos y yerbas. Es dirigida por un machi.

Otra forma de tipificar las enfermedades sobrenaturales son como “weda kutran” y “wenu mapu kutran”, según quien las provoque. El “Wenu mapu” es el lugar donde habitan las divinidades que gobiernan las fuerzas y los elementos benéficos de la naturales, por lo que tienen una connotación positiva. Sin embargo, el no cumplimiento de las creencias y ritos puede causar su enojo y el consiguiente castigo: “wenu mapu kutran”. En cambio, “weda kutran” se divide en “kalku kutran” y “huekufe kutran” según quien la produzca, el huekufe o el kalku. En ciertos casos, una enfermedad puede ser clasificada de inmediato como sobrenatural sólo por el hecho de no tener origen conocido como reconoció Aguas “... de repente aparece una enfermedad difícil, que no se conoce, a ese le decimos weda kutran... hay un viejito por aquí que tiene la cara hinchada, nadie sabe lo que es, por eso todos decimos que tiene weda kutran.”

Por otro lado, las enfermedades cuyo origen es natural se puede clasificar en:

- a) Enfermedades que se producen por el paso del calor al frío. Son pocos los chilenos que no han escuchado a sus abuelos decir frases como “quedé pasmado”, “me dio un aire” o “tengo calor al estómago”, las cuales encuentran su origen en la caracterización mapuche. Sus síntomas pueden involucrar la fiebre, el dolor de cabeza, e incluso la diarrea con sangre.
- b) Enfermedades producidas por permanecer expuesto al frío. Aquí el cuerpo se “pasaría de frío”. Las mujeres suelen ser las más afectadas pues la dolencia tiene cierta relación con el hecho de exponerse al frío estando con la menstruación o luego de haber sufrido un parto. Sin embargo, tanto en el caso de hombres como de mujeres, afecta la vejiga las vías urinarias, el estómago y el hígado.
- c) Enfermedades del huinca o “huinca kutrán”. El nombre lo dice todo, son aquéllas introducidas por los extranjeros, tales como la pulmonía, la bronconeumonía, las pestes (sarampión, viruela, etc.)

- d) Las heridas o “alfen”. Estas se dividen en dos tipos: las heridas producidas por objetos cortantes, por caídas, y aquellas que se producen en el interior del cuerpo, a modo de “irritación”²⁷, en órganos como el pulmón, el hígado o los intestinos.

Las enfermedades externas como las heridas cortantes y el “aire” son tratadas de manera similar: se realiza un preparado de yerbas que luego se aplica sobre la parte afectada. Las torceduras o reumatismos son curadas por medio de masajes y la colocación de cataplasmas. Por otro lado, todas aquellas enfermedades que comprometen órganos interiores son tratadas por medio de infusiones, también de yerbas, pero que son administradas por vía oral. Este sí es un tipo de terapia extendidísima en la población no sólo mapuche, sino también chilena. No sólo la practican los diversos agentes de la medicina popular, como las meicas y los yerbateros, sino que es parte ya de un tipo de conocimiento que se ha instalado un número importante de hogares a nivel nacional.

²⁷ Enfermedades como la otitis, la rinitis, la gastritis no corresponden sino a una irritación del órgano aludido, por lo cual la tipificación de enfermedades como “irritación”, no resulta tan imprecisa. Al menos, no más que aquella de la propia medicina occidental.

El Bien, el Mal... y otras yerbas

Referirse a la medicina mapuche y subestimar el uso de las yerbas, es como hablar de la medicina occidental y olvidar mencionar el rol que juega la farmacia. Durante siglos, Chile fue una gran farmacia, a la cual sus habitantes recurrían “sin costo alguno” en busca de determinadas plantas medicinales. El uso de yerbas para la cura de enfermedades, el alivio de heridas o simplemente para “relajarse” no corresponde a una práctica exclusivamente mapuche, sino a una forma extendida por el mundo entero de enfrentar el problema

de la salud. Sin embargo, el uso de yerbas para los mapuches es mucho más que una opción, es la manera más básica en que se expresa su medicina original.

Mientras que en los jardines de las casas santiaguinas no falta la menta, unas hojas de llantén o un poco de ruda, en el campo todavía se acostumbra salir a recorrer los caminos y cerros en busca de las yerbas de rigor. "...es que se da natural, en el campo tú vas y yo sé en mi campo donde voy a encontrar menta, o sea voy al lado del cerro a buscar menta, yo sé que el poleo está donde hay humedad y voy a encontrarme con el poleo, el paico también se da en la parte más seca" afirmaba Aguas.

En la ciudad, en cambio, no es tan fácil encontrar esa variedad de plantas, no sólo producto de la escasez de ambientes naturales, sino también porque la difusión del consumo de yerbas medicinales lleva a muchos inescrupulosos a poner puestos de venta, donde lo que más abunda es... maleza.

En los centros urbanos, la labor de recolector y de vendedor de yerbas se especializa, lo que da origen a los yerbateros, pero como dice María Pichicón, no todo es lo que parece: "Cuando vas a comprar a la feria, ahí se nota también el grado de picardía de la gente de este país y la falta de sabiduría de las mujeres, de la gente que va a comprar yerbas porque te venden cualquier cosa; más vale que nunca vayas a comprar una yerba a la feria, por ejemplo yo voy a comprar sauco y me venden cualquier cosa y yo le digo que eso no es sauco, imagínate acá va una persona a comprar una mata de palqui y le dan no sé que cosa, cualquier cosa, eso no sé si lo hacen por desconocimiento o lo hacen por picardía, por venderte no más".

El uso de las plantas medicinales en la cura de enfermedades no es casual, tiene una explicación una vez más en la concepción de mundo mapuche, corresponden al dualismo básico de su cultura, centrado en la oposición del bien y el mal. De este modo, se distinguen plantas medicinales buenas y malas, que representan respectivamente a las energías naturales y sobrenaturales benéficas y maléficas.

Las benéficas se asocian a la preservación de la salud y vida, a las fuerzas constructivas y generadoras de orden; las maléficas se relacionan con la enfermedad y la muerte, las fuerzas destructivas y causantes del caos.

En consecuencia, las plantas medicinales benéficas son representadas, simbólicamente²⁸, por el tiempo del amanecer, que se asocia a los dioses creadores del mundo y a la generación de energías positivas, puesto que el alba es el momento propicio para la recolección de hierbas medicinales.

Los elementos que se relaciona con ellas son: el espacio del punto cardinal Este, lugar de la cordillera de Los Andes asociada a la montaña y sus espíritus, a la naturaleza silvestre de sus bosques y vertientes de agua cristalina donde crecen las plantas medicinales en abundancia resguardadas por los “ngen lahuén”; los números pares sagrados y positivos (cuatro, ocho, doce, etc) que regulan las combinaciones óptimas de plantas medicinales para infusiones, masajes o ramos para exorcismos; los colores blanco y gama de azul, que representan a la acción benéfica del humo del sahumerio como también al origen divino de las plantas medicinales benéficas; el “ngen-lahuén”, espíritu guardián o dueño de las hierbas medicinales, que vela por su preservación y multiplicación; los dioses, machis difuntas o espíritus auxiliares o mensajeros que transmiten el poder curativo a la machi terrestre como también la elección correcta de las plantas medicinales para una terapia.

Por el contrario, las plantas malélicas son representadas, por el tiempo de la noche oscura, en el cual los espíritus malignos acechan al hombre indefenso en los caminos solitarios para producir enfermedad o muerte.

Junto a ellas están: los espacios de los puntos cardinales Oeste y Norte, asociados a cataclismos y vientos destructivos; los números nones, que imperan en las combinaciones de hierbas malignas que atentan contra la salud o la vida; y los colores negro y rojo, que representan a la potencia agresiva y destructiva de los wekufes y kalkus.

²⁸ “El proceso terapéutico mapuche se caracteriza por su poder de comunicación simbólica, que parece operar mediante una activación de la red de asociaciones de las plantas medicinales benéficas, vinculadas a las categorías cognitivas básicas de tiempo, espacio número color y relaciones del hombre con la naturaleza y lo sobre natural”

Lo médico y lo religioso: la centralidad del machi

Justamente, al revés de cómo los mapuches se refirieron al médico occidental, su aseveración más común fue “A la machi se recurre para todo... desde un dolor de guata hasta un infarto”.

Sin embargo, el uso extendido de las yerbas impide que esta afirmación sea plenamente cierta, ya que una buena parte de los problemas de salud son superados antes de que sea necesario visitar a un machi. Además, pese a que, particularmente en las ciudades, el rol y la práctica de machi aparece relacionada principalmente con la medicina, con la sanación de ciertas enfermedades, ésta es concebida de una manera diferente a la que puede realizar cualquier doctor. Un machi, para realizar la curación, debe entrar en el mundo de lo espiritual a través de la oración y el trance. Para José Painaqueo, encargado de la Oficina de Asuntos Indígenas de La Pintana, la cosa es clara: “...ningún machi o una machi mujer... busca ser machi, llega a eso como una especie de ‘don. Así es una cosa, una mezcla de una cosa práctica y algo espiritual, es decir, una mezcla de una fe, y una condición en sí misma, que todas las machi ruegan a Dios, a Dios en el sentido nuestro, para después curar, o sea primero se hacen una serie de oraciones, invocaciones, para luego entrar a la práctica de la medicina misma...”

Es justamente esta dimensión espiritual la que caracteriza al machi, y para ser fieles a la reconstrucción del rol según las visiones de antropólogos, debemos partir desde allí, para luego caer en su práctica como médico.

La (o él) machi es la intermediaria entre la comunidad y lo sobrenatural, y busca mantener el equilibrio entre el hombre, la naturaleza, las deidades y los espíritus²⁹. Es llamada a su profesión por una combinación de experiencias sobrenaturales y de enfermedades crónicas: En la mayor parte de los estudios antropológicos que recogen opiniones de las propias machis acerca de este llamado, hacen mención a estados alterados de conciencia, sueños y “perimontun”. En los sueños y visiones aparecen los espíritus de la naturaleza que la van a ayudar a cumplir su rol, y sus instrumentos y símbolos chamánicos: el “kultrún”³⁰ (tambor ritual), la cascahuilla (cascabeles de machi), el “rehue”³¹ (altar de machi concebido como árbol de vida que comunica distintos estratos cósmicos) y las banderas de machi (generalmente de color azul y blanca, los colores del “wenu mapu”³²).

La machi contribuye a la tarea de mantener la cohesión de la comunidad y su identidad a través del respeto por las tradiciones, las normas de solidaridad y reciprocidad dentro de la comunidad, y su relación con deidades, espíritus y el cumplimiento ritual. Informa a la comunidad sobre avisos de los seres sobrenaturales que se presentan en sus sueños,

²⁹ "en síntesis el rol de la machi consiste fundamentalmente en ser sanadora e intermediaria entre los hombre y las fuerzas sobrenaturales, mantenedora del bienestar común y de la identidad étnica mapuche."

Citarella, Luca y otros autores. *Medicinas y Culturas en la Araucanía*. p. 207

³⁰ Para la confección de la caja de resonancia del Kultrun, se utiliza tradicionalmente la madera del canelo o del laurel, árboles sagrados para los mapuches. El parche puede ser de cuero de potro, guanaco u oveja. La Machi “mete su canto” en el Kultrun, cantando hacia el interior de la caja antes de tensar el parche, para dejar parte de su alma en él. Introduce además pequeños objetos sagrados (piedras, plumas, hierbas medicinales), que al sacudirlo suenan como si se tratara de una sonaja. Sobre el parche se dibujan diferentes símbolos que representan el universo Mapuche. Una cruz divide el parche en cuatro cuadrantes, la línea vertical representa el cosmos y la horizontal la tierra. La intersección entre ambas marca el centro de la tierra, el espacio sagrado desde el cual la machi entra en comunicación con dioses y ancestros ayudada por el sonido del Kultrun.

³¹ Es el objeto sagrado de toda ceremonia mapuche. En algunos casos es un tronco escalonado y en la parte superior puede llevar tallada una cabeza antropomorfa.

³² Significa “Tierra de arriba”. Corresponde a las fuerzas del Bien.

“perimontun” y estados de trance y en los valles centrales de la Araucanía actúa como sacerdotisa ritual en las ceremonias colectivas de nguillatún³³ buscando el bienestar general de la comunidad³⁴.

Sin embargo, la machi siempre está dotada de un elemento ambiguo ya que puede usar los mismos poderes para producir el mal y fomentar la discordia. Puede ser mirada como benefactora, pero también como alguien que puede hacer daño, así por oposición entre bien y mal la machi se encuentra ante la mirada de los mapuches bajo una cierta inseguridad. Según José Painaqueo, “la gente está reacia a mantener una salud a base de una medicina nuestra, nativa, porque también, mucho prejuicio, o sea ha ido adquiriendo, eso que la machi es bruja, que puede hacer un mal, que no sabe nada, que es ignorante, hay una desconfianza, porque nosotros estamos ya separados de la cultura, la gran mayoría de la gente”.

Volviendo, ahora sí, al rol de curandera de la machi, ella realiza ceremonias de curación como el ulutun³⁵ y el machitun, usa sus poderes para combatir las fuerzas del mal y extirpar la enfermedad en su manifestación física y espiritual (psicológica). La machi puede administrar infusiones hechas sobre la base de yerbas, hacer masajes sobre partes del cuerpo del enfermo o usar símbolos, denominados “contra”, como la

³³ Es la principal ceremonia religiosa del pueblo Mapuche que los reúne anualmente para agradecer y pedir a dioses y antepasados por el bienestar común. En las comunidades agrícolas la celebración se realiza en época de cosechas durante la luna llena, cuando los dioses de la luna dan fertilidad a los campos.

Para su realización se elige un campo llano en el que se traza un espacio ritual en forma de “U” abierta hacia el Este (punto cardinal sagrado). En el centro del espacio sagrado se erige el “rehue”, altar formado por una serie de coligües ubicadas en fila y adornadas con banderas blancas, celestes o amarillas y ramas de coihues, lengas, maitén y otros árboles de la zona. En las zonas rurales, son los lonkos quienes dirigen el rito; mientras en la ciudad, lo hace la machi. Durante la ceremonia se alternan danzas rituales, oraciones, cantos sagrados, giros a caballo alrededor del espacio sagrado (awün) y ofrendas en las que se esparce sobre la tierra “mudai” (chicha), yerba, tabaco y la sangre de animales ritualmente sacrificados. En la realización del Nguillatún cumplen un importante papel los instrumentos musicales tradicionales : El kultrún, la Trutruka y la Pifilka.

³⁴ Este fenómeno también ocurre en Santiago, donde el machi no sólo asiste sino que lidera el nguillatún, pues en la ciudad no se conservan los líderes sociales y políticos de las comunidades.

³⁵ El ulutun es “la más corta y sencilla de las ceremonias realizadas por el machi, y bastan para su ejecución su presencia y la del enfermo”

platería y los cuchillos para sacar el mal del cuerpo biológico del enfermo y de su familia, si es que ésta también está afectada³⁶.

Existen distintos tipos de machis. Están las machis que sólo hacen el bien, que generalmente son las que también actúan como sacerdotisas rituales en nombre de toda la comunidad durante las ceremonias colectivas de nguillatún. Estas machis pueden realizar su práctica según las normas tradicionales mapuches o usar una moralidad cristiana. Existen otras machis que simultáneamente practican en el bien y el mal. Además de curar a sus pacientes, pueden mandar el mal de vuelta de donde vino, realizar la venganza ritual, controlar la voluntad de las personas mediante la magia de amor y de suerte y también mandar mal y enfermedades a petición de sus clientes. Por otro lado, existen kalkus (*brujos*) que aparentan ser machis, pero que usan poderes negativos para provocar el mal y la enfermedad. Existen otras kalkus menos poderosas que las machis / kalkus, que son mujeres comunes (y a veces hombres también) que conocen algunas formas de hacer el mal, pero que no tienen poderes sobrenaturales. La única manera de distinguir entre machis positivas, machis que trabajan con el bien y el mal y machis / kalkus es a través de la reputación que tienen. Debido a ello, la práctica de la machi y sus experiencias de sueños, enfermedades y “perimontun” siempre están dotadas de ambigüedad.

Las machis acusadas de usar sus poderes sobrenaturales para hacer el mal son consideradas kalkus. Generalmente son personas que presentan comportamientos antisociales o inadecuados para su rol que rompen con la tradición mapuche. Se dice que las kalkus comen el espíritu (“püllü” y “am”³⁷) y el cuerpo de sus víctimas destruyéndolos completamente.

³⁶ Por esta razón el exorcismo de enfermedades sobrenaturales debe ser realizado siempre en casa del enfermo.

³⁷ El *püllü* es la fuerza o el espíritu de las personas que se va del cuerpo en forma invisible y sigue viviendo en la eternidad representando a la persona en toda su magnitud. También se refiere al poder proveniente de la tierra que se pisa y trabaja. Mientras, el *am* es la imagen, retrato o cuerpo invisible de la persona. Cuando una persona muere el *am* se levanta y sale caminando y traspasa cualquier muro.

Las kalkus, en vez de curar y extirpar enfermedades como la machi, provocan enfermedades que afectan “al cuerpo biológico, mental y social de sus miembros desde el interior”³⁸: los humores, los órganos internos, los pensamientos y el espacio productivo que los alimenta dañando todas las manifestaciones del “ser” mapuche. Las enfermedades más comunes provocadas por kalku son: el “infitun” provocada por acciones mágicas sobre los humores de las personas o su impregnación en prendas de ropa, el “dawuntun” provocadas por acciones mágicas sobre el espacio habitacional o productivo y el “illeluwun” provocado por la ingestión de un preparado mágico de acción dañina.

La coexistencia y oposición de machis y kalkus no hace otra cosa que confirmar la visión de mundo mapuche, entendido como el equilibrio entre poderes positivos y negativos. De hecho, tanto la *machi* como la *kalku* aunque no son consideradas parte de la comunidad, están insertas dentro de la comunidad y pueden fomentar la unidad y la salud como sembrar la discordia y la enfermedad “desde dentro”. La concepción de la *machi* como protectora del grupo social y del cuerpo de sus pacientes, está contrapuesta al de la *kalku* como la destructora que viene desde afuera y trae con ella el mal y la enfermedad al insertarse en el grupo doméstico y la ambigüedad en el uso de poderes sobrenaturales.

Conclusión

En este proceso de acercamiento a la medicina mapuche, muchas cosas se habían abierto como sorprendentes o cotidianas según sea el caso. Precisamente, muchos términos para definir enfermedades, así

³⁸ Bacigalupo, Ana María. Variación del rol de machi dentro de la cultura mapuche.

como terapias médicas de uso común en el mundo popular chileno, encontraban su origen en la medicina mapuche.

Por otro lado, la medicina originaria de este austral terruño no sólo quedaba resumida en un conjunto de tipificaciones, terapias y agentes médicos, sino que presentaba una relación directa y profunda con el mundo de creencias religiosas del pueblo que lo habitó. Para los mapuches, no hay medicina sin historia, sin magia, sin espíritus.

Pero también se había ido aclarando que una cosa era el ideal de la medicina mapuche, aquél que tantos antropólogos y etnógrafos se habían esmerado en describir, que encuentra su mejor expresión en artículos históricos que describen sus prácticas y en las investigaciones recientes en sectores rurales del sur de Chile. Y otra cosa, distinta, era cómo sobrevivía esa medicina en condiciones adversas, entre las calles y muros de una ciudad gigantesca superpoblada como Santiago.

Con esa decisión, se hacía necesario intensificar el recorrido por la ciudad en busca del actor más relevante de este tipo de medicina: el machi.

¿Un machi en Santiago? Parecía una locura, pero ninguno de los mapuches entrevistados se atrevió a negarlo e incluso, no fueron pocos los que se atrevieron a reconocer que habían escuchado hablar de un machi hombre que vivía “cerca de La Pintana”, o “por el sector de Pudahuel”.

Pese a lo poco riguroso de la información, para darle sentido a la búsqueda, debía asentarse una premisa aunque resultara falsa: Había, al menos, un o una machi en el Gran Santiago.

Mas, para llegar hasta él, había que enfrentar la difícil línea trazada entre la cultura occidental y la autóctona, entre los patrones de comportamiento dominantes y los subalternos³⁹. Había que superar el silencio

³⁹ Según el enfoque gramsciano existe una estrecha vinculación entre el capital económico, el capital cultural y el problema del poder. El “aparato cultural hegemónico” representa una estructura que permite la producción y reproducción de la sociedad dominante, en un contexto social que contrapone culturas hegemónicas y culturas subalternas. El mejicano Néstor García Canclini, en uno de sus libros señala:

“Las culturas populares (más aún que la cultura popular) en este sentido se configuran por un proceso de apropiación desigual de los bienes económicos y culturales de una nación o etnia por parte de sus sectores

de aquellos que podían contribuir con datos más certeros acerca de su paradero. Y, luego, había que superar la mayor desconfianza de todas, porque si en el machi se resumía toda la cultura de un pueblo, también debía reunir toda la desconfianza de dicha nación.

Para ello, había que continuar avanzando en un proceso de subjetivación que permitiera avanzar en conocer “desde adentro” a la medicina mapuche en Santiago y, a través de ella, a su cultura. Hasta el momento, la aproximación a este pedazo desconocido de Chile, todavía era realizada desde una posición de pretendida independencia, la cual podrá ser muy valorada en una investigación científica, pero que perdía sentido al hablar de un pueblo. No se trataba de contar números, sino de contar rostros. Es decir, de “contar cuentos”.

Entonces no sólo el enfoque debía variar, sino también el carácter del relato. Quien narra todavía debía ganar más terreno en la historia, porque todo proceso de búsqueda, de invención, no es la reproducción exacta del objeto de estudio, sino la reconstrucción de la historia, los colores, las texturas que rodearon su nacimiento. Es más, la historia de un descubrimiento es el relato del encuentro entre lo descubierto y quien lo descubrió, y de los cambios que operan entre ambos.

A retazos cada vez más decididos, había empezado a sacar la voz el responsable de tal empresa. ¿Haría lo propio el machi?

subalternos y por la comprensión , reproducción y transformación real y simbólica de las condiciones generales y propias de trabajo y de vida... en síntesis las culturas populares son resultado de una apropiación desigual del capital cultural, una elaboración propia de sus condiciones de vida y una interacción conflictiva con los sectores hegemónicos.”

III En Busca del Machi

Búsqueda 1

Debía introducirme en un mundo nuevo. Hasta el momento podía exhibir orgulloso un caudal de nuevos conocimientos acerca de la realidad mapuche y de su sobrevivencia en la ciudad, acerca de las diferencias entre la medicina popular, la mapuche y la científica, y de cómo al interior de esta última tampoco había una homogeneidad.

La medicina científica que, por tantos años se había erigido ante mis ojos como un todopoderoso dios, se había desmembrado en una multitud de expresiones de distinta validez e importancia, entre las cuales, la medicina mapuche se erigía como un articulado potente de elementos teóricos y una práctica rica a lo largo de la historia.

Pero de lo que se trata es de “apropiarse del presente” se dijo alguna vez, con palabras de enseñanza. Y apropiarse de las condiciones en que ejercía un machi en la actualidad y en una ciudad como Santiago, implicaba no perder ni un sólo segundo más teorizando y lanzarse a su búsqueda.

El primer dato con trazos de veracidad era un número teléfono anotado en un papel que me facilitó una atractiva estudiante de antropología, que acostumbraba sublimar con cualquier objeto, situación o individuo que tuviera que ver con los mapuches o con los problemas de género. Junto al número, un consejo de la misma: “Se llama Iván, él es una persona muy... especial. No sé si es machi pero el adivina cosas. Si le caes bien, te va ayudar en todo. Eso sí, tienes que ser bien cuidadoso al hablar porque él no trata mucho con desconocidos”.

Sentado frente a un escritorio, con un lápiz en la mano, y el teléfono frente a mí, pensaba en lo que significaba ser cuidadoso. ¿Ser amable y respetuoso? ¿Decir a todo que sí? ¿hablar en contra de los hiuncas?

¿ensalzar a los mapuches?. O a lo mejor se trataba de ser conciso y sincero. Claro, el asunto era “caerle bien” como decía la nota.

Luego de quince minutos de divagaciones, levanté el auricular y marqué. Al otro lado me contestó una vez pausada pero de tono seco. Tras la presentación de rigor, procedí a dar las razones de mi llamado y... bueno... que lo que sucedió hable por sí mismo:

- *¿Cómo usted consiguió mi número?*
- *Una amiga me lo dio porque me dijo que usted podría ayudarme.*
- *... –sólo hubo silencio al otro lado de la línea.*
- *Quería saber si me pudiera dar algo de su tiempo para que conversáramos sobre...*
- *¿Por qué usted quiere conversar conmigo?*
- *...Lo que ocurre es que me interesaría hablar con usted acerca de la medicina mapuche.*
- *¿Y por qué?*
- *Estoy haciendo un trabajo acerca del tema y...*
- *¿Pero por qué quiere hablar conmigo?*
- *Porque según me dijeron, usted sabe acerca de adivinaciones y cosas como...*
- *No, yo no sé nada. Por qué usted me llama? ¿Ah? ¿usted es huinca?*
- *Estoy haciendo una investigación sobre la medicina popular y me gustaría conversar con usted sobre el tema- dije desentendiéndome de la segunda interrogante.*
- *¿Esto va a salir publicado? ¿usted es periodista?*
- *No, en absoluto –dije intentando calmarlo y sin mentir... pues todavía no lo era- se trata de un trabajo para la Universidad que no va a ser publicado para nada.*

- *¿La universidad? No quiero tener nada que ver con la universidad, ¿qué universidad?*
- *La Universidad de Chile.*
- *Ah, del Estado. ¡No tengo nada que ver con el Estado huinca!, ¡el Estado nos reprime!.*
- *Estoy de acuerdo con usted. Pero yo no soy de esos huincas –dijo intentando calmarlo.*
- *Usted es huinca igual. ¿Por qué me llamó? Estoy cansado de que digan que uno es brujo, que los mapuche aquí, que los mapuche allá.*
- *Yo tampoco estoy de acuerdo con esos huincas. Les han hecho mucho daño a ustedes. Tengo hartos amigos mapuches y sé lo que los huincas le han hecho. Yo los apoyo –recurrió a cualquier aseveración que me diera algo más de tiempo porque el corte de comunicación se veía a la vuelta de la esquina.*
- *Los huincas nos han hecho mucho mal, mucho mal –dijo en un tono algo más bajo lo que hacía parecer que se estaba calmando*
- *Es verdad, los huincas han hecho mucho mal –prácticamente repetía lo que el supuesto machi decía, pues pensaba que no podía indignarse y cortar el teléfono contra sus propias palabras.*
- *¿Usted estudia allí? –volvió a decir, obligándome a responder, lo que desbarataba mi estrategia de ‘lorito’.*
- *Sí, pero ya estoy terminando, éste es el trabajo final y por eso necesito que me de un momento para conversar.*
- *Aunque esté terminando, no importa. Usted estudió allí, en la universidad de los huincas y lo que aprendió es de los huincas.*
- *Pero yo siempre defendí la cultura mapuche. También soy crítico de la Universidad huinca –a esa altura decía cualquier cosa que resultara complaciente, esperando evitar... lo inevitable.*

- *No importa, usted estudió con los huincas... Lo siento, no puedo ayudarlo- fueron sus últimas palabras y luego colgó.*

Aunque soy amigo de la ponderación, pensé en que si hubiera estado seguro desde el comienzo de la conversación telefónica, que ésta iba a terminar en cuestión de segundos, le habría cantado unas cuantas verdades. Me habría comportado de una manera menos ridícula y más crítica acerca de su actitud dogmática, resentida y desconfiada. No habría ganado una entrevista pero tampoco habría perdido mi orgullo

Pero justamente, para vencer esa desconfianza que se levantaba como un aura omnipresente cada vez que me acercaba a un mapuche muy ligado con la medicina popular, debía vencer también mi orgullo. Aunque me sonaba a una máxima oriental, aprendí que sólo la humildad y la tolerancia me abrirían las puertas a un encuentro. Y que una vez allí todo sería más fácil, pues las malinterpretaciones son más difíciles de arraigar y expresar cuando se está frente a frente.

Los mapuches tienen la palabra

En las calles de La Pintana, Puente Alto, Macul, Santiago Centro, Estación Central, Quinta Normal, Cerro Navia, se fueron gastando las suelas de mis zapatos, mientras seguía las huellas casi siempre borrosas de algún machi. Mapuches de todas las comunas que recorrí, que demostraban algún interés en su medicina o en mantener su cultura, en general, hablaban acerca de los deberes y de las características del machi santiaguino

con total seguridad. Sin embargo, a la hora de precisar direcciones y fechas, las pistas entregadas, eran tan inexactas como antiguas, y con frecuencia, me hacían volver al mismo punto de partida.

La conversación telefónica con el suësto machi, no me había desanimado, sólo había dejado sentado con fuerza, que la empresa no iba a ser sencilla y que la construcción de una relación de confianza con el mundo mapuche tampoco iba a ser cosa de un día para otro.

Si bien, todavía no conseguía la mentada entrevista, cada minuto que dediqué a escuchar a los mapuches que fui encontrando en mi ruta, sirvió para avanzar en una imagen más definida del ejercicio de los machis en la capital.

Al parecer, el conocimiento que poseen los machis acerca de lo espiritual y lo divino, les permite más allá de su rol como curanderos, acceder a la posibilidad de efectuar rogativas. De esta manera, en contextos urbanos, el machi juega un rol protagónico en el desarrollo del nguillatún, asumiendo una parte del rol que, en el campo, tienen las autoridades políticas propias del pueblo mapuche, las cuales producto de la acción integradora del Estado Chileno han ido perdiendo poder paulatinamente. Pero también el machi ha debido apropiarse de este rol debido a la ausencia de personas en Santiago, que tengan un pleno conocimiento del ritual y del manejo del mapudungun.

Así lo percibía, al menos, la señora Mercedes Huenchullán: "...por mi parte entiendo, que la machi es una doctora, ellos están para medicinar. Pero como ahora que no hay mapuche que realmente domine el idioma, como corresponde, entonces ellos se ven obligados hacer, asumir el guillatún. Pero antiguamente estaba el Lonko, ese es el que hacía el nguillatún".

A los mapuches que provenían de comunidades donde los machis no participaban en los nguillatún, les parecía extraño que en Santiago, los machis cumplieran un papel directivo en la ceremonia, más allá del rol de autoridad religiosa. "El machi no era pa' hacer guillatunes. Yo no puedo contradecir la gente de acá, pero en mi tierra, no hay machi... Bueno, cada lugar e' distinto, por eso que hay una diferencia, porque aquí, en el nguillatún que tuvimos hubieron dos machi, uno vino de Temuco y el otro que tenemos acá... Y donde yo vivía,

p'al lado de Villarrica, no teníamos esa costumbre". La opinión de Tomás Coñomán, confirmaba las diferencias entre las costumbres entre una comunidad y otra, entre el campo y la ciudad, una muestra más de los procesos de aculturación y adaptación que vuelven difícil edificar una idea única y prístina de la cultura mapuche. Más bien, las costumbres originales van encontrando dificultades u oportunidades para expresarse.

Muchos afirmaron que la práctica y el rol de machi encuentran abundantes dificultades para llevarse a cabo en Santiago, ya que el machi necesita mucho espacio, aire puro, agua, hierbas medicinales, es decir necesita estar en estrecho contacto con la naturaleza, lo cual se complica a la hora de residir en la ciudad. José Painaqueo lo resumió de esta manera: "entiendo que no es fácil ser machi en Santiago, porque, primero tienen que tener su rehue, su campo, y tener muchas hierbas, entonces. Cómo en un departamento de tercer piso un machi puede ejercer como machi...creo igual, que deben adaptarse ellos en este siglo, y en este medio que nosotros estamos, el entorno; ahora, evidentemente, también tiene que haber cierto cambio, es mi modo de pensar, porque un machi que vive en Santiago, no va a ser igual como la machi Carmela Curín, que vive por allá por Cholchol, por poner un ejemplo, en una comunidad donde tiene el río al ladito, entonces no va a ser la misma vida. Acá un machi a lo mejor anda en automóvil y vive en un departamento, bueno, y no está tocando la tierra permanentemente. Entonces, él tiene que hacer un esfuerzo y transar algunas cosas de la vida que se lleva..."

Pero no todos se mostraron tan tolerantes como Painaqueo. Algunos ven estas transformaciones como una claudicación frente a la cultura occidental. Y si siempre la machi estuvo bajo una mirada de sospecha, ante la posibilidad de ser atraída por los espíritus del mal y de transformarse en kalku, el cuestionamiento frente a la legitimidad se hace más marcado a la hora de examinar el caso de Santiago. Se encuentran insertos en un nuevo contexto, el cual difiere completamente de aquél en el cual existieron los antiguos machi. El juicio de María Pichicón es sencillo pero lapidario: "...pienso que un machi debería vivir siempre en el campo, tener mucho más espacio, porque machi al final siempre, como sea, es del campo...". Por esta razón, un machi siempre necesitará de una comunidad ritual que lo apoye, más una cantidad de personas que estén más cercanas a él o ella, que colaboren en la realización de las ceremonias.

En Santiago, la comunidad ritual se encuentra muy dispersa. Por esta razón, la realización de un “nguillatún” siempre es bien recibida porque ayuda a unir a los mapuches. Ceremonias de este tipo se han realizado en los últimos años, en comunas como Pudahuel, La Florida y La Pintana.

Otros espacios de reunión lo constituían la celebración del “año nuevo mapuche”, los palines y la multiplicidad de organizaciones culturales y políticas presentes en la capital, muchas de las cuales, al igual que en el caso de la política nacional, ni siquiera se toleraban entre sí.

Búsqueda 2

La siguiente pista aparentaba mayores posibilidades de terminar de buena forma.

Se trataba de una machi proveniente de las cercanías de Temuco que andaba de visita por Santiago, y se encontraba durante el fin de semana en la sede de una de las tantas organizaciones indígenas existentes: Conacin (Coordinación Nacional Indianista).

Llegué temprano al lugar. La puerta estaba abierta y nada, salvo el número, indicaba que esa era la sede de Conacin. Subí lentamente por unas escaleras inmensas que comenzaban casi en la misma calle, esperando que el crujir de los escalones avisara de mi presencia a algún mortal. Pero nada ocurrió hasta encontrarme ya en el segundo piso. Allí un hombre de figura corpulenta se me acercó para preguntarme qué necesitaba. Mientras le respondía, me pareció reconocer el rostro de este hombre, cuyos rasgos indígenas no coincidían con los de los mapuches.

“Patara me llamo”, afirmó... ¡Patara! Ya sabía por qué me acordaba de su cara: era el primer vocalista que había tenido el grupo andino “Arak Pacha”, al cual había visto en más de un recital. Patara era de origen aymara y quien dirigía en la práctica, la organización a cuya sede había ingresado. Para mapuches de otras organizaciones, este personaje era sinónimo de acaparamiento de recursos, de personalismo y de ser dócil al Gobierno. Sin embargo, mi presencia en ese cuarto no obedecía a razones políticas, por lo que no pensaba, por el momento, posicionarme en dicha polémica.

Le hablé de las dificultades que había tenido para hallar a un machi que atendiera en Santiago y que esa búsqueda me había traído hasta allí, para aprovechar la visita de la machi.

Pero Patara me explicó que la presencia de ella no era casual, pues en la sede de Conacin, atendía una Consulta que funcionaba fin de semana por medio. Sin duda que era lo más cercano a un machi santiaguino que había visto.

“Vienen a verla mapuches y chilenos, oficinistas, futbolistas, de todo. Siempre está llena la sala de espera”, me dijo, cuando pregunté acerca de las características de quines la visitaban.

Se trataba, según Patara, de una experiencia única en Santiago: Juanita Millaleo venía cada quince días y se instalaba junto a una aprendiz, Angélica Huenchunao, en un rincón de la sede habilitado especialmente para albergar a las machis y al paciente. Un cholguán dividía la Consulta del resto del lugar, y de una improvisada sala de espera donde habían dos sofás de mimbre con algunos cojines encima.

“A lo mejor va a ser difícil que la entrevistes porque no habla mucho castellano y ”, me dijo.

Pero ése no iba a ser el principal problema.

Me senté en la sala de espera a aguardar que la puerta de la salita de atenciones se abriera. Había un paciente en su interior y se alcanzaban a escuchar levemente el intercambio entre palabras en español y mapuche. No pasó mucho rato para que saliera: era un hombre de unos treinta años, peinado a la gomina vestido de vestón y corbata, al más puro estilo de “yuppie” chileno. Al verme, hizo un gesto de indiferencia, aunque suene paradójal, y se apresuró a bajar las escaleras.

Mientras la puerta de la consulta todavía no terminaba de cerrarse, decidí acercarme. Al parecer, la machi se anticipó, porque dio un portazo prácticamente en mis narices. Como sospeché que la acción no había sido casual, procedí a explicarle cuál era mi intención desde el otro lado de la pared de cholguán. Obviamente me oía, pues la mampara cubría de muro a muro pero no alcanzaba a llegar hasta el cielo del cuarto, lo que dejaba una abertura de cerca de medio metro.

No hubo respuesta. Insistí una vez más, apelando a su “buen voluntad” para recibirme y a la amigable conversación que había sostenido con Patara, quien me había permitido acercarme a ella.

La puerta pareció abrirse unos centímetros pero desde adentro no hubo respuesta. Con mucho cuidado, empujé la puerta lentamente para intentar, al menos, observar a la machi.

Me sentía como un verdadero figón. En un orden correlativo, mi actitud “cuasi voyeurista” me había permitido observar lo siguiente: una silla de madera vacía, de patas cortas y largo respaldo , una ventana cerrada con los cristales granulados; la pared blanquecina al más puro estilo de un recinto hospitalario; una mesa pequeña también de madera, sin nada en su superficie; y detrás de ésta un vestido floreado, que quedaba muy holgado pues se arrugaba notoriamente; apoyada sobre la mesa, una mano morena de piel muy seca que inmediatamente me hizo recordar a mi abuela. Cuando, me aprestaba a seguir moviendo la puerta, emergió una voz desde el interior que me detuvo en seco.

“¡No!” fue todo lo que la machi dijo. Pero fue suficiente. Me sentí culpable incluso de haber pretendido violar su intimidad sin su consentimiento.

No insistí más. Tomé la grabadora y mi eterna mochila, y me alejé de allí, pensando en la nueva derrota.

Asumí que no iba a llegar hasta un machi si no era a través de la fianza explícita de un mapuche. Debía entonces construir mayores relaciones de confianza previas a establecer contacto con el mentado personaje, con aquellos que me podían guiar hasta él. Debía, entonces, volver a encontrarme con los mapuches que había encontrado a mi paso.

Esa misma noche, un hado pareció compadecerse de mi situación. Juan Pichicón, uno de los tantos amigos que había cosechado en este largo arar, me invitó a un juego de palín que se realizaría en el estadio de La Pintana, el próximo domingo.

Ser joven y ser mapuche

"Los juegos mas ordinarios son la Chueca: Que es al modo de del Mallo en España: de una bola que le dan con unos palos retorcidos por la punta (...) que naturalmente tienen una vuelta al extremo y sirve de mazo. Hazen dos cuadrillas, y la una pelea enfrente de la otra sobre llevar cada una la bola (que se pone en medio de un hoyo) a su vanda, hasta sacarla a una raya; que tienen hecha en los dos lados.(...) Hasta que alguna cuadrilla la saca de su raya: con que ganan una. Y a quatro o a seis rayas, se acabo el juego, que suele durar una tarde. (...) después de este juego se sientan a beber su chicha y tienen una gran borrachera. Y que de estos juegos de Chueca suelen salir concertados los alzamientos. porque para ellos se convocan de toda la tierra: y de noche se hablan, y se conciertan, para revelarse. Y así

los gobernadores suelen prohibir este juego, y estas juntas, por los daños; que de ellas se han experimentado. Para estar mas ligeros, para correr, juegan a este juego desnudos, con solo una pampanilla, o un paño, que cubre la indecencia. Y aunque no tan desnudas, suelen jugar las mugeres a este juego: a que concurren todos por verlas jugar y correr."

Historia general del reino de Chile, Flandes Indiano. Diego de Rosales. Escrito aproximadamente entre los años 1652 y 1673.

Un palín no era sólo un juego de pelota, era una verdadera celebración. Por todos lados se veían niños corriendo, mujeres cantando y un grandioso banquete del que nadie quedaba marginado. Así como en el campo, la realización del juego buscaba unir comunidades enemistadas, en Santiago se había transformado en una de las actividades más exitosas en la tarea de superar la dispersión.

Para los mapuches, la necesidad de la unión resulta vital, tanto para la conservación de su cultura, como para la lucha contra los patrones de comportamiento dominantes. Tal vez por esa razón, los españoles, en su momento llegaron a prohibir el juego⁴⁰.

Durante mi anterior recorrido, buena parte de las conversaciones que había sostenido con mapuches, era con personas de entre 30 y 60 años; el palín me entregaba, en cambio, la ocasión de escuchar los pareceres

⁴⁰ "El capitán general, don Martín de Mujica, proclama por caja y pendón la prohibición del juego de la chueca que los araucanos practican, según su tradición, golpeando una pelota con palos de punta corva, en cancha rodeada de ramajes verdes. Con cien azotes serán castigados los indios que no cumplan y con multa los demás, porque mucho se ha difundido la infame chueca entre la soldadesca criolla. Dice el bando del capitán general que se dicta la prohibición para que se eviten pecados tan contra la honra de Dios Nuestro Señor y porque corriendo la pelota los indios se entrenan para la guerra: del juego nacen alborotos y así después corre la flecha entre ellos. Es una indecencia, dice, que en la chueca se junten hombres y mujeres casi desnudos, vestidos apenas de plumas y pieles de animales en los que fundan la ventura de ganar. Al comienzo invocan a los dioses para que la bola sea favorable a sus proezas y carreras y al final, todos abrazados, beben chicha a mares." Galeano, Eduardo. Memoria del Fuego I. Los Nacimientos.

de la nueva generación acerca de la medicina mapuche, pues se trataba de una fiesta deportiva con mayor presencia de jóvenes.

Mientras era invitado a compartir un trago de mudai⁴¹, me fui enterando que buena parte de ellos sólo tenía oportunidad de aproximarse a la medicina mapuche a través de los relatos orales de sus padres. Alguien podría argüir que ésa es la manera en que todos los mapuches aprendieron acerca de su cultura. Sin embargo, es indesmentible que la lejanía de las comunidades rurales influye desfavorablemente, en la posibilidad de contrastar los dichos familiares con la realidad de las prácticas vigentes en su entorno. En la ciudad, no sólo se carece de esa facultad, sino que además se recibe periódicamente un bombardeo comunicacional y cultural que las contradice, que cuestiona lo mágico, que no acepta lo religioso fuera de las creencias occidentales, que persigue la medicina que no es reconocida como científica, que fomenta el individualismo en desmedro de la vida en comunidad.

Frente a esta presión del medio, es la juventud la más vulnerable. Son ellos los que manifiestan actitudes y comportamientos que sus propios padres reconocen como “contradictorios” con su cultura. Además, muchos de ellos incluso han nacido en la capital, y lo único que conocen son las calles de Santiago.

Pero también hay jóvenes que aprenden de sus padres no sólo a conservar el patrimonio de su pueblo, sino también su voluntad de resistir el dominio cultural. Pero la contradicción que encierra el tener que “defender” su cultura originaria (no sólo realizarla como tal) en el seno de la capital de una cultura diferente, con tendencia hegemónica, genera costos en la salud física y mental.

No son pocos los muchachos mapuches que sufren de depresión o stress, producto de las presiones escolares o de las humillaciones ejercidas por una ciudad que los segrega continuamente.

Uno de los procesos de adaptación que los machis debían sufrir, dice relación justamente con el tipo de enfermedades a curar. Las condiciones de vida en la ciudad determina que buena parte de sus clientes sufran malestares físicos o emocionales cuyas raíces se encuentran en alteraciones de la psiquis.

⁴¹ Bebida alcohólica, como la chicha. Está hecha sobre la base de la fermentación del trigo o del maíz.

El no adecuarse a esta nueva realidad, le podía costar a los machis la pérdida de credibilidad entre los mapuches de la ciudad, donde a diferencia de algunas décadas atrás, hoy vive la mayor parte de ellos.

Otra señal de entendimiento que debían manifestar los machis ante las nuevas condiciones de vida de la ciudad, era el problema de la proximidad. La escasa cantidad de machis que, se presumía, había en Santiago, no se condecía con el gran número de personas que acostumbraban consultarlos. ¿Cómo se explicaba eso? La mayor parte de los pacientes de machi en Santiago acostumbraban viajar al sur para atenderse.

La presencia de un machi en la ciudad, entonces, era vista como positiva, porque permitía reducir distancias a la hora de ir al médico. “Pienso que sería bueno, porque uno no tendría que viajar tan lejos, para conseguir ayuda, ayuda médica, médica real, medicina real...”, afirmó Rodolfo Paillán, no sin presentar dudas acerca de cómo serían recibidos por los huincas: “aunque tendría bastantes dificultades, se le pondrían dificultades por los mismo médicos o científicos o qué se yo. Ellos, yo creo, que pondrían más trabas para la práctica de machi acá”.

No estaba seguro si por efecto del mudai o no, pero el hecho de compartir con gente, al calor de un juego de palín me parecía una experiencia maravillosa. Cada quince minutos conocía a alguien nuevo, presentado por la persona que recién había conocido. Era un enorme tejido humano articulado por hilos de amistad y confianza, justo las sensaciones que habían escapado a buena parte de mi conocimiento de la cultura mapuche.

Una de las cosas que iba aprendiendo era que los jóvenes mapuches suelen asociar la práctica y rol del machi a la sanación de enfermedades y a ceremonias, como el machitún y el nguillatún. En este sentido, los consideran como autoridades religiosas.

Son los padres quienes transmiten estas ideas a sus hijos, al relatarles cuál es el origen de los poderes de los machis: “... Sí, ellos me dijeron que el conocimiento de machi llega por medio del sueño, que ella tenía de la persona enferma, soñaba con esa persona... consiguiendo una fotografía o una prenda de vestir de la persona, o cualquier cosa que fuera del enfermo, algo personal. Entonces, la machi se posesionaba de eso, el

ritual era soñar. Soñar. Entonces, el veía los medicamentos, le recetaban los medicamentos... eso es lo que me contaron de la machi”.

Pero entre entender lo que es un machi y creerle, hay una línea bastante gruesa que sólo desaparece ante experiencias propias o familiares. El propio Rodolfo recordaba que su hermano “... tenía problemas de visión, o sea estaba perdiendo la vista, y es cierto, los médicos también le diagnosticaron eso; entonces la señora tomó un pedacito de raíz de no sé qué planta, y la raspó con un cuchillo común y corriente que tenía, raspó esa raíz, la echó en un papel común y corriente también, se lo entregó en los manos, y le dijo que tenía que ‘jalar’ eso un poco, de ese polvillo que salió de la raíz, jalarlo y eso no más... Bueno, regresamos a Santiago, y mi hermano hizo lo que la machi había mandado a decir, y realmente para mí fue sorprendente. Así como vista de rayos X, no, pero la vista sí le volvió con mayor potencia, ya no como antes, que veía todo borroso, nublado, sino que podía visualizar bien las cosas, bien definidas, las formas, los colores, claro, todo bien definido, y eso para mí fue algo que me hizo creer en eso, en el poder de la machi, en la sabiduría que ella tiene...”

El machi, entonces, termina legitimándose frente a los ojos inquietos de la juventud mapuche gracias a su efectividad. “Mi papá la otra vez estaba muy enfermo, súper enfermo, y yo fui dando una machi e Imperial y le traje un liquido...se lo traje a mi papá, y mi papá casi se muere la primera vez que lo toma, porque es típico la reacción de un remedio de machi...y después mi papá se mejoró, así que...realmente se curan las personas”, sostenía con convicción Marisol Aguas.

En la ciudad, los machis tienen que ofrecer sus servicios tanto a clientela mapuche como a no-mapuche. Y muchos chilenos, al no tener idea de lo que es un machi, terminan asociándolo al simple rol de médicas (meicas) o al de brujos.

Según Cesia Caufil, “ la gente acá en Santiago no sabe lo que es un machi... creen que son brujos. De partida dicen: es gente que hace el mal. Pero no por eso son machi, no hay una relación estricta entre machi, bruja o médico, no es una relación conmutativa, una cosa lleva a la otra o viceversa. Machi es otra cosa, mucho

más que eso, es algo más profundo, se comunica con Dios, y le comunican por visiones, y eso es mucho más que ponerse a hacer un trabajo con tal o cual persona”.

Los jóvenes mapuches, en Santiago, se enfrentaban a la tarea de madurar sus creencias y asentarse en una definición de mundo, similar a la de sus antepasado o más cercana al modo de vida ciudadano. La apuesta de la mayoría de los entrevistados era conservar buena parte de sus costumbres como pueblo, en particular algunas ligadas a la medicina mapuche como el uso de las yerbas. El deseo de mantener las visitas a los machis en caso de enfermedad, sin embargo, quedaba en una situación ambigua, fundamentalmente por la lejanía de éstos con la capital.

Pero no todos viajaban kilómetros para ver un machi. Elías Paillán trabajaba en una estación de radio, dirigiendo un programa dedicado a los mapuches de Santiago. Se trataba de rescatar la cultura de su pueblo, entregando noticias de las últimas recuperaciones de tierra en el sur, de las protestas de sus “hermanos”, de la represión que recibían, pero también acerca de las actividades que en la ciudad se realizaban como reuniones, el nguillatún, el palín o entrevistas a personajes destacados para la comunidad como... el machi.

Elías era la persona que había estado buscando: conocía a un machi que vivía en la comuna de Pudahuel, al cual había entrevistado en más de una ocasión, por lo que le parecía una persona bastante accesible.

En una muestra de confianza inusitada, pues no habíamos conversado más de media hora desde que nos habían presentado, me dio su teléfono y dijo las palabras mágicas que yo esperaba me abrieran las puertas a la intimidad de la medicina mapuche: “Dile a Augusto que vas de parte mía”.

Conclusión

No iba a cometer el error de cantar victoria antes de tiempo. La posibilidad de entrevistar a un machi se veía más próxima que nunca, pero no constituía un hecho.

Así que en un recuento rápido, constaté que el sendero que había caminado hasta el momento había sido largo. Decenas de rostros que meses atrás nada significaban para mí habían pasado a ser casi unos amigos.

Había tenido la oportunidad de asistir a un palín, jornada sólo comparable a aquella primera vez que mi tío nos llevó a mí a mi familia en su “suzuki” a elevar volantines al cerro.

Pero por sobre todo, el propio recorrido en busca del machi me había obligado a profundizar en las vivencias y apreciaciones de los mapuches acerca de su medicina y de los machis. Además, se había abierto una puerta al mundo de los jóvenes mapuches que no esperaba traspasar, pues la mayor parte de los que conocía antes del juego de palín eran personas que rengaban en cierto modo de sus orígenes.

Se trataba de un puente, precario todavía, que a través del cual conseguía comunicarme con el mundo mapuche. O al menos, presentarle mis respetos. Si ese puente me iba a llevar hasta el machi todavía estaba por verse.

IV La Tercera es la Vencida

“Vida Ladic” y Dos kilos de Yerba mate

Por teléfono la cosa no había sido mala. Había tenido un cuidado extremo en presentarme como alguien inofensivo, en exudar confianza y en hacer explícita una disposición a toda prueba. Como resultado, el machi me había ofrecido una tarde, desde las 17:00 horas, para “conocernos y charlar”. Las indicaciones para llegar a su casa estaban en perfecto castellano y parecían claras: “Vivo en Pudahuel, en Las Industrias, la calle es

Vida Ladic, dos mil algo. Te metes por Corona Sueca. Tomas una micro que se vaya por General Bonilla y cuando doble, te bajas mejor en La Estrella.”

La única sorpresa que había salido del auricular era que la entrevista no iba a ser gratis (más tarde me enteraría de que en realidad había sido casi gratis, pues a otros periodistas , les había cobrado cien mil pesos por entrevistarlo para la televisión):

- *Así que puedo ir. Muchas gracias, no sabe cuanto le agradezco que me reciba. No es fácil encontrar un machi en Santiago y ya me estaba dando por vencido...*

- *Sí, sí, pero ¿que tú me das a cambio?*

- *¿Cómo?*

- *¿Qué tú me das a cambio?*

- *No sé –dije desesperado pues sentía cómo la posibilidad me huía una vez más.*

¿Qué le gustaría a usted que le diera a cambio? –pregunté esperando apretar la ‘tecla` adecuada.

- *No, poh. Si tú eres el que me trae algo. ¿cómo te voy a decir yo?*

- *...- guardé silencio un segundo y luego me la jugué- un libro... un libro le puedo regalar. ¿De qué tipo le gustaría?*

- *Yo no hago esa cosa. No me gusta leer. Otra cosa.*

- *... (simplemente no podía hablar)*

- *¿Qué me puede dar? –insistió.*

- *... –con mi cerebro incapaz de presentar posibilidades, dije lo único que podía decir en ese momento de derrota- Ayúdeme usted un poco, porque realmente no se me ocurre qué le podría gustar.*

- *(risa suave) Tráigame yerba mate. Eso tomo.*

- *¡Sí!, ¡por supuesto!...*
- *Pero que sea brasileña, que la otra no me gusta.*
- *No hay problema... y ¿cuánto le llevo?.*
- *Unos dos kilitos, si no es mucho.*
- *No, no hay problema.*
- *Ya, entonces nos vemos a las cinco.*
- *Muchas gracias. Hasta Luego.*

“Dos kilos de yerba mate por una entrevista”... ¿habrá sido eso lo que realmente me quiso decir o mi noción mercantilista de las cosas malinterpretó sus palabras?

No fue tan sencillo encontrar en un sábado, dos kilos de yerba mate brasileña. Tampoco fue tan barato, en relación a mis alicaídas ‘arcas fiscales’, pero con tal de resolver la entrevista con el machi, ese día todo parecía justo.

Claro que todo sólo ‘parecía’... Esa tarde iba a tener que pasearme durante dos horas por las calles de Pudahuel en busca de “Vida Ladic”. Caminé por toda Corona Sueca, recorrí pasajes de arriba hacia abajo. Algunos, paradójicamente se llamaban “Los araucanos” y “Los Pehuenches”, pero ninguna “Vida Ladic”. Las numeraciones no eran siempre correlativas y algunas centenas de dígitos no estaban estampadas en ninguna casa.

Ya eran prácticamente las 19:00 horas, estaba oscuro y los vecinos a quienes pregunté, que juraron no acordarse dónde quedaba pero sí reconocieron haber escuchado hablar de “Vida Ladic”, comenzaban a guardarse en sus hogares, mientras eran reemplazados por grupos de adolescentes que, con sus miradas, dejaban claramente establecida mi calidad de forastero.

A esa altura, mi imaginación desesperada por darle un contenido a las palabras “Vida Ladic”, terminó sindicándola como una científica yugoslava que no consiguió descubrir nada de renombre, que murió sola en un altillo y que sólo había encontrado reconocimiento en el nombre de un pasaje en una comuna de Santiago de Chile.

Cuando me aprestaba a inventar la historia acerca de los romances de la señorita “Ladic”, asumí que era hora de retirarse, así que marché en dirección a Avenida La Estrella, a tomar locomoción con los dos kilos de ´regalo` bajo el brazo. Mientras me veía a mí mismo colapsando por una sobredosis, luego de ingerir mil tazas de mate caliente; caminaba mirando los nombres de algunos pasajes por última vez: “Saturno”, “Urano”, “Plutón”, “Vía Láctea”,... de improviso, una sección de mi cerebro se alejó kilómetros de distancia para ver la situación ‘desde otro lado’. “Vida Ladic,.. Vía Ladic,.. ¡Vía Láctea!”. En frente de mí, aparecía un pasaje con ese nombre y unos metros más allá, el número que buscaba. No supe si alegrarme por encontrar la calle o llorar arrepentido por confiar en el “casi perfecto” castellano de nuestro machi.

Cuando entré a la casa, el reloj de pared indicaba las 19:15. Dos horas y quince minutos de atraso. Fue la señora del machi quien me abrió la puerta y luego de hacerme pasar al living y escuchar atentamente quién era yo, subió a un segundo piso a preguntar a su marido si me podía recibir. Sin necesidad de aguzar el oído pude escuchar perfectamente cómo don Augusto Aillapán reclamaba por la hora, por su justo derecho a la siesta y, por último, mandaba decir que estaba durmiendo ahora y que no me podía atender.

Mientras esperaba lo que parecía un inevitable rechazo, procedí a observar todo concentradamente, pues ese instante podría ser tal vez lo más cerca que iba a estar de un machi en toda mi vida.

Para entrar a la casa, tuve que cruzar primero a través de una especie de cubículo hecho de cholguán y pintado de blanco. Parecía una diminuta mediagua que junto con quitarle un par de metros a la vereda, constituía un improvisado jardín que albergaba en su interior, enterrado en la tierra, un rehue. Este era de color oscuro, estaba tallado y tenía gran cantidad de adornos, monedas y piedras. “No hay machi sin rehue” había leído por ahí, y la sentencia se confirmaba.

En las paredes de la sala de estar, colgaban tres kultrunes de distintos tamaños: el más grande tenía un diámetro de aproximadamente medio metro, mientras el más pequeño era como una ensaladera. Al lado de estos tambores había un par de trutruucas, un cintillo y otros artefactos que no alcancé a notar con precisión. Había abundantes fotografías de individuos con rasgos mapuches pero con vestimenta occidental. Incluso se veía claramente en la pared un diploma otorgado por la cadena de comida rápida “Lomito’n” al empleado del año, donde se leía el nombre de Alfredo Aillapán. Mis ojos recorrieron rápidamente los retratos hasta que se detuvieron en una repisa: un tipo de unos cincuenta años, vestido con una manta, con un cintillo y con un kultrún en la mano. No parecía el rostro de un hombre que me fuera a negar una entrevista. Pero las apariencias, a veces, engañan.

Cinco minutos se demoró la señora en volver al living donde yo esperaba, para repetir con extraordinaria exactitud las palabras de su marido. Desesperado, intenté disculparme, aduciendo en mi favor que no conocía en absoluto el sector y que hace dos horas que andaba dando vueltas por la Villa. Incluso, pensé en contarle el caso “Vida Ladic”..., pero un lapso de cordura me lo impidió. Esa misma brizna de sabiduría me llevó a adoptar un tono sereno y amable para decir: “no importa, gracias. De todas maneras ahí le dejo a don Augusto, dos kilos de yerba mate. ¿Se los podría entregar, por favor, y darle mis disculpas?. Gracias” Y marché.

Al día siguiente, llamé por teléfono a Augusto, con la intención de identificar en la conversación una pequeña luz, que me permitiera volver a entrar a su casa. La esperanza, esta vez, no fue traicionada. Desde un inicio se mostró a través de una voz condescendiente que no tuvo problemas en reconocer que llegar a su hogar podía no ser tan sencillo. En un instante comprendí que el regalo que había dejado la noche anterior me había dado visa para una nueva visita.

No había mala interpretación, entonces: “dos kilos de yerba mate por una entrevista”.

“Iba una semana (al colegio), fallaba un mes”

Augusto Aillapán llegó desde Puerto Saavedra a la capital, reproduciendo un viaje entre dos mundos que han realizado por años, ya no miles sino cientos de miles de mapuches. Es hijo de Rosa Caullán Caiful y de Segundo Aillapán Aillapán. “Hay un enre’o por ahí” dice sonriendo. De hecho, durante gran parte del tiempo juntos, su sonrisa brillará. Y literalmente “brillará”, ya que nadie que intercambie un par de palabras con él podría abstraerse del abundante y bien pulido oro que albergan sus incisivos. En su cuello cuelga una cadenita con una imagen del escudo de Colo Colo. La primera impresión no siempre es errada y una mirada rápida al verlo en el umbral de su casa me arrojó algunas características: de bien baja estatura, moreno, pelo oscuro y corto, de rostro inquieto, el dominio del castellano (ya estaba claro) no es su principal cualidad. Hasta aquí, uno podría pensar en la descripción de cualquier chileno o cualquier mapuche.

Pero Augusto no es chileno y no es cualquier mapuche.

El nació con el don.

Es machi y hoy ejerce su rol en condiciones extrañas a su cultura, en una ciudad cosmopolita, donde los mapuches han tenido que adaptarse para sobrevivir (como buena parte de los chilenos). Casi siempre como mano de obra barata, está de más decirlo, porque aunque las encuestas señalan que los chilenos no nos apreciamos como racistas, su capacidad de trabajo está tipificada nítidamente: desde asesoras del hogar hasta carabineros o panaderos.

Augusto fue panadero cuando llegó. Pero no duró mucho allí. Una fuerza superior lo obligó a cambiar de rol, a asumir su condición de guía espiritual y de “sanador” de males. Un trabajo que le ha permitido atender gente, desde la Isla Grande de Chiloé hasta el Perú.

Para saber más de este machi, hay que informarse por medio de sus propias palabras. En español, por cierto. Y no del bueno, como advertí. Así fue como la entrevista se transformó en la mejor manera de compartir parte de la vida de este hombre.

Pero todo comenzó al revés: yo respondiendo, él preguntando. ¿Por qué? Ya sabemos que encontrar a un machi en Santiago era una tarea casi imposible, al menos para alguien que no está familiarizado con el tema, así que una vez en el interior de su living, una sensación momentánea, inevitable, de victoria inundó mi rostro. Seguramente todo fue demasiado evidente, porque la pregunta no se hizo esperar.

-¿Cómo me pilló? —señaló con evidente curiosidad.

-...**Por medio de unos mapuches que conocí... eeen un palín(+)... eeen La Pintana...** —dije dubitativo, esperando lo peor. Y lo peor, en este caso, era que no le gustaran para nada los palines, o La Pintana, o los mapuches que dan su nombre, que se enojara y me mandara a tomar la micro con dos kilos de yerba mate en las manos.

-¿**Por qué?**

-No, es que pensé que me había visto en la ‘tele’.

-¿**En la ‘tele’?**

-Estuve en un canal... veintidós por ahí aconsejando a la gente.

-¿**Así que es famoso acá en Santiago?**

-Shhh. Claro, poh. Me vienen a ver de todas partes a mí. Estuve en la radio también, pedí un espacio para poder aconsejar a mi gente, pero el diablo hizo traba. Hubo apagón,.. estaba hablando en la radio y no salió na' pa'fuera. Estábamos 'déle' hablando, y no se dieron cuenta que no había salido na` en la radio... ¿Así que usted fue a un palín?

-Sí, me invitaron unos amigos... ¿Usted no va al palín?

-Estoy en la cosa más seria, lo otro es para mantener la cultura no más, es bonito, también se hace con ceremonia y todo. Claro que eso no significa que es guillatún... ¿adónde dice que fue el palín?

-En La Pintana.

-...Yo fui muchos años, fui a sacar guillatún en La Florida tres años, no había na' allá todavía, en ese tiempo se atrevía poco la gente. Otras veces yo hacía reuniones en Quinta Normal, y yo mismo hice el llamado en mapuce dungun, en mi lengua propia, me mandaron carabineros a ayudarme. Ahora no, ahora se está llenando Santiago de organizaciones, y eso es bueno, ahora se están atreviendo a hacer palín, que es un deporte.

-Allá habían unas señoras tocando el kultrún durante el juego... parecían machis...

-...Una persona se puede hacer pasar por machi, porque el machi verdadero no puede permitir ahí esa cosa. En esa parte yo estoy tengo un poco molesto por todos mis hermanos mapuche. Separemos las cuestiones, separemos el deporte con lo de chao gnechen⁴².

-Para uno que no sabe, una “mujer mapuche, con túnica , con kultrún en la mano y cantando” es el vivo retrato del “machi”...

-Que un hombre o una mujer tiene kultrún, tiene canto, ¿ese es un Machi? No, señor... “no todo lo que brilla es oro”.

-Pero, de todas maneras, pareciera ser que es más común que las mujeres sean machi que los hombres ¿o no?

-Para Dios no existe el sexo, no hay edad. Se le puede dar el don a cualquiera. Yo nací con el don.

La otra vez conocí a un machi en La Florida... ¿cómo se llamaba?... Y también era hombre. Y en Santiago no conozco más machis.

-¿Y cuándo llegó a Santiago?

-... A los 16 años llegué a Santiago.

-¿Y fue al colegio?

⁴² Gran Espíritu. Creador y sostenedor del hombre y de la tierra.

-...Yo estudiaba en el colegio del campo no más... era católico, lo hicieron los curitas. Pero estudié un poco no más... Iba una semana, fallaba un mes (ríe). Y al final, después, a las tantas, no entraba el estudio en la cabeza. Y como no había quien trabajara en el campo, quien arar, quien sacar trigo pa' cocinar, entonces me sacaron del colegio.

-¿A qué edad dejó de estudiar?

-Tenía como trece años... -Don Augusto miró hacia el techo como queriendo acordarse de la edad exacta. En ese instante, entraron a la pieza su esposa y un hijito de no más de cinco años. Entre los tres intercambiaron preguntas y respuestas en una mezcla poco accesible de castellano y mapudungun. Lo único que conseguí sacar en limpio fue que el pequeño estaba resfriado. Así que con un pragmatismo digno de la "Escuela de Chicago", aproveché el contexto y procedí a introducirme lentamente en el objeto de mi entrevista: las enfermedades, la medicina, los machis.

-Cuando se enferma alguien en la casa, ¿Lo atiende usted o van con los médicos chilenos?

-Cuando de repente estamos enfermitos vamos tomando yerbitas no más, nosotros no vamos a los doctores, ni mis niños, yo le tengo terror a las agujas ¿o no?, yo le hago la contra...

Una vez había un doctor que quería vacunar a mis niños. Yo no los llevé y el doctor vino a verme, a rogarme que los llevara, y yo no quise. Entonces, él me dijo que se iban a enfermar y yo iba a ser el culpable, y que me iba a llevar preso por ignorante. Y aquí estamos, sanos.

-Pero alguna vez se tiene que haber enfermado ¿o no?

-Después, me enfermé espiritualmente, ¿sabe lo que es enfermarse espiritualmente?

-No

-Espiritualmente se enferma uno, se enferma el cuerpo sanito. Espiritualmente usted no se haya en ninguna parte, por ejemplo yo estoy senta'ó aquí con ustedes pero mi pensamiento está lejos, lejos, con instrumentos: rehue, kultrún... La naturaleza a veces estoy viendo y no me hallo en ninguna parte. Escucho y veo cuestiones así, lejos, pero tocando... entonces, al final uno se anda quedando dormi'ó solo, y duerme y se levanta y anda 'puro sueño'... puras 'películas' le dan a uno cuando tiene que trabajar con el espíritu. Una vez estuve enfermo, estuve grave...

-¿Grave? –dije con evidente tono de preocupación, a lo que asintió con la cabeza-**¿Y ya era machi cuando enfermó?**

-Mire yo trabajaba en la empresa y ya curaba gente... era una empresa de alimentaciones, en el casino trabajaba. Llevaba remedio, me pedía la secretaria;... otro niño que se vino del sur se mejoró... tenía infección en la cara, y se llenaba con espinillas... entonces iba al médico y no le hacían na'. Pero se mejoró con remedio, entonces cuando vieron que el niño se mejoró, los patrones quedaron asombra'os y las secretarias decían: "yo me quiero sanar de esto, de esto otro..." Después yo seguí trabajando, 'tando en esa empresa chica, me cambié a una empresa grande, súper grande. Ahí sí me llegaba gente, llegaba montones de gente, y ahí el espíritu me retiró de la empresa...

-¿Cómo lo retiró de la empresa?

-Me daban instrucciones en el sueño para que dejara de trabajar, y yo iba a trabajar no más. Y el espíritu como que me castigaba, me daba castigo y de repente no podía caminar, tenía una pierna y no podía caminar, saltaba por la cama, no podía, como que alguien me tenía un clavo puesto acá me acalabraba y no podía andar... ahí me enfermé, entonces. Pero estoy contento con Dios, Dios me sacó y por eso estoy aquí en casa, sino estaría amarra'o en el trabajo del huincas...

El machi nace, no se hace

Adentrarse en una cultura distinta implica empaparse no sólo de estilos de vida, de mores y costumbres, sino también de concepciones de mundo, de personajes cuya existencia material no es independiente del marco valórico en que se gestaron. Preguntarse por la medicina mapuche y no hacerlo por el machi, es ya equivocar la dirección de la búsqueda.

Más aún, teniendo en cuenta que el personaje resulta bastante insólito para nuestra cultura occidental: una suerte de mixtura entre un sacerdote y un médico, con una pizca de historiador y unas briznas de pedagogo.

Entonces, antes que hablar del ejercicio práctico de la medicina mapuche, había que caminar el sendero que el propio Augusto había recorrido, porque eso de “nacer con el don” no podía ser tan sencillo. En este viaje por la cultura mapuche nada lo había sido.

-Según he leído, hay diferentes tipos de machi. ¿Es mejor nacer con el don que aprenderlo?

-...Es verdad lo que usted dice, porque no es el mismo don el que uno tiene, por eso es diferente, y por eso que diferente actúa un machi a otro machi. De repente llegan a trabajar un poco extraño algunos, porque no es el mismo don, no tiene la misma lucidez. Algunos tienen su maestro, su maestro falso, ellos también son falsos porque van copiando, entonces diferente de uno que le dan instrucciones del mismo espíritu, y hace eso mismo más legítimo. Pero como la gente no conoce, ellos dicen: “No, la machi debería ser dedica’ de otra machi...” pero ¿quién dijo eso? ¿quién dijo eso?, ¿Algún espíritu?, eso son opiniones de gente que no sabe na’...

¿Quién hizo la historia? No son lo’ huinca, que tienen quinientos años hasta acá.

-¿ser “dedica’o de machi” significa que un machi le enseña a otro a asumir el rol?

-De niño chico o de niña es enfermizo enfermiza, le dan calambre de piernas, los brazos le encogen, la cabeza... ¡que sé yo!, entonces acuden a una machi y le descubren que este va a ser machi, entonces esas personas necesitan de otra persona, a otra machi que le dedique, por eso es “dedica’o de otra machi”.

Pero una persona que el espíritu se le introduce legítimamente de arriba, no quiere que una machi meta la mano encima. Eso me comunican a mí en revelación que son los machi verdaderos. Yo solamente necesito colaboradores no más...

-¿Y a usted le llegó el espíritu desde arriba?

-Sí, pero yo nací así. A mi hermana Rita, que también es Machi, le dio como una pesadilla una noche y listo, ¡nunca más normalizó! Qué no le hicieron, sufrimos mucho con ella, pero no es el mismo espíritu que yo. A ella le vino de la noche a la mañana.

-¿Cuándo empezó a notarse que usted iba a ser machi?

-Yo tendría más o menos... no sé que edad tendría pero muy chiquitito, entonces danzaba en la cama entre los Papás. Me acuerdo que un día me tenían sujeta la cabeza y, claro que me estaban haciendo danzar, y de repente me recordaba, me tenían ‘asujetado’ los pies... entonces danzaba entremedio de los papás durmiendo.

Cuando era un poquito más grande mi madre, mi padre decía: ¡Este va a ser machi! ¡Machi malo, malo va ser!, es que el mapuche es 'encontra' también, de repente es ignorante. Sin embargo, cuando está enfermo va donde el machi, corre donde el machi... Así somos los mapuche.

-Entonces, ¿Sus papás no querían que fuera machi?

-Claro, no querían, estaban en contra de mí. Yo sufrí desde muy chico, mi madre me decía nunca más hagas esto (danzar), pero si yo no sabía, ¡estaba durmiendo! De repente me asustaba y quedaba inmóvil,.. "¡¿Qué está haciendo?!, ¡Danzando otra vez!" me decían. Y yo no sabía nada, como estaba durmiendo, antes no me dejaron con paro cardíaco o me dañaron el cerebro. ¡Ah, que sufrí yo! Y me decían cosas mis papás: que me causara vergüenza.

Pero el que estaba dentro era el espíritu, tenía mucho más fuerza, mucho más fuerza, como si yo estuviera cubierto en un manto, entonces en ese manto rebotaba lo que me decían... entonces yo todo lo obedecía, lo que había soñado.

-¿Pero nadie le enseñó a ser machi, las ceremonias, los remedios? ¿Aprendió sólo a través de los sueños?

-...yo no tengo maestro, así maestro. No sé, toda la gente dice cosas: que machi no debe vivir en la ciudad, otros dicen que el machi debe ser dedica'ó de otra persona. Está bien que digan, pero eso nadie sabe, nadie... No se ve el espíritu, pero toda la gente opina de diferente manera, son dueños de pensar y opinar lo que quieran...

-¿Ese es el espíritu del machi?

-El machi tiene un espíritu muy especial, aparte del alma que cada uno tiene, que tú también tienes.

-¿Y si no se ve, cómo se reconoce ese espíritu?

-Nosotros sentimos el viento que corre, no lo 'veímos' pero sin embargo lo sentimos.¿Quién ve el viento?
Nadie. Así es el espíritu.

-¿Cómo fue la primera vez que trabajó como machi, curando gente?

-Fue en un machimastún, ¿Uste sabe lo que es un machimastún?"

-No, ¿Es igual que el machitún?

-Sí... Significa "llamativo de espíritu", o sea es como un sello que se le coloca a aquella persona que ha estado demasia'o grave, la enfermedad, es extremadamente grave, y no encontramos medicina. Hubo que llamar a machi para que hiciera ese tipo de trabajo, para que nunca más vuelva esa enfermedad. Enfermedades enfermamos todos, pero de ese tipo, no. Y para eso se le hace ese trabajo que le dicen, "llamativo de espíritu" en lengua español, y en mapuce "machimastún".

-¿Y quién era el enfermo?

-Ese machimastún era para un pariente mío, y cuando es pariente siempre, tiene que colaborar allá, no ir así no más, a mirar... Y en la noche me usó el espíritu, primera vez, allá en medio de toda la gente, y quedaron pero helados, o sea con cara de “¿Qué pasó?”. La gente no entendía lo que me había pasa’o. Pero al final se dieron cuenta que era espíritu el que se había introducido en mí. Me tiraron pa’riba altiro, todos unidos con instrumento, con todo tiraron pa’riba. Se me había cortado la lengua así que me curaron la boca con canelo... puros cogollos de canelo creo que masqué,... me va creer que estuve más de dos meses no podía ni saborear comida, no podía, ‘taba muerto todo esto, la lengua, todo, todo, ‘tuve meses, tomaba agua ¡No saber que sabor tenía el agua! ‘tuve más de dos meses así.

“Perimontum”

Sin ánimo de polemizar con Freud, un sueño no debiera necesitar ser explicado. A veces, debiera bastarle con ser. Un sueño es un pedacito de realidad visto desde una esquina distinta a la habitual, y cuando se lo interpreta, se abandona la forma original en que se manifestó, que es la principal característica del sueño, su principal regalo.

Para un machi, soñar no es un juego ni una traición del inconciente, es más bien, un puente de comunicación con fuerzas superiores. A través de ellos, se enteran de su destino como depositarios de la cultura mapuche, como machis o reciben instrucciones acerca de cómo curar a sus enfermos. Pero estos sueños, obviamente, no toman la forma de una Licenciatura para ejercer como machi o de una receta médica. Su forma

de expresarse es compleja y llena de imágenes, como un cuento fantástico con personajes y acciones difícilmente categorizables. Para adentrarnos en ellos qué mejor que el propio relato textual de uno de los “perimontun” de Augusto Aillapán:

“Sueño que de repente soñé... me acuerdo bien, yo no tenía macuñ (manta) en ese tiempo, no usaba macuñ, y soñé que íbamos entre tres persona... me llevaban hacia el mar. Eran como las diez de la mañana un día pero lindo pero ‘uuuuhhh’, parecía un día pero sin viento cerca de la mar sector Puerto Saavedra, una parte que se llama Cerro Maule, pero ahí íbamos entre tres, tres jóvenes entonces’ yo iba llevaba una manta aquí, como esa manta así al hombro así no más, así al hombro llevaba mi manta, y llevábamos una pelota, íbamos jugando a la pelota llevábamos una pelota grande... jugando, pero íbamos a la mar, no se a que íbamos pero íbamos a la mar. ¿Usted a anda’o pa’ Puerto Saavedra? Ahí hay un cerro grande, un morro como un morro de Arica así hay allá en Puerto Saavedra donde choca la mar... un morro grande pero paraíto hacia arriba, se llama Cerro Maule, bien alto, entonces llegamos ahí en ese cerro llegamos, entonces ahí la mar verdecita abajo, llegaba a dar miedo mirar pa’ abajo, entonces ahí llegamos los tres –sueño- miraba para abajo, y había una monja grande, una tremenda monja al medio de la mar, o sea como 150 metros adentro de la playa pa’ dentro... “Ya”... ahí había una monjita, tremenda monja, y la ola la pasaba, la ola así por arriba de la monja entonces nosotros bajamos para abajo, que ahí antes había un cerro de arena que uno se revolcaba que si quiere dar vuelta carnero llegaba hasta allá abajo porque no estaba tan parado así... daba gusto bajar por allí, rodar, dar la vuelta hasta llegar a la playa allá abajo, así bajamos, ya, entonces esa monja, llegué allí, entonces esa me tendía la mano así, las dos manos así, los brazos así, esas dos personas, dos peñis me echaron pa’ dentro, entonces ellos quedaron afuera mirándome, yo dentré... y llegué donde la monjita, y la monjita era gringa, esta pestaña tenía, parecía oro, como choclo así, los ojos verdecitos, tan linda la monja, todo el pelito tan lindo, ahí taba parado, empezó así, era gringa alemana, entonces tremenda tan grande la mano que tenía, o sea que me agarró como títere, así así me agarró por la ropa... con los mismos deos así me hacía entonces así me hizo me lavó me lavó me lavó y pidiéndole a Dios le dice, o sea diciéndome a mí “Tú vas a ser una persona, un ser limpio...” y que todo ser protegí’o de toda

desechanza, todo maligno, que sea firme todo, que Dios te cuide de todo caos que no te acontezca nada sí clamaba pero en mapuche no en huinca... entonces así me hacía la monjita, tremenda monja, entonces después que ya me lavó, porque a uno lo lavan espiritualmente me lavó la monjita y me tiró agua nuevamente entonces yo salí nadando, y los dos peñis que me acompañaron, los cabros me estaban esperando a la salía, entonces yo por la mitad del camino, en el agua, y me marié... me marié... y la ola me daba vueltas así, en la misma ola me daba vueltas y me marié, y me introdujo el espíritu, en sueño entro, y sabe que en la noche, y verdad que estaba dando palabra, y verdad que el espíritu había introducido en la noche en la cama, como a las cuatro de la mañana...

“(Es) el espíritu el que trabaja, no uno...”

Esa fue una aclaración básica que me repetiría una y otra vez: “Es el espíritu el que trabaja, no uno”. El machi como instrumento de otras fuerzas en el acto de curar. Esa declaración le daba real validez a la visión del machi como agente médico ¿qué es un doctor chileno, sino un agente de otras fuerzas que en nuestra cultura tienen mayor validez, como la ciencia, por ejemplo?. Si bien podemos o no compartir las reflexiones de intelectuales críticos que señalan los peligros de la ciencia y de su endiosamiento en la actualidad, nadie podrá negar como una lectura posible que es la ciencia médica la que sana al occidental y no el médico. Si es “el espíritu, el que trabaja”, había, entonces, que preocuparse del ejercicio mismo de la medicina mapuche para verificar cómo trabaja.

Pero antes, debía aclarar una duda que me impedía concentrarme plenamente en las respuestas de Aillapán. Mientras la entrevista continuaba, no podía parar de mirar las paredes de la pieza en que estábamos. En una de ellas, al lado de unos kultrunes, había un corazón rojo colgando de un clavo, hecho de tela y cartón, parecido a las tarjetas que regalan los que se sienten galanes para el “Día de los Enamorados”. La diferencia es que en la cara que no daba a la pared, se leía claramente en letras plateadas “CHAO NGENECHEN”. No exactamente con esas letras pero con la misma sonoridad, había leído en algunos libros que ése era el nombre del principal dios de los mapuches. Pero si esta no era la oportunidad para preguntar, entonces ¿cuándo?

-¿El machitún es la ceremonia típica para curar las enfermedades?

-Cuando es muy grave se hace machitún. Si no es tan grave, igual hay que rezarle a Dios.

-¿A qué Dios se refiere?

-Cambia el nombre pero Dios es el mismo siempre. Dios hay uno solo. Nosotros le decimos de forma extraña, no más: Chao Ngenechen –dijo a la par que apuntó al ‘corazón’ que me había intrigado.

-¿En qué idioma le reza?

-Le rezo en mapuche. Cada país tiene su dialecto.

-Pero entre las distintas religiones suelen pelearse a los seguidores. ¿Cómo se lleva con los evangélicos o los católicos?

-Siempre he tenido buenas relaciones con los curitas, me siento bien con ellos... o sea que yo no soy protestante, ni un tipo de religión. De repente voy a una iglesia evangélica, voy de visita, voy pa'l sur, y un familiar que es evangélico dice: "¿por qué no vamos mañana domingo? Como va estar solo aquí en casa, vamos a la iglesia, vamos si es adoración de Dios..." Y voy.

-¿Y esas banderas que están en la entrada tienen algo que ver con "Chao Ngenechen"?

-Son las banderas del machi: una blanca y una azul. El blanco es para la paz y el azul del cielo. Hay que señalar que hay machi. Todos los machi deben tener bandera, decir que hay machi en ese lugar. Si no cómo van a venir a verme, a atenderse. Lo importante tiene que tener señal.

-¿Entonces usted recibe a los enfermos aquí, en su casa?

-Sí, poh. Si no tengo hospital funcionando -se ríe a carcajadas.

-Lo que pasa es que una machi que iba a entrevistar trabajaba en una 'consulta', con sala de espera incluso...

-Eso está mal. ¿Por qué consulta? El machi tiene que atender en su casa.

-¿Y cobra por atender?

-...Mire –se detuvo un segundo antes de responder y tomó aire, como anticipando que la respuesta podía causar polémica- aquí por el hecho que es mi trabajo, sin plata no hacemos nada, siendo mi trabajo lamentablemente tiene que ser pagado, pero hay urgencias que no se cobran. De repente vienen por “quebrar el empacho” y lo hago por voluntad no más, pero de por sí, la gente tiene que ser sabia: muchas veces dejan gracias no más y listo, se van; no, así no debiera ser. Donde vamos, debemos pagar manda, si van a la iglesia dejan ofrendas, entonces debe ser prudente la gente esa. Si no cobran los machi ¿con qué viven? Todo hay que comprarlo aquí: para buscar la hierba, voy al campo y con qué plata pago el pasaje. Lamentable pero todos tenemos que mover con plata.Además, como ya le dije, yo no trabajo en otra cosa porque el espíritu no me deja, yo vivo con lo que gano como machi.

-¿Cómo se comunica con el “espíritu” para sanar enfermos?

-Toco kultrún. Un kultrún mío, que hice yo. Le rezo...

-¿Y el Espíritu conversa con usted?

-Yo escucho solamente instrucciones de arriba, "esto, esto otro", yo escucho de repente en revelación, nunca me preocupo quién estará hablando, pero llega a retumbar como un parlante potente así, como eco de arriba, me dan instrucciones, entonces así, yo de repente recibo "Ya, ya ya..." como me dan instrucciones tengo que entregarlo así, inmediatamente que estoy soñando esto a la vez estoy entregando palabras. Entro como en trance...

-¿Y en medio de esos trances nunca ve al espíritu cuando le da instrucciones?

-Pocas veces. Hay espíritus como relámpagos que se dejan ver, o de repente llegan donde esté, en un auto llega un gringo y sabe hablar en mapuce, dos idiomas sabe hablar, o de repente todas las instrucciones vienen de arriba, todo, todo lo que hay abajo, terrestre y eso hay arriba, me muestran eso.

-¿Y usted está tranquilo mientras el espíritu le habla?

-Antes tenía como miedo, de repente se me acalambrara todo el cuerpo, y me venía un grado de oxidación al corazón, y lloraba, lloraba solo, sin que nadie supiera, es el espíritu propio. Mi señora sufrió mucho, antes ella tenía que recibir, pero yo estoy durmiendo.

-Cuando llega el paciente, ¿usted ya está con el Espíritu o lo llama después?

-Yo en este momento paso a ser como todas las personas no más, estoy sin el espíritu, y ya luego dice la persona "Mire, yo vengo a verme" y listo, tengo que calentar el instrumento y llamar a "chao gnechen" y que 'me mande el junior' (ríe). El espíritu que introduce y ahí lo viene a examinar recién, ahí se viene a saber recién que tiene, así es mi trabajo en ese momento da todas las instrucciones y de ahí ve la gente si tiene enfermedad o no.

-¿Y se vienen a tratar todo tipo de enfermedades?

-Se pregunta "¿Usted viene a saberse espiritualmente o viene a consultar así no más?" Porque don de visualidad tengo muy poco, veo la orina no más.

-¿Qué es eso de "Ver la orina"?

-...A mí lo que siempre que me hablan de que arriba, me hablan, cuando voy a ver la orina, me dijeron: "Usted tiene que ver orina ahora". "Ya", dije yo y luego bajo así una orina, así un cristal grande, con un plato y un canelo así, hoja de canelo... alrededor estaba la moneda, llegaba a chispear el cristal de bonito, puro lujo, y hablaban como un parlante, y esto llegaba como con eco, a mí me hablaban con eco así, con eco, entonces miro, luego, hizo un camino así para abajo, y por la mitad quedó así- indica una tela media terrosa. Y pregunté: "¿Por qué hace la orina así?" Y me dijeron: "Así tiene que estar la enfermedad, eso cuando está así eso hace la enfermedad que hay que curar"... Ese es don de visualidad...

-Entonces, ¿usted sabe qué enfermedad es sólo con "ver la orina"?

-Sí. Tiene que ser antes de las doce, un día bien despejito,.. pero es igual que sacar radiografía...

La otra vez me bajaron en un tarro grande, así un tarro grande, me bajaron la orina, ahora va ver cuando la gente está 'hechizá', tiene que ver usted como tiene que ser la orina. Finalmente vi, y la orina estaba llenita de como ese "moco de rana" que le llaman en el campo, cuando sale solo a la orilla del río... Así estaba la orina, no se veía estaba tapa'o. Cuando la orina está así, es que está mal, bien mal, porque el corazón es lo que está tapa'o. Ahora ¿quién me enseñó eso? No lo veo, sino que le dan remedio no más...

-Y a los enfermos los sana con hierbas... ¿cómo aprendió qué hierba sirve para qué cosa?

-Sí. El espíritu me dice qué hierba sirve para qué cosa. Por eso que yo siempre le digo, si mi lucidez es diferente a través del espíritu no más, yo físicamente no puedo dar instrucciones si un enfermo me dice, señor me duele acá me pasa esto, yo no puedo dirigir sobre eso, hay que ver espiritualmente si el espíritu le hace, le dice tiene esto, tiene esto otro...

-Claro... ¿Y ha tenido enfermos difíciles?

-Había uno que estaba súper enfermo, se estaba casi muriendo. Tenía esta cosa... cáncer. Los médicos huincas lo daban por muerto. Pero vino a mi casa y yo lo curé. La gente chilena que viene es porque ya ha probado de todo.

-¿Nunca le ha fallado un tratamiento con un paciente?

-Sí, poh. Hay que ver que alguna gente que viene a verme tampoco se mejora, tampoco le resulta conmigo. Yo creo que es porque ya vienen muy tarde y están por morirse.

-Algunos mapuches con que hablé me dijeron sobre gente embrujada que tratan los machis ¿Le ha tocado atender a alguna?

-Sí, me ha tocado gente embrujada. Me tocó una vez un niño que nadie sabía qué es lo que tenía, estaba así como poseído, la familia estaba desesperada. Lo llevaron a todos los médicos huincas y no le encontraron nada. Lo llevaron incluso al... ¿cómo se llama?.. al psicólogo, y no le pillaron nada. Me lo trajeron a mí y yo le hice machitún.

-¿Y se curó?

-No, si él no tomaba, se volvió loco.

-¿Me refiero a si se sanó?

-Sí, poh. Luego se sanó –repentinamente, entraron a la pieza los dos hijos que todavía vivían con él. Venían a avisarle que la once estaba lista, lo que obviamente daba por terminada mi entrevista. Luego de unos breves minutos de charla informal acerca de sus hijos, y de un mate caliente (no podía irme sin probarlo), abandoné la residencia de los Aillapán. En mi viaje de regreso a la modernidad, y mientras aún conservaba en la boca el sabor de la yerba brasileña, comencé a chequear la lista en busca de algún lugares que me faltara recorrer. En mi libreta, todas las direcciones estaban borradas, salvo una: “consulta espiritual, parece que en Nataniel, preguntar a Carla.”

Ya me había paseado por la medicina popular cuanto había considerado necesario, por lo que no parecía necesario confirmar dicho mensaje. Pero por otro lado, el ser humano también está hecho de obsesiones, y concluir la labor con esa libreta limpia de nombres era una idea bastante tranquilizadora.

V Dos por el precio de uno

“Peor es nada”

Nueve de la noche, calle Nataniel, a tres cuadras de la Alameda, un cité abría el camino a la dirección indicada.

Toda una noche estuve conversando con una simpática muchacha de nombre Carla, habitante de Melipilla, para conseguir la dirección de un grupo de 'adivinos' que dedicaban sus días a curar males del alma, en una parcela cerca de su casa, "pero que también tenían una sucursal en Santiago". Era como un 'holding' de guías espirituales y yo me encontraba a pasos de ingresar a su sección capitalina.

Estaba todo muy oscuro en el pasaje. Una sensación cercana al miedo recorrió mi espalda, mientras avanzaba. Luego de caminar frente a unas cinco puertas sin encontrar la dirección que buscaba, ésta apareció sutilmente ante mí: con tiza blanca estaba escrito "1B".

Cuando me disponía a golpear el portón, éste se abrió sin más.

Ingresé a un vestíbulo pequeño y luego de una rápida mirada en trescientos sesenta grados, terminé por constatar que nadie me había abierto la puerta. Ese extraño frío volvió a erizar los vellos en mi cuello. La luz era tenue. Las paredes del cuarto eran altas, como todas las casas antiguas del centro de Santiago, y estaban pintadas de color damasco. En una de ellas, había una cartulina celeste pegada con scotch, donde se leía: "Velas para la armonía \$1000". ¿Velas para la armonía? Ya empezamos con la charlatanería. En la habitación sólo había un sillón, una silla y un gran escritorio antiguo, con un par de cuadernos amarillentos encima. Era una recepción sin recepcionista.

Antes de que terminara de preguntarme cuándo fue que entre a participar en este cuento de brujas, sentí voces y pasos que provenían desde una pieza al fondo. Una mujer joven, de vestimenta sencilla ingresó a la habitación en que me encontraba y saludó afablemente. Sin perder tiempo, postergué cualquier asociación mental con algo sobrenatural y me precipité a aclarar el por qué de mi presencia ahí. Buscaba aumentar el caudal de conocimientos acerca de las distintas expresiones de la medicina popular. Y, tal vez, alguna que otra anécdota para amenizar las horas del investigador.

La repentina secretaria abrió uno de los cuadernos, en cuya tapa todavía se podía leer “propiedad del Estado de Chile”, y verificó una lista de pacientes compuesta por una cuarenta personas, tras lo cual procedió a explicarme con tono de disculpa que los ‘doctores’ estaban realmente acachados con el trabajo.

La simpatía de la señorita... ¡Andrea! (me dijo sonriente) me impidió desistir de inmediato. Le hice un par de preguntas sobre los consejeros espirituales, a las que respondió sin problemas. Levaba unos dos años trabajando como secretaria en el ‘consultorio’ de manera exclusiva y, al parecer, las ganancias eran más que suficientes. No era extraño que en un día promedio, medio centenar de personas se paseara por las salas del lugar en busca de tratamiento. Muchos de ellos volvían periódicamente para continuar con una terapia que a veces constaba de quince o veinte sesiones. Y cada sesión costaba unos tres mil pesos. Mientras caía en la cuenta de que estaba frente al negocio del siglo, Andrea se apresuró a sostener fervientemente que no eran mentiras. Los mismos pacientes eran quienes se lo aseguraban una y otra vez.

A medida que pasaron los minutos, la atenta mujer se fue haciendo parte de la causa que me había llevado hasta allí. Desde el sillón en que me encontraba arrellanado, pude observar cómo Andrea hizo intensas gestiones, tras las cuales se abrió la posibilidad de entrevistar “un par de minutos” a otro representante de la medicina popular que, por casualidad, se encontraba en el lugar visitando a sus colegas.

“Peor es nada”, me dije.

Cinco minutos más tarde, un hombrecillo sonriente, de tez morena y rasgos profundos se sentó frente a mí, ocupando la silla de la secretaria. Dijo llamarse Manuel Lincovil. El apellido me pareció mapuche, así que le dije con toda sinceridad cuál era el sentido de mi investigación: la medicina mapuche. Justo cuando procedía a relatarle las peripecias que tuve que hacer hasta dar con un machi, él me interrumpió: “yo soy machi”.

Lo que siguió fue un acelerado intercambio general de impresiones y la concertación de una cita para realizar una conversación con más tiempo. El me indicó un día y una dirección, para que además viera cómo atendía a sus pacientes. Sin abandonar mi estupor, tomé nota exacta de todo e incluso le pedí que confirmara lo que había escrito (no iba a tropezar dos veces con la misma piedra). Nos despedimos y me quedé unos

segundos sentado, divagando... La oscuridad, el miedo, el frío, la puerta que se abrió sola,... no había sido sólo un sueño o efecto de un... buen hechizo. No podía ser tanta casualidad, tanta perfección: ¿otro machi?, ¿a las diez de la noche?, ¿en un lugar perdido?, ¿dispuesto a que lo entrevistara y a que lo viera ejercer su oficio?.

Decidí no alegrarme hasta que todo estuviera dicho y hecho. Cantar victoria antes de tiempo ya había demostrado ser cosa de tontos. Tomé mi libreta con la dirección del “premio gordo” y la guardé en mi bolso. Dije adiós a la bella secretaria y mientras me dirigía a la salida, volví a mirar el letrero de la pared: “velas para la armonía \$1000”. ¿Qué mal me haría? Sólo mil pesos. Y algo de armonía nunca estaba de más.

Un machi ¿Contador?

“Buenas tardes” fue lo primero que dijo don Manuel, una vez que ingresé a la pieza donde había estado atendiendo chilenos y mapuches durante toda la tarde. Sus movimientos eran pausados, su voz calma y tenía una sonrisa y una expresión increíblemente afables, probablemente una de las razones que permiten establecer esa relación de confianza entre el machi y el paciente.

Al igual que en el caso de Augusto, su casa era su consultorio. Esta se ubicaba en la comuna de La Florida, en un sector donde los conjuntos habitacionales son bastante grandes y bien mantenidos. Valga la aclaración, pues justamente esa comuna se caracteriza por albergar en sus límites edificaciones del más variado calibre, así como habitantes con características socioeconómicas contrapuestas.

Apenas crucé el umbral del antejardín, una mujer con delantal me aconsejó seguirla. Su actitud me dejó claro que no era parte de la familia, sino que probablemente era una asesora del hogar.

Casa grande, sector residencial, empleada,... no pude evitar comparar todo con la humildad de las condiciones materiales en que vivía Aillapán. ¿Lucha de clases al interior de los machis?. Tal vez. Manuel Lincovil es de aquellos que no se dedican a ser machi de manera exclusiva. Atiende pacientes los días jueves y el resto

de la semana es contador. “Tengo oficina propia, así que no tengo darle cuenta a nadie acerca de mis actividades como machi”, fue su explicación. Esta vez sí, con una casi perfecta pronunciación del idioma de Cristóbal Colón.

En el patio interior, en medio del pasto, había un rehue con una figura semejante a un rostro tallada en uno de sus lados. Entorno al pedazo de madera de canelo habían ramas del mismo árbol y de maqui, además de una serie de utensilios de greda, puestos como ofrenda. Clavadas a un costado del rehue, estaban las banderas del machi, del mismo color que las de Aillapán: azul y blanco.

Frente al tótem había un gran ventanal corredizo, el que daba paso a la pieza donde se atendía a los pacientes del día, por lo tanto la consulta se realizaba de cara al rehue. Esto no era en absoluto casual. Y sólo un par de horas tuve que aguardar en el patio antes de averiguar por qué (parecían nada después de las peripecias y casualidades que habían rodeado el encuentro con ambos machis): al terminar la jornada médica, Lincovil apagó la luz del cuarto, esperó que su señora tomara asiento a su lado, tomó el kultrún y empezó a golpearlo produciendo ese sonido característico y monótono que todos conocemos, mientras cantaba en mapudungun dirigiéndose al rehue. No había que haber estudiado el dialecto para saber que estaba orando. Veinte minutos duró el rezo, luego del cual me aclaró que luego de un día de trabajo espiritual intenso, había que “agradecer al Chao Ngenechen”.

Lincovil era muy escueto para hablar, sin embargo no se trababa con las palabras ni presentaba dificultades para hilar oraciones. Parecía un santiaguino más. Sin embargo, al igual que Aillapán, Lincovil tampoco nació en la capital, provenía de Nueva Imperial en la Novena Región, de donde se vino hace ya unos 30 años...

-¿Usted qué edad tiene más o menos?

-Yo tengo 53 años.

-Entonces, se vino como a los 20, 23 años ¿no?

-Ah, ¿sí?... igual bien joven,... más o menos esa era mi edad.

-¿Y se vino con su señora?

-¡No! –dice sorprendido y entre risas- Imagínate a los 22 años yo casado, todavía no.

-Uno nunca sabe...

-Por lo menos en la raza nuestra no es tan así.

-¿Cómo a qué edad se casan, más o menos?

-Yo diría después de los 25, cuando uno ya se siente capacitado para formar un hogar; sabes tú que los antiguos eran muy exigentes en la formación...

-¿Tienen que cumplir ciertas etapas primero?

-Ciertas etapas, es como la naturaleza. Si tú ves un pollito, tiene que cumplir su etapa biológica natural para que se convierta en gallo; antes de eso, es un pollito no más. Es más o menos lo mismo. Entonces, los campesinos, los mapuches dicen que el hombre tiene que madurar, la mujer tiene que madurar, cuando estén maduros ya son capaces de resolver sus problemas, manejarse solos, con sabiduría, con conocimiento. En la ciudad la cosa es distinta. Se adelantan.

-Claro, acá todo sucede más rápido. Y usted, ¿se hizo machi acá en Santiago o en el sur?

-En mi pueblo, en mi casa.

-¿Fue a través de una revelación?

-Ahí viene el inicio, pero el machi nace, no es que se haga a mitad de camino.

-¿Después se da cuenta que es machi?

-Claro.

-¿Y a qué edad se dio cuenta usted?

-De niño.

-¿A los cinco? ¿a los ocho? ¿a los 10 años?

-Yo me di cuenta más o menos a esa edad, o sea, yo no me di cuenta, fueron mis papás que se dieron cuenta. Antes de nacer incluso la mamá ya sabía qué esperaba.

-O sea, ¿usted sabía desde siempre que tenía que cumplir una misión?

-Claro, desde siempre. La verdad es que yo no quería mucho, me resistí hasta el final. Es que yo me metí al estudio. Estudié con los curas, incluso estuve internado dos años en un convento de frailes, ahí terminé mi enseñanza primaria, y ahí, por mi carácter, por mi forma de ser, por mi forma de actuar y todo, era bien explosivo y no muy tranquilo,... Yo quería tomar ese camino, ser seminarista al menos, no cura, pero por lo menos pasar por el Seminario.

-¿Y qué pasó?

-No fue posible porque mis padres no quisieron.

-¿Sus dos padres son mapuches?

-Sí... Y no quisieron porque dijeron que tengo que tener familia, que tenían que tener nietos, la herencia, el heredero, ves que yo era el mayor de los hijos.

-¿Y usted al principio se negaba?

-Sí.

De seminarista a machi

La historia del 'pollito' y de las etapas antes de casarse, habían dejado al descubierto una dimensión didáctica de las respuestas de Lincovil que perduraría hasta el final de la entrevista.

Su asistencia al seminario explicaba su mayor dominio del lenguaje y sus actitud tolerante frente a la cultura occidental y a sus creencias religiosas. Pero no conseguía justificar el por qué de su opción por asumir como machi. Fueron sus padres se opusieron a que siguiera con la carrera de seminarista, Esto reflejaba cuán entrelazada se encontraba su vida con algunos patrones de la cultura occidental, por ejemplo, en lo tocante a los padres. Pero cabía preguntarse ¿fueron ellos mismos los que presionaron por que se transformara en machi o al igual que en el caso de Aillapán, fue el Espíritu?.

-¿ Y cómo fue al final que se decidió a ser machi?

Uno se siente obligado, me lo dijeron de tal manera que uno tiene que decidir sí o sí

-¿Sus papás?

-No, el espíritu.

-¿A través de los sueños?

-No, sencillamente porque ahí vienen las enfermedades. Yo me acuerdo que me llevaban dos, tres, cuatro veces al día a la posta.

-¿Aquí en Santiago?

-Aquí en Santiago. Me pinchaban allá, me ponían dipirona. Yo con eso me venía durmiendo, me dormía un rato, después despertaba y la misma cuestión, tenía lo mismo otra vez, el corazón se me inflamaba. Exámenes, nada. Solamente me decían que era el sistema nervioso. Dos semanas o tres semanas yo no comía, no podía comer. Y ahí ya me tuve que ir con los machis, todos lo machis me decían “tiene que ser machi”.

-¿Y ahí usted dijo “bueno”?

- “Bueno”... –dijo sonriendo con una sonrisa extraordinariamente apacible, como revelando que no cabe ser resentido con lo inevitable, y en seguida, agregó- Por otro lado, también a través de sueños, a través de revelaciones, que tenía que recibir el don, que yo estaba agarra’o y yo al final de tanto, dije “¡ya!”. Y de ahí, nada más de enfermedad.

-Ah, de ahí se sanó para siempre. ¿Nunca ha tenido problema, de ningún tipo?

-No.

-Según le entiendo, el “deber ser” machi a usted le fue revelado... Pero los conocimientos acerca de las yerbas, acerca de cómo componer esguinces o fracturas ¿Cómo fue que aprendió eso?

-Eso viene por generaciones y viene por espíritus y viene por sueños, viene por tantas cosas.

-¿No tuvo usted un machi que lo ayudara, que le enseñara algunas cosas?

-No, a mí me inició una machi, pero no me enseñó.

-Hay algo que no entiendo bien ¿cómo fue que pasó del Seminario a ser machi? ¿Cómo hace después, para asumir el rol religioso del machi?

-¿En qué sentido?

-¿Abandona la religión occidental completamente al hacerse machi?

-No necesariamente, no. Hay muchas cosas que coinciden y otras que no, pero no se contraponen una con la otra.

-¿No hay problema, entonces?

-El asunto es que cuando un machi hace su ceremonia, tendría que hacerla y punto, olvidándose de las religiones occidentales.

-¿Y el resto del tiempo, cuando no hace ceremonias?

-Si a mí, como persona, me invitan a una misa, yo voy, pero yo voy como persona, no como machi. Es lo mismo que sucede con los curas. Los convidan a una ceremonia nguillatún, y vienen los curas, monjitas, asisten a la ceremonia, con el respeto que se merece la ceremonia como tal...

En Santiago

La sala en la que nos encontrábamos era bastante pequeña, apenas cabían una mesita y un par de sillas. En las paredes habían un par de cuadros colgados. En uno de ellos aparecía el machi al lado de un grupo de mapuches con vestimentas occidentales, pero con los pantalones recogidos. Pregunté si era un juego de palín, a lo que Lincovil asintió. Inmediatamente imaginé que su presencia en el juego había tenido que ver con alguna actividad religiosa, con su inauguración, bendición, lo que fuera. Nada de eso: había ido invitado “para pasarla bien y nada más”. No era la primera vez que mi reflexión concebía a los machis sólo en su dimensión de médico-sacerdote, olvidando que a la vez son individuos como cualquier otro, que tienen esposa, hijos, casa e incluso, otro trabajo. Y, por supuesto, ganas de pasarlo bien.

Pero aún así la vida de un machi en Santiago no podía ser común y corriente, ni siquiera debiera ser igual a la de un machi en el campo.

- **Acá en Santiago ¿hay más machis?**

- Sí, hay dos más y uno que se está preparando

-**¿Y por qué lados están, más o menos?**

-Hay uno en Cerro Navia y hay otro en Pudahuel.

-**Yo supe del de Pudahuel que se llama Augusto Aillapán, pero del otro no sabía, ¿hay uno en Cerro Navia también?**

-Sí, uno más viejito –parece que era demasiado viejito, pues mis indagaciones posteriores en esa comuna, no dieron con el paradero de ningún machi... vivo.

-Pero son pocos, entonces...

-Claro, somos pocos.

-En Santiago, parece que hay sólo machis hombre. ¿o no?

-...mmm... Casualmente hay puros hombres acá...

-Ustedes como machis ¿se conocen, se juntan en algún momento o se conforman con saber que existen?

-Sí, sabemos que existimos, pero con Augusto nos conocemos. Antes nos invitábamos...

-Y un machi aquí en Santiago ¿hace lo mismo que un machi que está en el sur, cumple los mismos roles?

-Los mismos.

-Sin embargo, acá la comunidad mapuche en general no está...

-No está como comunidad –respondió, adivinando el curso de mi interrogante-, está muy dispersa, pero en el fondo el machi no está siempre apoyado por una comunidad, simplemente el apoyo de la familia

-¿Sólo de la misma familia?

-De la misma familia; en la comunidad ocurre igual, no hay un apoyo de la comunidad al machi, nada más que vive en comunidad, por eso la gente cree que el machi está apoyado por la comunidad donde vive, y no es así.

-¿Pero es la comunidad la que asiste a las ceremonias?.

-Claro.

-Y acá en la ciudad, ¿se hacen ceremonias también? ¿asisten los mapuches del sector?

-Acá, sí; yo todos los años hago nguillatún, es la ceremonia máxima de la oración.

-Tengo entendido que un nguillatún necesita de un sitio amplio, donde haya naturaleza, árboles... ¿Dónde realiza el nguillatún en esta ciudad tan poblada?

-En un sector grande que es de los curas, ahí hay un tremendo espacio, sin árboles, incluso hay una ruca; a veces me han venido a buscar también para ayudar a hacer nguillatun a la gente de La Pintana.

-En La Pintana parece que los mapuches están más organizados que en otras comunas ¿o no?

-Ahí hay varias organizaciones, se juntan dos o tres organizaciones de la misma comuna y hacen un nguillatun.

-¿Y lo vienen a buscar?

-Ellos me vienen a pedir como favor. Es como si tú quieres hacer una misa en tu casa, en tu sector, vas a una parroquia y pides que vaya un sacerdote a decir misa en tal parte, que quieres hacer esto, esto otro. Vienen acá y dicen: "nosotros queremos hacer un nguillatun y el machi nos puede ayudar". Y el machi no se puede negar.

Acerca del tráfico de las otras “yerbas”

La conversación derivó por breves instantes hacia el área de las medicinas alternativas. Ya era un dato, el hecho de que mi primer encuentro con el machi había sido en la sala de espera de un ‘consultorio espiritual’. En esa ocasión, Lincovil me había señalado que acostumbraba compartir conocimientos y experiencias entre consejeros espirituales, pues, en cierto modo, él se consideraba uno también.

Sin embargo, ya se había mostrado bastante reservado al hablar de los 'colegas'. Tal vez porque no quería desenmascarar a los charlatanes o no deseaba que se pusiera su propia actividad en entredicho, fue bastante cauto para abordar el tema, apelando una vez más a una característica que lo definiría durante toda la conversación: la tolerancia.

-Por lo que he averiguado, en Santiago mucha gente se dedica a hacer medicina popular, incluso el mismo uso de las yerbas está bastante extendido. Hay gente que incluso en las poblaciones está dedicada...

-Al comercio.

-Claro, a la venta de yerbas, y también hay gente que trabaja como componer huesos. En el fondo, la medicina popular tiene raíces en la medicina mapuche...

-Claro, raíces mapuches, raíces indígenas más bien...

-Sin embargo, usted como machi, no sólo utiliza su conocimiento de las yerbas, sino que también hay una oración de por medio.

-Claro, primero tienes que ver que enfermedad tiene y de ahí viene el tratamiento. Yo no puedo llegar y darle las puras yerbas. Primero tenemos que saber qué tienes tú y de ahí, hay que ver si es tratamiento con yerbas.

-¿Y no tiene conflicto con esa gente que se dedica a entregar yerbas "a diestra y siniestra"? Es bastante común que la gente recomiende yerbas casi sin saber o por hacer puro negocio.

-Yo no tengo conflicto, no tengo por qué tener conflicto, si ellos hacen sus cosas, allá ellos, si ellos están engañando a la gente ellos son los responsables, yo me dedico a lo que tengo que hacer, no más.

La Consulta

Mientras esperaba que Lincovil terminara de atender a una larga fila de pacientes que hacían hora parados, en un camino de baldosas, afuera de la pieza, pude apreciar la diversidad convocada al lugar. Una pareja de mapuches de unos veinticinco años de edad vestidos con jeans y chombas de colores oscuros; una mujer de pelo muy rubio con una voz chillonísima que parecía reclamar por una uña quebrada; un hombre vestido con ropa de nieve, con una bota de yeso y con la cara rojiza, vestigio tal vez de un fin de semana en Valle Nevado; un anciano de unos ochenta años de edad, con un impermeable de gabardina y una actitud de pedante aristócrata, incapaz de ocultar la “papa” que albergaba en su boca. Quedaba claro que la clientela

estaba compuesta en una buena proporción, por ciudadanos de alcurnia o que, al menos, disponían de abundantes recursos económicos. El tipo de vehículos que se estacionaba frente a la casa, confirmaba la “resentida” presunción.

Uno por uno fueron ingresando a la consulta. Todos recibieron un gran apretón de manos durante toda la atención, la mirada compresiva del machi, un par de consejos de amigo, casi de sentido común, y una botella de esas desechables de litro y medio, llena de un líquido terroso en el que flotaban algunas ramitas, anunciando el contenido herbolario de la infusión.

A través del ventanal se podía apreciar todo el proceso, incluso se podía escuchar parte de la conversación, de las terapias recomendadas. Eso sí, si uno conseguía abstraerse del ruido de unas gallinas que transitaban de un lado a otro del patio en busca de algún rastro de maíz.

Dolores de huesos, problemas en los estudios, rechazo social y una que otra preocupación frívola ocuparon el tiempo de Lincovil aquel día. ¿Qué hace que un individuo que goza de bonanza económica, vaya a ver sus problemas médicos o emocionales con un machi y no con un doctor o un psicólogo? ¿Y qué obliga a un machi a tener que atender a gente que nada tiene que ver con su cultura?

-Generalmente la gente que viene aquí son gente que viene de vuelta de la otra medicina

-De la oficial...

-Claro, de la medicina tradicional, allá no encuentran su medicina y entonces vienen pa' acá, es como muy común, es muy poca la gente que llega directo acá.

-¿Ni siquiera mapuches lo visitan como primera opción?

-Mapuches llegan más como primera opción, los que no son mapuches vienen de vuelta del hospital.

-Cuando les ha ido mal en todos lados...

-Claro, cuando ya no tienen posibilidad en otro lado.

-Por ejemplo, ¿Es común que vengan personas con esguinces o con dolores que no se han podido recobrar en los hospitales?

-No siempre son esguinces o fracturas, de repente son enfermedades del alma. Entre otras cosas, aquí vino un caballero que si lo viera un doctor diría que hay que llevarlo al traumatológico, porque sentía un dolor en el tobillo, pero un dolor que no podía sostenerse, ni de pie, ni sentado, ni acostado; se le quitaba ese dolor de ahí y le dolía la cadera. Y si un doctor viera esos síntomas dónde lo mandaría, al traumatólogo. Y fue allá, le sacaron radiografías, le sacaron acá, pero doctor si me duele aquí ahora, había que sacarle ahí, pero doctor se me pasó aquí, se me pasó acá. Se gastó como seiscientos, ochocientos mil pesos en puras radiografías, scanner y cosas... para que el doctor le diga que no tiene nada, y el dolor sigue, el dolor sigue. Y vino para acá: tenía puros problemas espirituales, aquí con puras oraciones, ni siquiera con remedios, se mejoró.

-¿Oraciones como la que hizo recién? – dije apelando al cántico de agradecimiento que había tenido el privilegio de escuchar.

-Claro.

-¿Con la persona presente?

-Claro, ahí la oración es para la persona.

-¿Pero recién rezó sólo con su señora... y bueno,... conmigo?

-Es que cuando termina la jornada, hay que rezar.

-¿Y aproximadamente cuánta gente atiende en el día?

-La verdad es que no la he contado, es que viene tanta gente.

-¿Pacientes regulares o gente que no ha visto nunca?

-De todo: gente que ha venido, gente que ha venido con otro pariente, gente que viene recién a verme. Es increíble, las personas con distintas enfermedades que llegan acá, aquí llegan muchos enfermos de cáncer.

-Para eso, la medicina occidental no tiene respuestas. Y usted ¿ha encontrado alguna?

-Sí, un sacerdote que estaba desahuciado por los médicos, tenía un cáncer a la próstata, lo mandaron a una clínica de reposo que está en Bellavista, allá lo mandaron a morir, el doctor le dio dos meses. Llega acá, le hice oraciones y la última vez que supe de él, se había mejorado –obviamente me interesó saber el nombre del afectado, pero recordé de inmediato que también en el caso de los machis , la relación “médico-paciente” es secreta.

-¿Aquí viene a atenderse gente que tiene plata o gente más pobre?

-De todo.

-¿Y tiene distintas tarifas según la persona?

-No, la tarifa es la misma, aquí no se ve quién tiene más plata, quién tiene menos plata, porque uno valora su trabajo...

-¿Cuánto cobra?

-Tres mil pesos la consulta... ¡Ah! También vino un profesor de Melipilla –volvió así, al asunto de las enfermedades complejas- que estaba desahuciado por un cáncer hepático, que ya tiene un año y medio,... y le daban un mes de vida.

-¿ Y él sigue en tratamiento con usted?

-Está en tratamiento conmigo, el caballero.

-¿Tratamiento con yerbas?

-Con yerbas.

-¿Y también le hace oraciones?

-También con la oración.

-Las personas con enfermedades difíciles ¿vienen conociéndolo de tiempo o vienen con recomendación?

-El mapuche viene con conocimiento porque conoce los machis, los que no son mapuches vienen con datos: que aquí se ha visto un amigo, una amiga, todo ese tipo de cosas. En verdad que con mucha más fe que los mapuches. Yo en este momento tengo cinco personas con cáncer en tratamiento...

-Parece que Santiago no es el mejor lugar para mantener la cultura propia, ¿no?. Sin embargo, según he ido aprendiendo, para que los remedios del machi funcionen, es esencial que exista confianza. ¿Es común que vaya a verlo gente que no cree en lo que usted hace?

-No, los que vienen acá generalmente vienen con confianza, saben a lo que vienen, conocen al machi, saben de machis, y hay otros que no, llegan por primera vez, por la necesidad de mejorar su enfermo, traen a sus hijos; esa señora, la última que se fue, ella no es mapuche, pero es casada con mapuche, su marido no está ni ahí seguramente con los mapuches, con el machi, pero tocó la casualidad de que nosotros con un grupo de médicos que participan en la iglesia católica estamos haciendo un experimento así como una fusión de las dos culturas de las dos medicinas, la medicina tradicional y la medicina mapuche, entonces de repente hacen unos operativos de atención en las poblaciones donde junta medicina general, psicólogo, matronas, machi, en conjunto. Entonces me tocó a mí participar en ese operativo en la comuna de La Pintana en un consultorio. Entonces para ese operativo dieron mucha información, hicieron mucha propaganda de que tal día iba a llegar un grupo de médicos, psicólogo, matrona, machi, gratis. Entonces hicieron esa propaganda y llegó mucha gente, yo llegué atrasado, al final llegué como a las 11 a la consulta, tenía que estar por lo menos a las 9. Entonces a la gente se le decía "aquí tenemos psicólogo, aquí tenemos doctor, aquí tenemos matrona,... aquí tenemos machi,... ¿qué quiere ver?". Y ahí la persona elige las opciones.

-¿Y, a veces, eligen más de una?

-Claro. Entonces ahí se presentó uno de los hijos de esta señora y así nos conocimos. Entonces el niño éste había estado tratándose con médicos en la posta, en los consultorios y no conseguían nada, la enfermedad seguía igual.

-¿Qué enfermedad tenía?

-En el fondo tenía problemas., el médico, el doctor le decía: “si le duele la cabeza, tómese una aspirina”, y luego, el enfermo se iba. Resulta que no era el problema de la cabeza, el dolor de cabeza tenía un origen en otro lado; entonces este niño tenía úlcera, úlcera nerviosa, entonces, claro, el doctor le decía que tenía úlcera, le decía tómate esto, tómate esto otro y el niño tomaba y no le hacían efecto, porque el origen de la úlcera era nervioso y el nerviosismo también tenía su origen. Entonces el machi siempre se va al origen del problema, para poder tener la curación, la sanación... Desde la consulta parte la terapia.

Por fin... ¿Qué es el Mal de ojo?

Ese mismo día, pude verificar que buena parte de quienes asistieron a la cita con el machi, lo hacía para tratar problemas que no tenían que ver con dolencias físicas. En el ámbito de la medicina mapuche, dichas enfermedades o dolencias se clasifican como sobrenaturales, producto de la acción de fuerzas superiores, benignas o malignas. Sin embargo, cuando uno se adentra más en el tema, se percata que muchas de esas enfermedades corresponden de manera exacta a problemas psicológicos productos del stress, el rechazo, la baja autoestima, etc.

Pero hay otra área de las enfermedades sobrenaturales que no se reduce a éstas dolencias de la psiquis, que son vistas por los mapuches como “estar embrujado”, “estar asustado”. O la más conocida de todas y que ya forma parte prácticamente de la cultura popular chilena: tener mal de ojo. Precisamente, era la oportunidad para que el propio machi me aclarara lo que era el mentado “mal de ojo”, ya que la explicación de Aillapán fue un tanto... enredada.

-¿Le ha tocado gente que venga con enfermedades espirituales?

-Sí, mucha

-¿Incluso enfermedades como el “mal de ojo”?

-Mucha gente, el otro fin de semana estuvimos en Temuco hacia el campo, tuvimos que llevar, los papás tuvieron que llevar a su hijo que se está haciendo un tratamiento grande; este niño es nacido y criado acá, los papás son de allá y este niño desde chico fue introvertido, no hablaba, entonces al final le vino esta enfermedad mental que dicen los doctores, esquizofrenia. Lo llevaron al psicólogo, después lo llevaron al psiquiatra, le empezaron a dar pastillas para eso, no sé qué efecto hará, pero el chiquillo andaba como dopado y estuvieron a punto de llevarlo al psiquiátrico, internado porque cuando se le pasaba el efecto de las pastillas que le daban, se desesperaba, escuchaba voces y ahí lo trajo acá, yo le dije que era otra cosa.

-¿Era producto de... un ‘embrujo’ o algo así?

-No, el que hizo la tierra es el creador de la tierra, pero no dejó la tierra formada y la dejó ahí,.. sino que cada sector, cada lugar tienen una especie de cuidador, una fuerza, para su subsistencia, esos son espíritus, son fuerzas. Entonces la mamá de este niño, cuando era jovencita vio esos espíritus, esas fuerzas y dice que le dieron, después no sé qué le pasó... en un canelo estaba bailando vestido de machi... aparte de eso habían unos animales del sector, animales espirituales, muchas veces dice la gente, los que no son mapuches, los mapuches usan el caballo y antes de que llegaran los españoles no habían esos animales, mentira porque antes de eso existían esos animales espirituales, se veían, se veía una vaca, se veía un cordero, una oveja, un caballo. Existían y existen todavía.

-¿Pero son espíritus benignos, son espíritus buenos?

-Ni buenos ni malos. Lo que pasa es que son celosos, de repente te pueden como también puedes tú de alguna manera haberlos provocado y producido algún enojo...

-¿Es posible que alguien le “eche mal de ojo” a otro, que “lo ojee”, o es sólo una creencia?

-No, esas enfermedades existen, pero no porque tú quieras “echarle”, es porque tú espíritu que es fuerte, daña al niño, daña al espíritu del niño que es débil, o lo asusta

-¡Ah! Claro, el “susto”...

-Claro, como que lo asusta, entonces tu espíritu es tan fuerte y además es negativo, entonces sin querer tú hacerle daño, con tu presencia tú le estás haciendo daño, o sea tu espíritu, ese es el mal de ojo.

-¿Es verdad que un ojo le queda un poco más chico al niño?

-No, se le dice “mal de ojo” porque un síntoma muy reiterativo del mal es que como que se le cierran los ojitos, no lo pueden abrir, por eso se le llama mal de ojo, no es que se le achique uno.

-¿Y el susto?

-Quedan asustados, quedan llorando. A esos niños hay que hacerles rezos.

-¿Y otras enfermedades como el “empacho” también tienen un origen espiritual?

-No, eso es normal, es común y corriente, eso no tiene nada espiritual. Es porque a uno le cayó mal algo cuando estaba comiendo.

La brujería

La entrevista ya llegaba a su fin. Había oscurecido y el volumen de la voz y los movimientos de Lincovil no reflejaban la misma vitalidad y disposición de los primeros minutos. No quise alargar más el encuentro pues el machi no era el único agotado. Se estaba terminando un recorrido de meses, que tuvo sus inicios en algunas bibliotecas universitarias y en los pasillos de un hospital del sector norte de la capital y que ahora culminaba en una residencia en La Florida, con una imagen que en aquella época me parecía imposible: estrechando la mano de un machi.

No había buscado de manera intencionada poner en contradicción las opiniones de Lincovil y de Aillapán, ni tampoco obligarlas a calzar. Más bien me pareció necesario consultar a Lincovil acerca de algunos aspectos poco claros, que despertaban interés y que no habían sido dilucidados por el entrevistado anterior.

Uno de estos fue justamente, el asunto de los brujos. Yo había escuchado cómo a algunos machis, fundamentalmente en el sur, se los tachaba de brujos o de que obraban el mal. Machis que eran identificados como kalkus por la población mapuche. Después de un largo rato sin encontrar las palabras para hacer la pregunta de manera directa, y cuando ya renunciaba a tocar el tema para no herir la susceptibilidad de alguien que me parecía tan gentil y en cierto modo tan frágil, ocurrió el milagro. Y fue producto de una pregunta completamente inocente.

-¿Ha tenido alguna mala experiencia siendo machi?

-La mala experiencia es que uno siempre es mal mirado.

-¿Mal mirado por la misma gente mapuche?

-Por la misma gente mapuche, más que nada envidia. Pero, bueno,.. a un machi le va bien, en el sentido de que recibe mucha gente, llega mucha gente, lo buscan por todos lados,.. entonces... alguien se va a sentir mal. En general, la gente mapuche, de repente dicen que uno es brujo, cualquier cosa...

-¿Brujos? ¿Existen? –inquirí con ganas.

-Depende que a qué le llames tú brujo.

-A ver,... recuerdo que en algunos textos, leí acerca de ciertos brujos... -respondí con cautela porque lo que había encontrado en libros antropológicos no siempre había coincidido con las apreciaciones particulares de los entrevistados- conocidos como “kalkus”...

-Generalmente el kalku es el que hace alguna maldad, está más bien oculto y no es una persona que diga “yo soy kalku”.

-¡Ah!,... actúan ocultos.

-Pa’ callaíto no más. Nadie sabe: dicen que sí, dicen que no,.. pero eso no se revela, para nada. Entonces, ese es el kalku: trabaja en la oscuridad, trabaja a escondidas y provoca maldad.

-¿Y los pacientes embrujados pueden ser kalkus también?

-No, son trabajo del kalku. Esos existen mapuches y también existen no mapuches. Está lleno de esos. El centro de la brujería está en Salamanca.

-¿Le ha tocado atender alguna vez a un kalku?

-No, una vez me tocó una bruja, una bruja de esas que tienen la bola de cristal, que ve cosas, y hace cosas. “Si yo abro una llave del agua...” me decía, “...me sale con sangre; si tengo un plato de sopa, aparecen gusanos; ¿Qué hago?”

-¿La ayudó?

-No

-¿Y por qué?

-Era mala, hacía maldad –si lo decía Lincovil debía ser cierto, pues aunque su tono fuera severo, continuó transmitiendo, hasta en su última respuesta, una sensación de bondad. No quise seguir cuestionando esa encomiable actitud. Más bien le otorgué la calidad de condición necesaria para ejercer como machi. De hecho, aunque en un grado menor, Aillapán también la había exhibido. Parecía que efectivamente esa gentileza y honestidad en el trato era una característica esencial de los machis. Uno de esos elementos que ni los libros de antropología, ni los de historia consideran en sus definiciones. Algo que sólo podía notarse en un diálogo sincero y humano, en un relato menos científico y no por ello, necesariamente menos verdadero.

VI Conclusiones Finales

A la hora de separar la mies de la hera, para quedarnos con el grano, se deben consignar algunos elementos que se pueden extraer de lo investigado y que conforman, en definitiva la posición del autor, luego

de un proceso de aprendizaje, frente al fenómeno escogido. Esta abarca una mirada diferente acerca de los diferentes sistemas médicos estudiados, y de quienes optan por unos y otros; una visión particular del periodismo que se expresa en la manera de enfrentarse a la investigación y de, luego, exponerla a los lectores.

En relación a los sistemas médicos:

-La existencia de la medicina popular no es una posibilidad teórica, es un hecho indesmentible, al cual se ve expuesto por conveniencia o por falta de oportunidades, un aparte importante de la población

-Es hora de acabar con las persecuciones de brujas, pues cuando la medicina científica-occidental cae en ello y presenta a otras prácticas médicas como “herejías”, lo que hace es transformarse en una paradoja, algo a lo que la modernidad nos tiene acostumbrados en todo caso: de una ciencia o una técnica pasa a ser una religión.

-La presencia de mapuches en Santiago también es una realidad que no puede permanecer oculta ni en la marginalidad por más tiempo, pues no sólo constituye un dato estadístico descomunal, sino fundamentalmente una variable cultural que ha contribuido y contribuye aún a conformar el “ser” nacional (si es que existe algo parecido al “ser chileno”)

-La medicina mapuche no es una práctica aislada al campo, ni tampoco un mero conjunto de terapias. Se trata de un conjunto articulado de técnicas y procedimientos que van entrelazadas de una manera directa con la concepción de mundo que poseen los pueblos indígenas del sur de Chile.

-La medicina mapuche entrega respuestas ante enfermedades, fundamentalmente psicosomáticas (o “sobrenaturales” como les llaman ellos) frente a las cuales la medicina occidental no siempre ha encontrado solución. Algunas de ellas son el stress y la depresión, producidas según los mapuches por la vida en la misma ciudad.

-En Santiago, a cientos de kilómetros de la Araucanía, se pueden encontrar algunos machis. Ellos ejercen, además de su rol curativo y místico tradicional, labores que en el campo quedaban en manos de las

autoridades políticas y sociales, como los lonkos. Esto es producto del grado de dispersión presente en la ciudad y por la desaparición o cooptación progresiva de este tipo de personajes, por parte del sistema político oficial. Su presencia en la ciudad es valorada por la comunidad, pues “el machi debe estar donde están los mapuches”.

En relación al periodismo:

-La vocación del periodismo debiera ser la de develar lo oculto, interpretar la realidad, denunciar los dogmatismos, criticar el “establishment”, para aportar en la tarea de generar cambios en las actitudes, la comunicación y las acciones de los individuos.

-Para llevar a cabo tan magna tarea, es necesario construir relatos que contengan cierta intimidad, que establezcan ciertas relaciones de confianza, cierto código común, entre entrevistador y entrevistado, entre escritor y lector.

-La subjetividad en este oficio es un “pecado” inevitable, por lo que no debe evitarse, muy por el contrario, el periodista debe valerse de ella, explotarla y fundamentarla.

-El periodismo debe perderle el miedo a las palabras de los actores directos, pues no todo necesita de una interpretación explícita: a veces basta con restringirse a la tarea de seleccionar preguntas y respuestas.

Por último, en términos personales, y puesto que el presente trabajo corresponde a una memoria para optar al título de periodista, se hace imprescindible reafirmar que el proceso informativo también es a la vez un ejercicio creativo, del cual las concepciones y sensaciones personales, no pueden, ni deben quedar marginadas, sólo bien expresadas.

Del mismo modo que reducir el quehacer de un machi a un conjunto de técnicas de diagnóstico y sanación, es cuestionar el sentido mismo de su existencia; arrancar al ejercicio del periodista su dimensión

subjetiva y creadora equivale a acabar con la profesión. En medio de una sociedad enferma, el periodista también tiene algo de brujo, de alquimista y de... médico.

En ese sentido, este relato también puede ser entendido como un resumen del propio proceso de aprendizaje del oficio de periodista: desde un estilo de crónica expositiva, con abundancia de citas y texto informativo, hasta la presentación de entrevistas en extenso, con una escasa participación del periodista, salvo en la contextualización de las conversaciones.

Desde este aprendizaje imperfecto aún, se intenta hacer frente, de manera sutil por cierto, a una visión profesionalizante, tecnicista y acomodaticia que se impone en buena parte del periodismo actual.

Bibliografía

BACIGALUPO, Ana María. **Variación del rol de machi dentro de la cultura mapuche**, en Revista Enfoques en Atención Primaria, Año 9, Nº 4, Santiago, Chile, diciembre 1995.

BENGOA, José. **Historia del Pueblo Mapuche**, Ediciones SUR, Santiago, Chile, 1985.

CANTARUTTI, Rolando. **Medicina Alternativa IV**, en Revista Vida Médica, vol. 50, Nº 4, julio-agosto 1998.

CITARELLA, Luca; CONEJEROS, Ana María; ESPINOSSA, Bernarda; JELVES Ivonne; OYARCE, Ana María y VIDAL, Aldo. **Medicinas y Culturas en la Araucanía**, Editorial Sudamericana, Santiago, Chile, 1995.

DONCKASTER, Raúl. **Medicina Alternativa I**, en Revista Vida Médica, vol. 50, Nº 2, marzo-abril 1998.

GOECKE, Helmuth. **Medicina Alternativa I**, en Revista Vida Médica, vol. 50, Nº 4, julio-agosto 1998.

GRAMSCI, Antonio. **La Política y el Estado Moderno**, Editorial Paneta-Agostini, 1993.

GREBE, María Ester. **Estudio, Etnociencia, Creencias y Simbolismo en la Herbolaria Chamánica Mapuche**, en Revista Enfoques, Año 9, Nº 2, Santiago, Chile, julio de 1995.

PEDERSEN, Duncan. **Elementos para un análisis de los sistemas médicos**, en Enfoques en Atención Primaria, Año 4, Nº1, 1989, .

Mas se debe hacer mención a la gran cantidad de entrevistas realizadas a mapuches y chilenos, doctores y machis, que incluso representaron un material de mayor utilidad para este trabajo, que la propia bibliografía.